



ASUNTOS PRIVADOS

Tori Carrington

eLit

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

© 2010 Tori Carrington
© 2011 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Asuntos privados, n.º 401 - diciembre 2023
Título original: Private affairs
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 9788411805582

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Dedicatoria

Dedicamos este libro a nuestros amigos online de todo el mundo. ¡Vosotros sabéis quiénes sois!

¿Te interesa unirte a la diversión? Búscanos en:

www.facebook.com/toricarrington

www.twitter.com/toricarrington

Y, como siempre, para Brenda Chin, una amiga cálida, maravillosa y constante en un mundo que cambia continuamente.

1

Hacía calor. Mucho calor...

Estaba tendida sobre la manta del picnic, y observaba con inquietud mientras él extendía la mano por su vientre tembloroso, admirando su desnudez después de haberle abierto los botones de la pechera del vestido. La tela se le había resbalado por la piel. Ella no llevaba sujetador, así que sólo le quedaba concentrarse en el pequeño triángulo de algodón rosa que impedía que estuviera completamente a merced de su mirada hambrienta. Él metió los dedos entre las finas cintas de la prenda y sus caderas, y le bajó las braguitas hasta que ella estuvo completamente desnuda. Ella intentó cerrar las piernas y él emitió una suave objeción, y la persuadió de que las abriera. Ella se movió con inquietud, mientras el sol de verano y la atención de él le calentaban la carne delicada.

Entonces, él comenzó a acariciarla...

Sus dedos palparon, invadieron, le proporcionaron un placer que no podía ser real...

Él se inclinó hacia ella y la besó.

Demasiado húmedo... demasiado empalagoso...

Ella volvió la cabeza, y él comenzó a lamerle la oreja...

Penelope Weaver se despertó de un sobresalto, jadeando. Salvo que no era ella a quien le faltaba el aliento. Ni siquiera al hombre que aparecía en su sueño.

Miró la figura borrosa de su perro, mezcla de labrador canela y collie, y se apartó de su aliento fétido.

—¡Thor!

Penelope se incorporó de golpe, pero tardó unos segundos en situarse. No estaba tumbada en una manta de picnic en el campo, a las afueras del pueblo, sino en su cama, en su habitación, en su casa de Maple Street. El sol le iluminaba el cuerpo, pero estaba a punto de atardecer y ella estaba completamente vestida.

Y aquel beso demasiado húmedo no se lo había dado el hombre de sus fantasías, sino su perro de ocho años.

Puaj.

Tomó el reloj de la mesilla de noche. Acababan de dar las siete de la tarde.

¡Las siete!

Barnaby Jones aparecería en cualquier momento para recogerla.

Se levantó de la cama rápidamente y fue al baño. Debía de haberse quedado dormida cuando había ido a tumbarse un rato. Había tenido un día muy largo en el pequeño café que regentaba en Main Street, y necesitaba poner los pies en alto durante un ratito.

La cafetería. Todavía le parecía raro llamarla así. Al principio, ella había abierto la tienda para vender sus tapices, y la había llamado *Las Posesiones de Penelope*. Sin embargo, con el cierre

del aserradero, cuatro años antes, se habían terminado muchas de las cosas que atraían a los turistas al centro de Earnest. Los negocios habían cerrado y los locales de la calle principal estaban vacíos. Ella se había adaptado vendiendo su género por internet, pero la tienda se había ido convirtiendo poco a poco en un café. La transición no le había resultado difícil, porque ella siempre había hecho muy buen café y, gracias a su abuela y a su tía abuela, siempre tenía bollería casera y pasteles.

En aquellos días, el café se llamaba simplemente Penelope's.

Se miró al espejo y se arregló el cabello, castaño y rizado. Después se retocó el lápiz de ojos. No tenía mal aspecto. Respiró profundamente y se estiró el vestido. No era muy diferente al que llevaba en el sueño. Aunque en realidad no había sido un sueño, sino más bien un recuerdo. Sin embargo, todavía tenía el poder de cortar la respiración.

Se dio la vuelta para salir al pasillo y estuvo a punto de tropezarse con Thor.

—Nos vas a matar a los dos —le murmuró mientras lo rodeaba.

Por supuesto, el motivo por el que el perro la seguía a todas partes era que en la casa no había nadie más a quien molestar. El silencio era ensordecedor. Entró al salón, donde el único sonido era el zumbido del ordenador portátil; su abuela se lo había dejado en un rincón. Y el silencio de la casa le recordó que el motivo por el que no había nadie en casa era que sus otras habitantes tenían la esperanza de que ella se diera un revolcón aquella noche.

Penelope gruñó. Su abuela y su tía abuela eran sus compañeras de casa, aparte de dos viejas entrometidas cuyas vidas sexuales eran mucho más interesantes que la suya.

¿Más interesantes? Bueno, para poder compararlas con la suya, Penelope debería tener una vida sexual. Pero no la había tenido desde...

Tragó saliva. Bueno, desde el sueño de cinco minutos antes.

Apagó el ordenador y lo cerró. Después, aunque en Earnest, Washington, era verano, y no anochecería hasta dentro de dos horas, encendió una lámpara, porque los árboles que rodeaban la pintoresca casa victoriana filtraban la luz y dejaban el salón en penumbra. Por último, salió al pasillo y fue a la cocina. No podía quedarse sentada esperando al hombre que iba a ir a recogerla para que tuvieran su quinta cita.

Ella frunció el ceño y abrió el lavaplatos para comprobar si estaba vacío. En realidad, Barnaby Jones no estaba tan mal. Era muy guapo, alto, de hombros anchos, de buen carácter. Sin embargo, el sheriff del pueblo no la hacía sentir nada parecido a los impulsos que le había provocado su sueño. En un par de ocasiones, había tenido orgasmos mientras dormía, debido a que los recuerdos eran muy poderosos.

O eso, o ella era una persona lamentablemente patética.

En cualquier caso, el beso de buenas noches que le había dado Barnaby durante sus dos citas anteriores sólo le había suscitado sentimientos fraternales.

No quería darles la noticia a su abuela Agatha ni a su tía abuela Irene, pero no iba a haber sexo en casa aquella noche, por muy tranquila y vacía que estuviera.

Sin embargo, agradecía que Aggie le hubiera puesto sábanas limpias en la cama, como preparativo para el gran evento. El olor fresco del algodón secado al sol seguramente era el culpable de que se hubiera quedado dormida.

En cuanto al sueño...

Bueno, no iba a pensar en eso. Ni tampoco iba a relacionar el incremento de la frecuencia de aquellos sueños con el hecho de que el hombre que los protagonizaba hubiera vuelto al pueblo. Además, quería olvidar que su posible cercanía tuviera algo que ver con sus sentimientos

confusos por Barnaby. Hacía casi quince años que no lo veía. Él ya no tenía influencia en nada de lo que ella hiciera o pensara o sintiera.

Thor gimió a sus pies.

Penelope frunció los labios.

—¿Qué te pasa, precioso? Tienes comida y agua...

Seguramente quería salir.

Penelope miró el reloj. No era mala idea. Podría echarles un vistazo a los rosales y al huerto mientras estaba con Thor.

Abrió la puerta trasera y el perro salió corriendo. Penelope lo siguió y se quedó mirando aquel jardín que había cambiado tan poco durante los últimos treinta años. Los árboles habían crecido y se había colocado una valla para dar privacidad a la finca hacía pocos años. Sin embargo, el paisaje lo adornaban las mismas plantas, el huerto estaba en el mismo sitio, y el cenador íntimo que había al fondo del jardín seguía exactamente igual que siempre, aunque le hicieran falta un par de manos de pintura blanca.

Se acercó a aquella estructura en la que había pasado tanto tiempo de adolescente, pasó junto a sus rosales sin detenerse hasta que estuvo bajo el arco de la entrada, mirando los almohadones en los que se había recostado para leer incontables libros... y que habían sido el escenario de muchos de sus sueños.

Se llevó la mano a un lado del cuello, porque tuvo una sensación extraña. Era como si alguien la estuviera observando.

—Hola, Penelope.

Se dio la vuelta con tanta brusquedad, que estuvo a punto de perder el equilibrio en los escalones de madera.

Y Palmer DeVoe estaba allí para sujetarla...

Guapísima...

Por muchas veces que Palmer DeVoe hubiera imaginado aquel momento, el momento concreto en el que volvería a ver a Penelope Weaver cara a cara después de tantos años, no se había hecho a la idea de los sentimientos que iban a inundarlo como si fueran el oleaje del Pacífico. Necesidad, deseo, miedo, fueron emergiendo un por uno, y cada uno de ellos barriendo el anterior.

En su cabeza, Penelope seguía siendo la misma mujer joven de sonrisa cálida, hoyuelos en las mejillas y cuerpo esbelto. La chica de su primera vez, su novia del instituto y su primer amor.

En aquel momento la vio como una mujer sensual, sexy y curvilínea que conseguía llegar a lo más profundo de su ser. Tenía el pelo más corto, la cara un poco más llena. Sin embargo, su sonrisa era igual de cálida. Y sus ojos oscuros, igual de perspicaces.

Palmer todavía la tenía sujeta por el brazo. Ambos miraron al punto donde su piel se tocaba. Él permaneció así un poco más de tiempo, disfrutando de aquella suavidad. Después, apartó la mano, casi al mismo tiempo que ella retrocedía para alejarse de él.

—Había oído decir que estabas en el pueblo —le dijo Penelope.

Él asintió. Después señaló el cenador.

—Éste sí que es un lugar familiar.

Penelope miró hacia atrás y se sonrojó. Palmer pensó que tal vez estuviera pensando en él, o en ellos, cuando había aparecido.

No tenía intención de entrar a saludar. Sólo pasaba por allí, como había hecho en más ocasiones, cuando la había visto en el jardín, como un fantasma del pasado.

Penelope atravesó el jardín hacia la puerta trasera de la casa mientras él la observaba. Sabía que sería inevitable encontrársela algún día. Aunque había visitado el pueblo algunas veces durante las últimas semanas, en aquel momento estaba viviendo allí. Eso significaba que tenía que ver a mucha gente de su pasado.

—Éste no es buen momento, Palmer —le dijo ella en voz baja.

—Hubiera llamado, pero... —carraspeó—. No iba a venir. Sólo iba caminando desde Main hasta la pensión de Foss...

Penelope asintió.

—Me lo imaginaba.

Lo miró de un modo que hizo que él se sintiera evaluado, y pensara que no daba la talla.

—Tienes buen aspecto, Palmer —dijo Penelope.

—Tú también.

—No me refería a... físicamente. Me refiero a que parece que te ha ido bien en la vida.

Y le había ido bien, ¿no? Había conseguido todo lo que esperaba conseguir cuando se marchó de Earnest hacia Boston. Más.

Entonces, ¿por qué se sentía, de repente, como si no hubiera conseguido nada?

—¿Hola? —dijo un hombre desde el interior de la casa.

Penelope miró en aquella dirección sorprendida.

Palmer hizo un gesto de consternación. Aunque él no había ido por ahí pidiendo información, se había encontrado con mucha gente del pueblo que le había hablado de Penelope. Le habían dicho que tenía una cafetería en Main, uno de los pocos locales que había conseguido seguir abierto en aquel pequeño pueblo de cuatro mil habitantes. Palmer había pasado por allí varias veces después de la hora de cierre, y se había quedado mirando hacia dentro, hacia los tapices de colores que había en las paredes, y algunos expuestos en caballetes.

En ninguna de las conversaciones que había tenido le habían mencionado que hubiera un hombre.

Sin embargo, era evidente que tenía que haberlo. ¿Por qué había pensado él lo contrario?

—¿Has ido ya a visitar a tu padre? —le preguntó ella, hablándole a él, en vez de al hombre que había ido a visitarla.

Palmer sospechaba que Penelope ya sabía cuál era la respuesta. Igual que él sabía muchas cosas de ella, seguramente ella habría conocido sus movimientos desde que había llegado por la misma red de chismorreos del pueblo. No era un secreto de estado, pero Palmer estaba seguro de que todo el mundo sabía que todavía no había ido a ver a su padre.

Se abrió la puerta del jardín y apareció un tipo que a él le resultaba conocido. Era un tipo que le sacaba varios centímetros de altura y que había parado varias veces junto al tráiler industrial que hacía las veces de oficina de Palmer. El sheriff Barnaby Jones le había informado con claridad de que pensaba vigilar lo que ocurriera.

Y Palmer había notado cierta animosidad en aquella atención del sheriff.

Ya sabía por qué.

Penelope se acercó apresuradamente al hombre.

—¡Barney! ¡Hola!

El sheriff la miró de una manera mucho más íntima de lo que a Palmer le hubiera gustado. Después le hizo un cumplido sobre su vestido. Y finalmente, miró a Palmer, y su expresión

cambió.

—Barnaby, me gustaría presentarte a... un viejo amigo de la familia —dijo Penelope—. Palmer DeVoe, te presento a Barnaby Jones.

Palmer se acercó para estrecharle la mano al sheriff.

—Me parece que ya nos conocemos.

—Sí, nos conocemos —confirmó el sheriff en tono de advertencia.

Pareció que Penelope percibía el antagonismo que había entre los dos hombres, e intervino.

—Barney y yo vamos a ir a la feria de Lewisville —dijo. Después se quedó confusa, como si no supiera por qué se lo había contado a Palmer—. Me alegro de haberte visto otra vez, Palmer. Espero que lo pases bien durante tu visita. Llevabas bastante tiempo sin volver, y la gente está contenta de verte.

Palmer irguió los hombros bajo el escrutinio del sheriff y le lanzó una sonrisa espléndida a Penelope.

—No estoy de visita, Penelope. He vuelto para quedarme.

2

Aquel comentario poco apropiado había suscitado la respuesta que Palmer estaba esperando. Sin embargo, no significaba mucho. Penelope entró en la casa con Barnaby y dejó allí a Palmer, para que saliera por la puerta del jardín.

«Vayas donde vayas, ve con todo tu corazón».

Aquella cita de Confucio era la que su madre repetía como un loro, y Palmer la recordó mientras volvía caminando a la pensión. Se metió las manos en los bolsillos y reflexionó sobre las palabras de la otra mujer a la que había querido y a quien había perdido. Aunque en aquel caso, por la muerte.

Janice DeVoe era tan dulce, que su padre había comentado una vez que nadie necesitaría ponerle azúcar al café si ella estaba en la habitación. Claro que eso fue mucho tiempo antes de que las cosas se hubieran vuelto desagradables. Y antes de que ella sucumbiera a una enfermedad que había estado negando durante demasiado tiempo.

A ella le gustaba contar cosas sobre su único hijo, el sol de su vida, de cómo había dicho, casi en cuanto supo hablar, que iba a ser alguien importante, que iba a ser el hombre más rico del mundo y, si tenía tiempo, presidente. Y ella le había animado a que tomara la dirección que quisiera tomar.

Al principio, al padre le resultó divertido aquel lazo especial entre madre e hijo, pero después había empezado a sentir cada vez más celos.

Ya en su lecho de muerte, Janice le había dicho la cita por última vez, para que los dos hombres de su vida acabaran con sus diferencias y se unieran. Les dijo que iban a necesitarse a partir de aquel momento.

Después, murió, y su padre y él se habían quedado mirándose como dos extraños.

Poco después, Palmer se marchó. Y, aparte de algunas llamadas de teléfono breves durante las fiestas y los cumpleaños, padre e hijo no habían vuelto a hablar.

Palmer se acercó al cruce de las calles Arce y Olmo y se detuvo antes de cruzar, aunque aquel viernes por la noche no había tráfico. En vez de seguir directamente hacia la pensión, podría girar hacia la derecha y recorrer tres manzanas, hasta llegar a la calle que no había vuelto a pisar desde que tenía diecinueve años.

—Estaré en el pueblo la semana que viene —le había dicho a su padre durante una llamada de teléfono reciente.

Thomas hizo un ruido burlón.

—Avisaré a la prensa.

No le había invitado a visitarlo. No le había dado ninguna señal de que quisiera verlo. Sólo aquel comentario sarcástico. Palmer no había respondido.

Antes de saber lo que hacía, tomó la calle de la derecha y llegó a la casa de su familia, la casa

de la que su madre se había enorgullecido siempre. No la habría reconocido de no ser por el buzón oxidado que había en la acera, que tenía el apellido familiar.

Era una casa sencilla, de una sola planta, que antes estaba pintada de blanco brillante y tenía las contraventanas azul claro. El jardín había estado lleno de macizos de flores, los arbustos bien podados y el césped bien cortado. Ahora, sin embargo, todo tenía un aspecto abandonado, como si ya no viviera nadie allí.

Palmer abrió la puerta de la valla, que estaba medio descolgada de las bisagras, y recorrió lentamente el camino de gravilla que llevaba hasta la puerta. Llamó; la pantalla mosquitera estaba tan sucia, que no se dio cuenta de que la puerta principal estaba abierta hasta que oyó la voz de su padre.

—¿Qué demonios quiere? —gritó—. Si viene a vender algo, no voy a comprarlo.

Dijo más cosas, pero en voz baja. Era evidente que no iban dirigidas al visitante.

Habría sido muy fácil darse la vuelta y marcharse.

Palmer permaneció allí.

—Le he preguntado que qué demonios quería.

El viejo estaba justo al otro lado de la mosquitera, mirándolo fijamente.

Thomas DeVoe no lo reconocía.

Y Palmer tampoco habría reconocido a su padre de no ser porque sabía que aquella era su casa.

Su padre había sido muy alto, pero se había encogido varios centímetros. O tal vez fuera que tenía los hombros encorvados como si ya no pudiera mantenerse erguido. Tenía barba de varios días y el pelo se le había encanecido por completo. Llevaba una camiseta sucia y unos pantalones que se le habrían caído si no llevara cinturón.

Palmer alzó la mano para saludarlo.

—Hola, papá.

Thomas entrecerró los ojos para mirarlo. Apestaba a alcohol.

—Yo sólo tengo un hijo, y usted no es mi hijo —dijo.

Después, cerró la puerta.

—¿Estás bien? —le preguntó Barnaby a Penelope por tercera vez en una hora.

Penelope lo tomó del brazo, y caminaron por los puestos de la feria, entre el olor a perritos calientes y algodón de azúcar, y las risas de los niños que disfrutaban en las atracciones.

—Estoy perfectamente —respondió ella.

Lo cual era mentira. No estaba bien. No podía dejar de pensar en Palmer, y su cuerpo vibraba como si la hubiera acariciado con algo más que con la mirada.

Penelope sospechaba que el sueño que había tenido antes de encontrárselo había tenido algo que ver. Pero era algo más que eso. Reconocer a Palmer no había sido tan difícil como ella había pensado.

Muchas personas con las que ella había ido al instituto habían cambiado. Sus rasgos faciales se habían ensanchado, o estrechado, habían engordado o adelgazado, a veces tanto, que Penelope ya no sabía quiénes eran. Palmer no. Lo habría reconocido al instante; incluso entre una multitud como la de aquella noche, su vista se hubiera fijado inmediatamente en aquel hombre que era incluso más atractivo de adulto que de joven.

Maldito fuera.

—¿Te apetece un hojaldre? —le preguntó Barnaby.

—¿Disculpa?

Él señaló un puesto de dulces.

—¿Seguro que estás bien? —insistió él.

Penelope vaciló.

—Perdona —dijo con afecto—. Pero me parece que no. Debo de haber comido algo que me ha sentado mal.

—¿El perrito caliente?

—No, no creo. Viene de antes de la feria.

Había empezado cuando había visto los ojos de Palmer.

—Me fastidia mucho esto, pero, ¿te importaría llevarme a casa?

—¿Tan mal te encuentras?

Ella asintió.

—Lamento mucho estropear la noche, pero estoy deseando irme a casa y tumbarme.

Y recordar.

—¿Quieres que compremos un hojaldre para llevar? —le preguntó Barnaby.

Ella sonrió.

—Sí, sí. Eso sería muy agradable. Gracias.

Penelope estaba en el porche delantero, con el hojaldre entre las manos, ante Barnaby.

—¿Quieres que pase? —le preguntó Barnaby.

Ella miró hacia abajo. Bueno, aquello era un intento de avance. Normalmente, Barnaby se conformaba con permitir que ella impusiera el ritmo. Penelope negó con la cabeza.

—No. Creo que no sería una compañía muy agradable. Muchas gracias por llevarme a la feria. Y por esto —dijo, alzando el dulce.

—De nada, Penelope.

Ella sabía que él se estaba preparando para besarla, y buscó la manera de evitar aquel momento tan embarazoso.

—Buenas noches, Barnaby —dijo, y se dio la vuelta—. Tengo que tomar un poco de soda para el dolor de estómago.

—A mí, la soda siempre me funciona muy bien.

Ella abrió rápidamente la puerta y entró.

—Muchas gracias. Eso es exactamente lo que necesito.

Antes de que él pudiera ofrecerse a ir a buscarle una, ella cerró la puerta. Entonces, se quedó quieta durante unos momentos, escuchando los sonidos que indicaban que él se estaba marchando. Se dio cuenta de que tal vez Barnaby estuviera esperando para cerciorarse de que ella estaba bien dentro, así que encendió una lamparita y después miró por entre las cortinas. Él seguía donde lo había dejado.

Le saludó con la mano y después cerró de nuevo las cortinas.

Por fin oyó el sonido de sus pasos alejándose, y el ruido del motor del coche.

Penelope suspiró.

Entró en la cocina y encendió las luces. Realmente, aquello no era justo. Barnaby era el hombre perfecto para ella. Aparte de ser muy guapo y estar soltero, habían ido al mismo instituto, conocían a la misma gente y tenían gustos parecidos.

Tal vez aquél fuera el problema: formaban una pareja demasiado buena.

Penelope dejó el hojaldre en la encimera mientras maldecía a su abuela y a su tía, por entrometidas. Aunque Barnaby era mucho mejor que cualquier otro hombre con el que hubieran querido emparejarla. En realidad era estupendo.

Ojalá besarlo no fuera igual que besar a su abuela.

Puso cara de horror ante la comparación y entonces, se dio cuenta de que la casa estaba demasiado silenciosa. Y no sólo por la ausencia de las dos viejecitas que la habían metido en aquel lío.

—¿Thor?

No hubo respuesta. Lo cual no era del todo raro. Si Thor estaba acurrucado durmiendo en algún sitio, se quedaría exactamente donde estaba.

Ella abrió la puerta de la despensa y sacó la bolsa de las golosinas de perro favoritas de Thor. Sin embargo, siguió sin aparecer.

Eso era raro. Ya debería estar jadeando a sus pies.

Agitó la bolsa.

—¿Quién ha sido un buen chico? —preguntó suavemente—. ¿Quién se merece un premio? —insistió, y volvió a agitar la bolsa.

Nada.

Vaya.

Entonces, Penelope se dio cuenta de que tal vez lo hubiera dejado en el jardín.

Abrió la puerta trasera. Nada. Encendió la luz

—¿Thor?

Oyó un solo ladrido en el jardín.

Penelope hizo un gesto de temor. «Por favor, que no haya arrinconado a otro tejón. O peor todavía, a otra mofeta». Había tenido que bañarlo tres veces, una con zumo de tomate, y otras dos con zumo de limón, pero no había conseguido quitarle el pestilente olor con nada. Lo habían tenido fuera, sin dejarlo pasar a casa, dos días, y el pobre animal había estado llorando toda la noche.

—Thor, ven aquí —le ordenó, mientras olisqueaba cautelosamente. No percibió nada salvo el aroma de las rosas.

Otro ladrido.

Penelope bajó las escaleras y recorrió el camino. Oyó sus jadeos antes de verlo. O, más bien, divisó su cola meneándose dentro del cenador, donde estaba sentado.

—¿Qué estás haciendo ahí? —preguntó ella mientras se acercaba.

El perro se volvió y le lamió la mano, y después olfateó el paquete que llevaba.

—No sé si voy a darte un poco, porque me parece que no has sido bueno.

Entonces, él empezó a agitar la cola a toda velocidad, y comenzó a correr en círculos y a ladrar, cosa que hacía siempre que intuía que iba a recibir un premio dulce.

Ella se echó a reír.

—Bueno, está bien. Tal vez sólo uno.

Entonces, una sombra se movió en el cenador.

—¿Y este chico malo? —preguntó una voz familiar—. ¿Crees que tiene derecho a un premio?

3

Palmer no se esperaba que Penelope volviera tan pronto. E incluso había temido que no volviera sola. Sin embargo, allí estaba; y sin la compañía del sheriff receloso.

—¡Palmer! —exclamó—. ¿Qué haces aquí?

Él se quedó callado. ¿Qué hacía allí, en realidad?

—Estaba sentado —dijo.

—¿Llevas ahí desde que me he marchado?

—No.

Aunque ojalá lo hubiera hecho. La reacción de su padre cuando había ido a verlo había sido un golpe duro para él. Más duro de lo que hubiera creído. ¿Qué clase de hombre le daba la espalda a su propio hijo? Además, teniendo en cuenta que aquel hombre no tenía a nadie más.

Para su sorpresa, Penelope entró en el cenador y se sentó frente a él.

—Ha sido una cita muy corta —comentó.

Oyó su risa suave.

—Sí, es cierto.

—Espero no haber estropeado las cosas.

Ella se movió, se apoyó en los cojines.

—¿Por qué será que no me lo creo?

—Tal vez porque siempre me has conocido mejor de lo que yo pensaba.

—Parece que no tan bien como hubiera querido.

Aquellas palabras las dijo en voz tan baja, que él casi no la oyó.

Aunque habían pasado muchos años desde la última noche que habían estado en aquel cenador, parecía que había sido el día anterior. No por lo que hicieran ni dijeran, sino por cómo se sentía Palmer.

Apoyó los codos en los muslos y se agarró las manos entre las rodillas. Aquel movimiento lo colocó a una distancia a la que podía tocar a Penelope. Esperó a ver si ella se alejaba o se quedaba quieta. Y se alegró al ver que no se movía.

Era extraño, pero... sentía que la necesitaba. Incluso en aquel momento. El tiempo, la lejanía y la madurez le habían hecho pensar que lo que recordaba era cosa de críos. Un enamoramiento adolescente. Un amor inducido por las hormonas.

Sin embargo, aquella teoría ya no se sostenía en pie, porque en aquel momento sentía tanto anhelo como antes. Lo único que quería era sentársela en el regazo, besarla, apoyar la cabeza en su pecho. Sentir sus suspiros en los oídos.

Carraspeó.

—He ido a visitar a mi padre esta noche.

Tuvo la sensación de que sentía la mirada de Penelope en el rostro.

—Debería haber ido antes. Él se había enterado de que yo ya había vuelto...

Se pasó las manos por el pelo, y después volvió a agarrárselas entre las rodillas.

—Fingió que no me conocía y me cerró la puerta en las narices.

Ella emitió un pequeño sonido, que a él le pareció de sorpresa.

—¿Crees que es posible que no haya reconocido a su propio hijo?

Penelope sabía que la relación llena de animosidad de Palmer con su padre venía de lejos. De hecho, ella era la única que lo sabía, aparte de su madre. Él se lo había contado todo. Bueno, no todo.

—Yo supe quién eras al instante —susurró.

Gracias a Dios, pensó él. No sabía qué habría hecho si hubiera tenido que enfrentarse a aquel rechazo dos veces en el mismo día.

—Entonces, ¿por qué piensas que lo ha hecho?

Ella volvió a hacer un sonido casi imperceptible, pero en aquella ocasión, no por lo que él hubiera dicho, sino porque había estirado los dedos y le estaba rozando las rodillas con las yemas. El bajo del vestido le quedaba justo por encima, y él podía sentir su piel cálida.

Y ella era cálida, suave...

La deseaba tanto, que casi sentía dolor.

—Palmer... Por favor...

Sus manos se deslizaron hacia arriba, como si tuvieran voluntad propia,

Penelope jadeó y se las agarró.

Él estaba lo suficientemente cerca como para besarla, como para percibir su suave olor a jazmines, como para sentir su respiración en la cara.

—Esta noche, cuando te he visto —susurró él con la voz entrecortada—, me ha parecido que volvía atrás en el tiempo y que los dos éramos niños otra vez. Al momento en que el mundo sólo era un signo de interrogación más allá de esa puerta. Y cuando no existía otra cosa que mi deseo de besarte.

Palmer se quedó sorprendido por sus propias palabras. Una cosa era reconocerlas en privado, y otra muy distinta, pronunciarlas allí, donde ella podía rechazarlas. Y rechazarlo a él.

—Cuando accedí a volver aquí para encargarme de este negocio... Esperaba verte de nuevo. Pero no sabía que iba a sentir esto por ti. Otra vez.

Cerró los ojos y tragó saliva.

—Entiendo que tú no sientas lo mismo...

Pasaron unos segundos eternos. Palmer no dijo nada. Tampoco Penelope. Se quedaron allí sentados, frente a frente. Él tenía los ojos cerrados.

Entonces, por fin, ella habló.

—Ése es el problema —dijo—. Yo siento exactamente lo mismo.

Y era todo un problema para Penelope. Un dilema monumental. Porque, mientras parecía que Palmer estaba contento por sentir lo mismo que sentía en el pasado, ella estaba destrozada por verse en el aquella situación, en la que nunca habría pensado que volvería a encontrarse.

Había pasado tanto tiempo...

Y sin embargo, parecía que no era más que una gota en el mar...

Intentó no pensar en Barnaby. Intentó aferrarse desesperadamente a todos los motivos por los que no debía permitir que Palmer la besara. Sin embargo, mientras él se inclinaba lentamente

hacia ella, todos aquellos motivos desaparecieron.

Cuando, por fin, sus labios se unieron, a ella se le escapó un gemido que se había estado formando durante años, y que surgió suavemente.

Dejó libres las manos de Palmer y se aferró a sus hombros. ¿Cómo era posible que su sabor fuera el mismo? ¿Cómo era posible que su pelo siguiera siendo espeso y fuerte? ¿Y cómo era posible que aquel deseo, que no había experimentado desde que él se había ido, emergiera de nuevo, como si Palmer nunca hubiera desaparecido?

Él también gimió, y sus manos siguieron subiendo por debajo de su vestido. Cuando sus dedos llegaron a la altura de sus braguitas húmedas, ella estuvo a punto de levantarse de un salto del banco.

—Dios mío, se me había olvidado tu forma de responder a mis caricias —murmuró Palmer, y la besó largamente, profundamente—. Siempre sabía exactamente qué sentías por mí, Penelope. Siempre sabía que tú me deseabas tanto como yo a ti.

Penelope se mordió el labio. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

«Eso no es cierto», pensó. «Si tú me hubieras deseado tanto como yo a ti, nunca te habrías marchado».

Sin embargo, antes de que pudiera reflexionar sobre la importancia que tenían aquellas palabras, él la movió y la colocó sobre su regazo. Penelope se quedó tan sorprendida, que jadeó, y tuvo que agarrarse con fuerza a sus hombros para no caer. Antes de que pudiera recuperar el equilibrio físico y emocional, él la besó de nuevo.

El hecho de tenerlo tan cerca, de sentir su calor y su pecho contra el costado, su regazo bajo el trasero, no la dejaba pensar en otra cosa que no fuera el deseo.

A medida que la respiración de Palmer se entrecortaba más y más, la suya también. Y parecía que las manos de Penelope habían tomado vida propia. Entraron en su pelo, se deslizaron por su espalda y la exploraron, y después se posaron en el muro fuerte de su pecho. Era delicioso. Sólido. Una visión mucho mejor que la que había visto en sueños. Él estaba allí. Era el presente. Y Penelope tenía intención de aprovecharse de ello.

Se movió y se sentó a horcajadas sobre él, y ajustó la falda para que entre ellos sólo quedara la barrera de sus braguitas y los pantalones de Palmer.

Se quedó inmóvil un instante, presa de un calor que la invadió por completo.

Se le había olvidado lo que era no pensar en nada, abandonarse a las emociones, rendirse a algo que era más grande que ella misma.

—Dios mío, ahora eres incluso más bella que entonces —murmuró Palmer .

Penelope le posó un dedo sobre los labios.

—Shh. Por favor, no hables...

Al menos, no con palabras. Quería que se comunicara con su cuerpo. Quería que la acariciara. En todas partes.

Y él lo hizo.

Penelope jadeó cuando él deslizó las manos abiertas por su trasero, y después las movió lentamente hacia abajo, hasta que sus dedos estuvieron dentro del bajo de su vestido. La piel encontró la piel, y ella se estremeció y arqueó el cuerpo, esperando un encuentro más íntimo.

Y él se lo dio.

Metió los dedos bajo el borde elástico de las braguitas, y le agarró las nalgas. Después, siguió con las yemas de los dedos la hendidura del cuerpo de Penelope, hasta que llegó a sus pliegues hinchados.

Penelope separó los labios de su mejilla y respiró profundamente cuando él encontró aquel punto.

Sí...

Oyó que Palmer murmuraba algo, y después soltaba una maldición.

—No tengo preservativos —le dijo al oído.

Penelope tragó saliva al oír aquellas palabras familiares.

Se quedó inmóvil durante largos instantes, intentando poner en orden sus emociones. Después, lentamente, se separó de él, y un momento más tarde estaba sentada de nuevo en el banco, al lado de Palmer, con las piernas cerradas y el vestido bien colocado.

—No me esperaba... esto —dijo él.

Ella tampoco. Aunque en realidad, tampoco iba siempre con preservativos por ahí. Y sin embargo, le resultaba agradable el hecho de que él no hubiera sacado un preservativo del bolsillo, como si ya lo llevara preparado.

Agradable, y al mismo tiempo inquietante.

Él le acarició la mejilla con los nudillos y volvió a besarla, y volvió a atraparla en el mar de sensaciones del que ella estaba intentando escapar.

Palmer volvió a maldecir.

Ella sonrió.

—Dime que vamos a volver a estar aquí, Penelope —le pidió él, mirándola a los ojos.

Ella apartó la mirada y se mordió el labio. No se sentía capaz de responder.

—No esperaba que volviéramos a estar aquí —susurró.

Él se alejó y se apoyó en el respaldo del banco.

—Eso suena muy parecido a un «no».

—No —replicó ella—. Es un «quizá».

4

—Shh. Vas a despertarla.

—Eres tú la que estás haciendo ruido.

Penelope identificó perfectamente las dos voces que provenían de la puerta de su habitación mientras intentaba aferrarse al sueño. Había dormido muy poco. ¿No acababa de quedarse dormida? Abrió un ojo y miró el reloj. Eran las ocho. La última vez que había mirado el despertador marcaba las cuatro. Y su mente todavía estaba llena de imágenes de la noche anterior. Sus oídos, llenos de sonidos. Y su cuerpo, todavía impactado por la avalancha de emociones.

—¿Sabes distinguir si ha estado aquí con ella? —preguntó su abuela con un susurro. Todo el mundo sabía que sus susurros eran más altos que su voz normal, pero nadie se lo había dicho.

—¿Y cómo voy a saberlo yo? —preguntó su tía abuela, ligeramente más bajo.

—Vayámonos antes de que se despierte.

—Es demasiado tarde —dijo Penelope.

Su abuela le dio un codazo a Irene.

—Te he dicho que la ibas a despertar.

Su tía abuela miró a Agatha fijamente y después entró en la habitación.

—Bueno, ahora que está despierta, podemos preguntárselo.

Penelope estaba abrazada a la segunda almohada de la cama. Su tía abuela se la arrebató de un tirón y comenzó a inspeccionarla.

—¿Qué buscas? —preguntó Penelope.

Irene tiró de algo que parecía un cabello, y frunció el ceño.

—¿De qué color tiene el pelo?

—Rubio.

—Éste es moreno.

Penelope miró al techo con exasperación.

—Seguramente es de Thor.

Irene suspiró, tiró el pelo y se sacudió las manos.

—¿Y de quién querías que fuera? —preguntó Penelope con una ceja arqueada.

Su abuela se acercó al otro lado de la cama.

—No te hagas la tonta, querida. Lo sabes perfectamente. Ayer te cambié las sábanas especialmente para la ocasión. La pregunta es: ¿Has hecho un buen uso de ellas?

Penelope bajó los pies al suelo y se sentó. Era demasiado pronto para aquello.

—Por supuesto. He dormido en ellas.

Se puso la bata y bajó a la cocina seguida por las dos mujeres. Sacó una taza del armario y puso una dosis de café en la cafetera.

—Entonces, nos marchamos a Seattle para nada —dijo su tía abuela con un suspiro.

Penelope recordó lo que había ocurrido en el cenador, y les dijo en silencio que sí había aprovechado su ausencia. Le dio un sorbo al café, pero estuvo a punto de escupirlo.

—¿Qué es esto? —preguntó, limpiándose la boca con el dorso de la mano.

Su abuela sonrió.

—Es café de gourmet, que compramos anoche. Tiene chocolate, moca y amaretto. ¿Es que no te gusta?

Penelope tiró el café por el fregadero.

—¡Eh! ¡Que cuesta cuatro veces más que el normal!

Para Penelope, el café era café, normal, sin sabores especiales ni nombres raros. Unos buenos granos de Juan Valdés recién molidos, el café recién hecho. Eso era todo lo que necesitaba, lo que le hacía falta.

Era curioso que en lo emocional siempre prefiriera lo más complicado.

Se hizo un té verde y se sentó a la mesa para tomarlo.

Cuando alzó la vista, se dio cuenta de que Agatha e Irene la estaban observando atentamente.

—¿Qué? —les preguntó. Después gruñó—. Otra vez con lo mismo, no.

—Y otra vez, y otra vez, y otra vez —le dijo su abuela—. Penny, hija, necesitas un revolcón. Su tía asintió varias veces.

—Sí.

—Sin embargo, ¿cómo lo vas a conseguir, si tienes las piernas cerradas con pegamento?

A Penelope se le escapó una exclamación de asombro, y alzó una mano para detenerlas.

—Por favor, no. Es demasiado temprano como para pensar en que tengo que hablar de sexo con mi abuela y mi tía abuela.

—Bueno, pues haberlo pensado anoche. Si hubieras hecho todo lo que se suponía que tenías que hacer, no tendríamos que hablar de ello.

Penelope entrecerró los ojos.

—Ummm. No sé por qué, pero lo dudo. Seguro que queríais una descripción detallada.

—Hija, ¿por qué íbamos a querer eso?

Su tía puso una magdalena en una servilleta y se la acercó.

—Porque nosotras tenemos vida sexual. Tú no —dijo, y movió las cejas—. Si eres tú la que quieres detalles...

—Oh, Dios, por favor. Ahórramelos.

—No te vendría mal —replicó su abuela—. Tal vez te acuerdes de lo que te estás perdiendo.

—Y tal vez las imágenes que se grabarían en mi cabeza me dejarían traumatizada para siempre, e incapaz de tener relaciones sexuales nunca más.

Ellas cerraron la boca instantáneamente.

Mejor. Mucho mejor.

Penelope no recordaba cuándo aquellas mujeres batalladoras e ingeniosas no formaban parte de su vida. De hecho, en su existencia habían cambiado muy pocas cosas desde que ella tenía cinco años y su madre se había marchado con su último novio a algún destino desconocido. Desde entonces, sólo había hecho alguna visita de vez en cuando, o las había llamado para decirles que estaba bien. Aquél había sido el único contacto que había tenido Penelope con su madre.

Agatha e Irene la habían criado, aunque algunas veces fuera difícil saber quién era la niña y quiénes las adultas. En casa siempre había comida casera, pero también fiestas y amantes, y la

reputación que tenían aquellas mujeres en su juventud las había seguido hasta la vejez. Penelope había tenido que recoger, muchas veces, las colillas de los tuestos y las botellas de cerveza vacías del salón, después de una noche especialmente movida.

Ella tenía la esperanza de que sentaran la cabeza alguna vez, de que maduraran. Pero no parecía que fuera a suceder.

—Bueno, ¿y qué tal en Seattle? —les preguntó mientras partía distraídamente un pedazo de magdalena y se lo metía en la boca.

Las dos hermanas sonrieron. Y Penelope se apoyó en el respaldo de la silla, preparándose para conocer otro nuevo ejemplo de por qué eran conocidas por su mente abierta.

Palmer estaba ante el mostrador de la pensión, mirando el timbre después de haber consultado la hora. De la cocina salía olor a café recién hecho y a algo que se estaba haciendo en el horno, pero como él era el único huésped, no tenía ganas de pasearse por allí como si todo fuera suyo. Además, cuando se había registrado, le había dado la impresión de que no era exactamente bienvenido. La segunda tarde de su estancia, cuando había vuelto, se había encontrado la maleta en el porche y la habitación cerrada con llave.

—No sabía que ibas a quedarte más de una noche —le dijo Debra Foss, cuando dio con ella en el jardín trasero.

No era cierto. Cuando Palmer se había registrado en la pensión, que era el único alojamiento del pueblo, le había dicho a la dueña que se quedaría indefinidamente.

Sin embargo, no se molestó en recordárselo. Por su expresión, estaba claro que ella no iba a ceder.

No entendía por qué le hacían el vacío desde su regreso al pueblo. Él no se había ido enfadado con nadie. Aparte de su padre, claro. Entonces, ¿por qué aquel recibimiento tan frío?

La señora Foss apareció de un salto detrás del mostrador, y lo sobresaltó. No le deseó buenos días ni le ofreció una taza de café. Se limitó a tomar su dinero, le dijo dónde debía firmar de nuevo, y se marchó hacia el lugar desde el que hubiera llegado.

No era el mejor modo de comenzar el día.

Palmer salió a la calle y entrecerró los ojos para protegerse de la fuerte luz del sol. No recordaba que hiciera tanto calor en el pueblo. Sin embargo, aquel día la camisa se le pegó rápidamente a la espalda, y tuvo ganas de aflojarse la corbata que acababa de anudarse al cuello.

Cuando entró en el coche, colocó la chaqueta del traje en el asiento trasero, arrancó el motor y puso el aire acondicionado. Así era mejor.

Parecía que el estado estaba sufriendo una ola de calor inédita. En Seattle, las temperaturas habían superado los treinta y siete grados centígrados por primera vez en la historia, y durante las dos últimas semanas no había llovido, lo que también era muy raro.

Recordó a Penelope en el cenador la noche anterior. Olía a verano, y con sólo mirarla, él había sentido calor.

Palmer se frotó la nuca. Lo último que había pretendido era seducirla en el jardín trasero de la casa de su abuela, pero eso era lo que había sucedido. Parecía que, cuanto más cambiaban las cosas, más iguales permanecían. La deseaba incluso más de lo que la había deseado de joven.

No pudo evitar mirar a su alrededor, por Earnest, mientras conducía hacia el sur, hacia la parcela que había elegido para realizar la obra. Allí no había más que un tráiler que le servía de oficina, por el momento.

Al pasar por la calle Main pisó el freno.

Penelope.

Llevaba otro vestido, en aquella ocasión marrón con un estampado de cerezas, y un sombrero de ala ancha que la protegía del sol.

Tras él, alguien tocó el claxon. Penelope se volvió y miró en su dirección.

Palmer hizo un gesto de resignación y la saludó, pensando que su momento de observación discreta se había ido al demonio.

Miró por el retrovisor y vio a Barnaby en su coche de sheriff.

Barnaby encendió las luces rojas y blancas del vehículo. Palmer lo saludó también, en vez de hacerle un gesto grosero, como le habría gustado, y volvió a arrancar el coche. La magia se había roto.

En cinco minutos había tomado la carretera que le llevaba hasta el lugar de la obra. De repente, vio una camioneta que se acercaba a él a toda velocidad.

¿Qué demonios...?

En el último momento, Palmer se echó a un lado y la camioneta pasó rugiendo y lo dejó envuelto en una nube de polvo. Si antes no se hubiera sentido rechazado en el pueblo, aquello le habría dado alguna pista.

Continuó hasta el tráiler y salió del coche. Caminó hasta el capataz que había contratado una semana antes.

—Buenos días —le dijo a John Nelson mientras le estrechaba la mano—. ¿Qué ha ocurrido?

—Dímelo tú.

Palmer se quedó desconcertado.

—¿Disculpa?

—Si hubieras tardado un minuto más, a mí también me habrías visto saliendo por esa carretera —le dijo John, y le colocó en el pecho una carpeta que llevaba en la mano.

Entonces, comenzó a andar hacia su coche.

—Eh, ¿qué ocurre? —le preguntó Palmer, tomándolo del brazo para detenerlo.

—Pregúntaselo al tipo que está ahí dentro —dijo John, señalando el tráiler—. Acaba de despedirnos a todos.

5

—Buenos días, Penelope.

Penelope alzó la vista desde la cafetera y vio al sheriff en la puerta de la tienda, con el sombrero en las manos.

—Hola, Barnaby —dijo.

Cerró la tapa de la máquina y apretó el botón, fingiendo que todo era igual que cuando él la había dejado en la puerta de la casa de su abuela, la noche anterior.

Pero no era así. Todo había cambiado.

Penelope carraspeó y pasó una bayeta por el mostrador, aunque ya lo había limpiado.

—¿Va todo bien?

Ella miró a Barnaby nuevamente. Él tenía una expresión preocupada.

Intentó sonreír.

—Todo va bien, sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Ese Palmer DeVoe no te estará dando problemas, ¿verdad?

Ella estuvo a punto de echarse a reír, pero no lo hizo. Carraspeó nuevamente.

—No, claro que no —mintió—. ¿Quieres lo de siempre?

Barnaby asintió.

—¿Tienes magdalenas de arándanos de las que hace tu abuela?

—Claro. ¿Quieres una, o dos?

—En realidad, quiero llevar algunas a la comisaría, así que ponme una docena.

Penelope llenó un vaso de café a la vainilla para llevar, y después armó una cajita de cartón.

—No tienes por qué seguir haciendo esto.

—¿Haciendo qué, Penelope?

—Viniendo todas las mañanas para ayudarme en el negocio.

Él esbozó una sonrisa rápida y brillante.

—Es decir... Te lo agradezco mucho, pero de veras, las cosas van bien.

—¿Es que piensas que mis visitas matutinas son por caridad?

—¿Y no lo son?

—¿Y si te dijera que vengo porque mi día mejora mucho si lo hago?

Ella puso las magdalenas en la caja.

—Entonces, no tienes que pagarme nada por todo esto.

Él tomó el vaso y la caja.

—¿Y si da la casualidad de que me gustan el café y las magdalenas?

Penelope se apoyó en el mostrador.

—Entonces, espero verte aquí mañana otra vez.

Él soltó una carcajada genuina. Y ella también.

Barnaby Jones era un gran tipo. De niños estaba un par de años por encima de ella en la escuela. Penelope lo conocía porque era el jugador de baloncesto estrella, y porque formaba parte de una pareja famosa: Barnaby y Barbara. Nadie decía un nombre sin decir el otro.

Como sucedía con la mayor parte de las parejas de novios del instituto, se habían casado.

Y, como no sucedía con la mayor parte de las parejas de novios del instituto, después de un matrimonio de diez años sin hijos, se habían divorciado... y Barbie había entablado una relación con la bibliotecaria del pueblo y se había ido a vivir con ella a un apartamento.

Por supuesto, en el pueblo corrían los chismes cada vez que alguno de aquella antigua pareja se dejaba ver. «El pobre Barnaby», decían de él. Y «esa Barbie», de ella.

Penelope los conocía a los dos. Y sabía que se llevaban bien. Incluso salían a cenar una vez al mes al pub o a la cafetería, como dos viejos amigos. Que seguramente, era lo que habían sido siempre, incluso antes de casarse.

Penelope le había preguntado una vez a Barbara por qué se había casado con él si sabía que era lesbiana. Barbara le había respondido que no había más opciones, hasta que la bibliotecaria se había mudado al pueblo, claro.

En aquel momento, Penelope se echó el pelo hacia atrás y sonrió.

—Va a ser otro día caluroso, ¿eh?

—Creo que sí. El jefe ya se está quejando porque los coches patrulla gastan mucho gasoil por el aire acondicionado —dijo él, y miró hacia la puerta—. ¿Quieres que cierre cuando salga?

Ella negó con la cabeza.

—No, todavía no. Como casi nunca hace calor, quiero disfrutar de él.

—Nunca hace tanto calor como estos días.

Ella sonrió.

La radio que Barnaby llevaba enganchada al bolsillo comenzó a sonar.

—Barnaby, ¿estás ahí?

—Disculpa, una llamada oficial —dijo él, mirando a Penelope con una expresión de disculpa. Se volvió ligeramente a un lado y apretó el botón para hablar—. Aquí el sheriff. ¿Qué pasa?

—¿Cuánto vienen esas magdalenas?

Penelope se echó a reír.

—Un asunto muy importante.

Después de decirle a su compañero que iría enseguida, Barnaby se giró hacia ella.

—¿Te llamo esta noche a casa?

Ella apartó inmediatamente la vista.

—Claro.

Si él dudó, no le dijo por qué. Le deseó un buen día, y le sugirió que no dejara la puerta abierta durante mucho tiempo por si acaso su vieja máquina de aire acondicionado no conseguía refrescar el local. Después, se marchó.

Ella suspiró mientras lo veía subir al coche patrulla y saludarla mientras se marchaba.

¿Qué demonios iba a hacer?

Palmer vio como el capataz se alejaba en la misma dirección que el vehículo anterior, conteniendo la respiración para no inhalar el polvo que había levantado. No conocía bien a John Nelson, pero sí conocía a su familia. Sus padres trabajaban juntos en el aserradero, y algunas veces, las dos familias celebraban barbacoas con las demás familias de los trabajadores. Él se

había sentido muy contento de darle el trabajo de capataz a John, y después se habían puesto a trabajar juntos para dirigir a los otros cuarenta y nueve hombres que había contratado.

Entonces, ¿qué demonios había sucedido?

La camioneta de John Nelson había estado ocultando un coche que estaba aparcado detrás. Palmer lo miró: era un vehículo lujoso que casi ningún vecino de aquel pueblo de trabajadores habría podido permitirse.

Palmer entró al tráiler, y se encontró con un hombre sentado en la silla de su escritorio.

Manolis Philippidis en persona.

—No hay trabajo aquí —dijo el griego sin levantar la mirada.

Palmer se frotó la barbilla.

—Eso es gracioso, porque pensaba que el que tenía que decirlo era yo.

Manolis levantó la cabeza.

—¡Palmer!

El magnate se levantó y rodeó el escritorio para estrecharle la mano a Palmer.

—¿Qué te ha traído hasta Earnest? —le preguntó a Philippidis.

Manolis hizo un gesto que abarcó el interior del tráiler.

—Quería ver qué tal iban las cosas por aquí.

Palmer carraspeó.

—Acabo de encontrarme con John Nelson.

Manolis asintió, pero no dijo nada.

—Dice que has despedido a todo el mundo.

—Sí. Sí, es cierto —dijo Manolis.

—¿Has decidido terminar con nuestro trato?

—No, claro que no —dijo Manolis—. Es sólo que te he traído una lista de gente con la que me gustaría que trabajaras.

Palmer arqueó las cejas y aceptó los papeles que le tendía Philippidis.

—No sabía que tuvieras contactos en Earnest.

—No los tengo, aparte de ti.

—¿Y estos hombres?

—Vendrán de otras obras.

Foráneos.

Palmer intentó disimular su decepción, pero no debió de conseguirlo, porque Manolis le preguntó:

—¿Tienes algún problema con eso?

—¿Algún problema? No. No, pero pensaba que en nuestro trato había quedado claro que yo tendría autonomía total para levantar esto desde cero.

—Y la tienes. Tú eres quien dirige las cosas. Eso no va a cambiar.

—Salvo en lo referente al personal.

Manolis se encogió de hombros.

—Tengo otros hombres que han estado en mis empresas y que necesitan trabajo.

Por algún motivo, Palmer no lo creyó.

El griego le pasó el brazo por los hombros y lo guió hacia la salida.

—¿Cuándo podré verlos? —preguntó.

—Hoy. Mañana. Pasado mañana.

—¿Y tú? ¿Cuánto tiempo vas a estar en el pueblo?

—Oh, no voy a quedarme.

Así que había ido allí desde Seattle sólo para despedir a los empleados de Palmer.

Nada de lo que había ocurrido durante los cinco últimos minutos le había sentado bien a Palmer. Y tenía el mal presentimiento de que lo que iba a ocurrir en el futuro inmediato tampoco le iba a sentar bien.

—¿Hay algún sitio donde se coma bien en el pueblo? —le preguntó Manolis—. Todavía no he desayunado.

Palmer le envió a la cafetería, pero no le mencionó el café de Penelope, que también daba desayunos.

—Bien, entonces voy para allá. ¿Quieres venir conmigo?

Palmer sonrió, sabiendo que la invitación era más retórica que verdadera.

—No, gracias. Ve tranquilo. Yo me voy a quedar para haber algunas llamadas. Ya sabes, tengo que avisar a la gente de que ya no tienen los trabajos que les di.

La suave carcajada de Manolis mientras iba hacia su coche puso a Palmer de mal humor.

6

Aquello era ridículo. Cada coche que pasaba, cada vez que se abría la puerta, Penelope se daba cuenta de que estaba esperando a que fuera Palmer. No había sentido aquella inquietud y aquella impaciencia desde... bueno, desde que él formaba parte de su vida.

Estaba sentada al ordenador, en su trastienda, enviando confirmaciones de pedidos, imprimiendo etiquetas y comprobando el género. Aunque en el pueblo habían descendido sus ventas, su negocio por internet iba viento en popa. Le parecía irónico, pero por lo menos podía mantener la tienda abierta, cuando muchos otros habían tenido que cerrar.

El sol se reflejó sobre algún objeto en movimiento.

Penelope se inclinó hacia atrás en la silla para poder ver la calle, y estuvo a punto de caerse. En el último momento se agarró al borde de la mesa con ambas manos para mantener el equilibrio.

Aquello era absurdo. Ella no era ninguna adolescente con las hormonas revolucionadas. Y, aunque las cosas se habían puesto muy interesantes la noche anterior, no tenía ningún motivo para permitir que llegaran más lejos de lo que ya habían ido. Ya había recorrido aquel camino con Palmer una vez, y sabía muy bien cuál era el callejón sin salida que la esperaba.

«Deberías habérselo dicho...».

Aquellas palabras resonaron por su cabeza.

La noche anterior no había habido tiempo para hablar, ni lugar para el pensamiento racional, y mucho menos para una conversación importante.

¿Y en aquel momento?

Penelope tenía que pensarlo bien. Tenía que decírselo, lo sabía. Sólo quedaba el cuándo y el dónde.

El cuándo era fácil: cuanto antes, mejor. El dónde...

Tendría que ser en algún lugar neutral en el que él no pudiera besarla y anular sus pensamientos con emociones. Un lugar público.

La cafetería... No, allí hasta las paredes oían. Sería mejor el pub. A la hora de comer no estaría muy lleno, y Penelope podía poner música en la máquina para amortiguar su conversación...

Y se lo diría.

Se pasó las palmas de las manos varias veces por la falda del vestido.

Ya sólo le quedaba idear un plan...

Palmer estaba paseándose de un lado a otro del tráiler con el teléfono móvil al oído. Hacía más de una hora que Manolis Philippidis se había marchado, y él no podía dejar de preguntarse qué

pasaba.

—Demonios —le dijo a su viejo amigo y socio ocasional en los negocios, Caleb Payne—: Debería haberlo visto venir, pero no lo he visto.

Caleb se rió.

—Si me hubieras dicho lo que estabais tramando, te habría advertido.

Pero Palmer no se lo había dicho, porque Manolis le había pedido que no lo hiciera. Y parecía que por un buen motivo.

—Si fuera tú, lo dejaría todo ahora mismo y me volvería al Este —le dijo Caleb—, antes de que sea demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué?

—Para salirte de las redes de Philippidis.

Palmer se detuvo y se pasó la mano por el pelo varias veces. Aquello no era una opción válida para él. Había tardado casi quince años en volver a casa. No iba a marcharse con el rabo entre las piernas. No podía hacerlo, sabiendo cómo vivía su padre, ni después de haber hecho promesas que, aparentemente, no podía cumplir.

No podía hacerlo, después de haber probado otra vez la dulce boca de Penelope.

—¿Palmer? ¿Sigues ahí?

—Sí. Y voy a quedarme.

Silencio.

Oyó un pitido que le avisaba de que tenía otra llamada. Miró la pantalla del móvil y se sorprendió al ver el número de la tienda de Penelope.

—Gracias, Caleb. ¿Puedo llamarte después?

—Sólo si vas a seguir mi consejo. O si quieres echar un partido de baloncesto.

Él sonrió irónicamente y se despidió. Después, aceptó la otra llamada.

—¿Penelope?

No hubo respuesta.

Demonios. El contestador se le había adelantado.

Iba a quitarse el teléfono del oído para mirar la pantalla cuando oyó hablar a alguien.

—¿Penelope?

—Sí, sí. Soy yo. Disculpa. Supongo que nunca me acostumbraré a que alguien sepa que soy yo la que está llamando antes de que haya hablado.

—Yo soy quien debería disculparse. Seguramente, tendría que dejar que quien llama se identificara antes de llamarle por su nombre.

—Pero eso no sería eficiente. Y si hay algo que tú has sido siempre, es eficiente.

—En realidad, preferiría que me llamaras inolvidable.

—Oh, también eres inolvidable, Palmer.

¿Tenía un tono de melancolía?

Penelope carraspeó.

—Mira, te llamaba porque me gustaría verte.

Palmer sonrió de oreja a oreja.

—Espera. No me he expresado bien —dijo ella—. Lo que quería decir es que tenemos que hablar.

—Creo que lo prefiero de la otra manera.

—Sí, bueno, por eso lo he cambiado.

—Porque no quieres verme.

Ella suspiró con una irritación evidente.

—Por favor, ¿podrías hablarme en serio durante un minuto?

—En serio —repitió él—. Muy bien, muy bien.

—¿Podríamos vernos en el Pub O'Brien a las dos y media?

—Un poco tarde para comer, ¿no?

—Yo trabajo mientras los demás comen, ¿sabes? Por si acaso alguno quiere hacer algunas compras a la hora del almuerzo.

—Ah. Entonces, comeremos.

—Sí. Y también hablaremos.

—En un lugar público.

—Sí.

—¿Hoy?

—Sí, estaría bien.

—Muy bien. Entonces, nos vemos en el Pub O'Brien a las dos y media.

—Bien.

—¿Llevo algo?

—¿A un pub?

—Tienes razón.

—Hasta luego, Palmer.

—Hasta luego, Penelope.

Bien, en una escala del uno al diez, la idea tal vez no mereciera el nueve que le había puesto Penelope. Estaba sentada a una mesa del pub, intentando no prestarle atención al hecho de que todos los presentes la estaban mirando. No era un día muy diferente a los del resto de su vida, pero por motivos que prefería no analizar, parecía que los chismorreos se estaban centrando en ella.

Cierto, no iba a muy a menudo al pub. Pero eso no significaba que no fuera nunca. De vez en cuando comía allí, como todos los demás.

Pero en aquel momento, Palmer estaba en el pueblo...

Con nerviosismo, hizo girar el vaso de soda sobre la servilleta y miró el reloj. Había llegado con diez minutos de antelación, lo cual significaba que él estaría allí...

—Hola.

Alzó la cara y lo vio junto a la mesa.

Si antes había murmullos en el pub, ahora había completo silencio.

La mayoría de los que habían ido a comer ya se habían marchado, y sólo quedaban un par de hombres en una mesa, algunos parroquianos en la barra, el camarero y la camarera. Ninguno de ellos disimuló el interés que sentía por Palmer y Penelope.

—¿Puedo? —preguntó él señalando la silla que estaba frente a ella.

—Claro, claro. Siéntate.

Penelope tomó un trago de soda. Que hablaran. Un poco de cotilleo era mejor que estar en algún lugar a solas con Palmer, donde él podría explotar con facilidad todo lo que ella sentía por él.

—Bueno —dijo Palmer, sonriendo de una manera que a ella le provocó un cosquilleo en el estómago.

—Gracias por venir —dijo Penelope.

Él le hizo una señal a la camarera.

—¿Has comido ya? —le preguntó él.

—¿Eh? No.

Palmer pidió dos especiales de la casa, y Penelope no se preocupó de preguntar qué era. No importaba lo que le pusieran delante; no iba a poder probar bocado, teniendo en cuenta lo que debía decirle. Aquello era como un nudo gigante en la garganta.

—Me alegro de que me hayas llamado —dijo Palmer.

Ella suspiró.

—Me temo que no vas a pensar lo mismo cuando termine esta conversación.

Penelope intentó sonreír, pero no lo consiguió. Cada vez estaba más segura de que había elegido el lugar equivocado para contarle algo así.

¿Cómo había podido pensar que podía soltarle aquella noticia en mitad de un pub? Si alguien lo oía, se iría corriendo al teléfono más cercano, y a las pocas horas lo sabría todo el pueblo.

—Ya no sé si esto ha sido buena idea —susurró.

Él se inclinó hacia delante y le acarició las manos.

—Cualquier motivo para que yo pueda verte es bueno, Penelope.

—¿De veras? No estoy tan segura de lo que vas a pensar después.

—¿Por qué no dejas que eso lo valore yo?

Penelope alejó las manos de las de él. No podía pensar con claridad cuando Palmer la estaba tocando.

—Mira, Penelope, quisiera disculparme por lo de anoche...

Ella carraspeó.

—No pasa nada.

Él se echó a reír.

—Has sido muy convincente.

—Lo siento. Es sólo que... No creo que sea buena idea que sigamos viéndonos...

—¿Por el sheriff?

—¿Qué? Ah, te refieres a Barnaby —dijo ella.

Frunció el ceño. Se había olvidado por completo de él. No estaba bien. ¿Qué decía eso sobre su situación? Nada que no supiera ya, en realidad; sin embargo, eso no lo hacía más fácil.

—No... quiero decir, sí —murmuró.

Penelope respiró profundamente y exhaló otro suspiro para intentar relajarse.

—¿Es que tu misión en la vida es ponerme las cosas difíciles?

La sonrisa de Palmer se hizo más amplia.

—Eso me parecía —dijo Penelope—. Bueno, pues entonces te gustará saber que tienes éxito.

La camarera les llevó la comida. Y, para disgusto y diversión de Penelope, el pescado rebozado y las patatas fritas tenían buena pinta.

Una vez que hubo aceptado el hecho de que había elegido muy mal el lugar para hablar con Palmer, volvió a pensar en un plan. Decidió que por el momento hablarían de otra cosa.

—Bueno, ¿y qué tipo de trabajo has venido a hacer a Earnest?

Le parecía raro que todavía no le hubiera hecho aquella pregunta. Suponía que el motivo era que ya lo sabía por algunos vecinos. Palmer estaba trabajando con un magnate griego que tenía enemistad con los Metaxas, e iban a establecer algún tipo de negocio relacionado con la ecología en el pueblo.

—Estoy supervisando los comienzos de una empresa que espero que traiga trabajo aquí —explicó él.

—¿Supervisando? Entonces, ¿no es tuya?

—No, no es mía. Pero ojalá lo fuera. Esta mañana me he topado con un obstáculo que va a ralentizar mucho las cosas.

—¿De veras?

Él tomó un poco de pescado, y después se limpió la boca con la servilleta.

—No es nada que pueda contarte en este momento. Todavía estoy tratando de entenderlo.

—Pero no es grave, ¿no?

Palmer se quedó callado mientras la miraba. Finalmente, volvió a sonreír.

—Ya no.

La puerta del pub se abrió y se cerró. Penelope miró hacia allí y vio al mayor de los hermanos

Metaxas, Troy, que acababa de entrar. Miró hacia su mesa y ella saludó, pero él no debía de haberla visto. Se acercó hacia la barra.

Penelope tuvo la sensación de que alguien lo había llamado para decirle que Palmer estaba allí.

Se decía que los Metaxas querían mantener una conversación con Palmer. Cuando ella había oído aquel rumor, se había preguntado por qué no iban al tráiler donde él tenía su oficina. Palmer era un hombre razonable.

En aquel momento supo que Troy Metaxas había hecho lo mismo que ella: Había esperado hasta que pudiera entrevistarse con Palmer en un lugar público.

Penelope tenía mucho mejor aspecto que cuando Palmer había entrado en el bar, y eso le resultaba un alivio. La había visto muy pálida, demacrada, y había tenido miedo de lo que iba a decirle.

Sin embargo, poco después estaban conversando tranquilamente, y ella estaba comiendo, lo cual siempre le proporcionaba una gran satisfacción a Palmer. Todo el mundo tenía que comer, pero Penelope lo hacía de una manera que a él le resultaba maravillosa.

Una vez, ella le había dicho que debía de ser la persona menos sexy del mundo. Él pensaba todo lo contrario. Su sexualidad innata estaba por todas partes. En su manera de abrir los labios carnosos para tomar una patata frita, deteniéndose a mitad del gesto para cortarla en dos con los dientes blancos y perfectos. En su manera de pasarse la lengua por el labio inferior. En los sonidos casi imperceptibles que emitía para mostrar su aprobación por la comida.

Penelope no lo sabía, pero él pensaba que era la persona más sexy que él conocía.

De hecho, en aquel momento tenía dificultades para contenerse y no tirar de ella por encima de la mesa hasta que la tuviera entre los brazos.

—Bueno, ¿y qué era eso de lo que querías hablarme? —le preguntó, pese a que temía que no le iba a gustar nada lo que ella tenía que contarle.

Aunque ella había estado concentrada en él desde que él había entrado en el pub, ahora estaba mirando a un hombre que había al otro extremo del local. Palmer lo miró e intentó identificar a aquel tipo de pelo negro que acababa de entrar.

—¿Es alguien con quien tenga que competir?

Penelope lo miró con desconcierto.

—¿Cómo?

Él señaló con la cabeza en la dirección hacia donde Penelope había estado mirando.

—¿Es alguien con quien sales, aparte del sheriff?

—Palmer, yo... —frunció los labios, y apartó el plato—. Esto no es ninguna competición.

—¿No?

Ella se limitó a mirarlo.

—Entonces, ¿he ganado?

—¿Cómo? —preguntó Penelope de nuevo.

—Si esto no es una competición, significa que ya la he ganado.

—No entiendo tu visión del mundo —dijo ella. Respiró profundamente y soltó el aire—. Creo que me faltan una o dos partes del cuerpo.

—¿Un par?

Ella se echó a reír.

—Tú eres la que has sacado a relucir la anatomía masculina.

—Para ilustrar una afirmación.

Palmer se encogió de hombros.

—Yo estoy haciendo lo mismo.

—Pero yo no me refería a nada sexual.

—¿No? Déjame estar contigo a solas durante cinco minutos, y creo que podré demostrarte lo contrario.

—Bueno, eso nunca ha sido un problema para nosotros, ¿no?

—No lo sé. Estoy empezando a pensar que tal vez sí...

Penelope lo miró con sumo interés, aunque Palmer se dio cuenta de que el hombre que había pasado de largo se dirigía hacia ellos.

Miró hacia arriba justo cuando el visitante se detenía junto a la mesa, con intención de decirle que la señorita estaba ocupada. Sin embargo, el hombre no estaba interesado en Penelope. Más bien, lo estaba mirando a él.

—No te acuerdas de mí, ¿verdad? —le preguntó el recién llegado.

Palmer frunció el ceño.

—No, lo siento.

Penelope dejó la servilleta de papel sobre el plato.

—Palmer, te presento a Troy Metaxas. ¿Te acuerdas? Jugabais juntos al fútbol en el Instituto de Secundaria de Earnest.

Metaxas.

Ah, sí.

Palmer se frotó la nuca mientras se ponía en pie para estrecharle la mano a Metaxas.

—Troy. Sí, me acuerdo ahora —dijo, intentando sonreír—. Me alegro de verte.

Troy sonrió también, aunque no parecía muy convencido.

—No quería interrumpir, pero tenía la esperanza de que, cuando hayas terminado de comer, pudiéramos hablar un momento.

Palmer arqueó las cejas.

—¿Aquí? ¿Ahora?

—Si no te importa.

Él miró el reloj, y después a Penelope, y dijo:

—Claro. Tengo unos minutos.

—Me alegro —dijo Troy, asintiendo, y señaló hacia la barra—. Te espero allí. No te apures, no tengo prisa.

A Palmer le parecía exactamente lo contrario. Y, a juzgar por las caras de la clientela, que los estaba mirando sin disimulo, ellos se sentían igual.

—Lo siento, Penelope —dijo Troy—. Espero no haberte estropeado la comida.

—Ya estábamos terminando —respondió ella.

Palmer intervino rápidamente.

—En unos minutos iré a la barra, Troy.

Entonces se sentó para dejar bien claro lo que había dicho, y para que Penelope no pudiera escapar tan fácilmente.

Troy se alejó y los dejó solos.

Penelope se inclinó hacia delante.

—Ha sido embarazoso, ¿no?

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, ya sabes...

—¿Porque estamos en una competición? —preguntó él con una sonrisa, llevando la conversación al punto en la que había sido interrumpida.

Penelope se quedó boquiabierta.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente en serio.

Ella tomó su monedero para sacar el dinero.

—Yo invito —dijo él.

—De acuerdo. Gracias —respondió ella.

Guardó el monedero y comenzó a levantarse.

Palmer la agarró de la mano.

—Pero no voy a dejar que te marches hasta que me digas por qué querías verme.

—Puede esperar.

—¿Por qué? ¿Sólo porque Troy Metaxas quiere hablar conmigo?

—No. Porque dos minutos después de que te sentaras, me di cuenta de que éste no es el lugar adecuado para decírtelo.

—Eso significa que tenemos que volver a comer juntos, ¿no?

—No. Significa que tenemos que volver a reunirnos. Pero todavía tengo que pensar dónde, y cuándo.

—Sólo tienes que decírmelo, y allí estaré.

—Te llamaré.

—Muy bien. Espero tu llamada.

Penelope salió rápidamente del pub. Se detuvo en el exterior para que sus ojos se adaptaran a la luz del sol, y para respirar profundamente aquel aire caliente, pesado, poco familiar.

De hecho, todo lo que sentía le resultaba tan ajeno que era como si estuviera en otro planeta.

¿Dónde estaban las temperaturas suaves de la costa noroeste del Pacífico, a las que ella estaba acostumbrada? ¿La brisa fresca? ¿El sol moderado que invitaba a disfrutar de sus rayos, y no a salir corriendo para protegerse de ellos? ¿Y la lluvia?

¿Y dónde estaba su sentido común? ¿Y cómo iba a encontrarlo?

Miró hacia ambos lados de la calle y cruzó hacia su tienda. Tenía el corazón acelerado.

¿Llegaría un momento en el que no se sintiera hipnotizada por Palmer DeVoe? ¿Hechizada? ¿Podría alguna vez tener una conversación con él sin pensar en el sexo?

¿Podría contarle el secreto que había guardado junto a su abuela y su tía abuela durante quince años?

Sonó el claxon de un coche, y Penelope se sobresaltó.

—Disculpa, Penny. No quería asustarte —le dijo Barnaby por la ventanilla de su coche patrulla.

—No pasa nada. Hoy estoy muy distraída —respondió ella—. Debe de ser el tiempo.

Él la miró dubitativamente, y volvió la cabeza hacia el pub. Después volvió a mirarla.

—Creo que todos nos alegraremos cuando pase este... frente.

¿Por qué tuvo Penelope la impresión de que Barnaby no se refería sólo a la ola de calor? ¿Y de que sabía dónde había estado ella, y con quién?

Se llevó la mano al cuello y se apartó el pelo húmedo de la espalda. Claro que lo sabía. Al igual que alguien del bar había llamado a Troy Metaxas, seguramente otro había llamado a Barnaby.

—Bueno, me marchó para la tienda —dijo.

—¿Te llamo luego?

—Bien.

De repente, el tiempo no fue lo único que le resultaba asfixiante.

Palmer permaneció sentado a la mesa durante un buen rato después de que se fuera Penelope. Hasta el momento, su regreso a casa no estaba siendo exactamente tal y como él había pensado.

Frunció el ceño y se levantó. Troy estaba al final de la barra, hablando con otros que se habían arremolinado en torno a él, y que se marcharon al ver llegar a Palmer. Él se sentó en un taburete, junto a Troy.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó Troy.

—Sí. Me da la sensación de que lo voy a necesitar.

Alzó una mano y le pidió al camarero una cerveza. Ninguno de los dos dijo nada hasta que Bobby Schwartz le puso delante a Palmer una jarra helada con un cuenco de frutos secos variados y se alejó.

Palmer se comió un par de cacahuets y los masticó antes de dar un buen trago de cerveza.

—¿Por qué tengo la sensación de que este encuentro no es una casualidad? —preguntó.

Troy sonrió irónicamente.

—Porque no has llegado adonde has llegado por ser idiota.

Palmer se echó a reír.

Sabía que Troy había hecho un buen trato de negocios con Philippidis, y que sus planes habían fracasado cuando el hermano pequeño de Troy se había fugado con la prometida de Manolis, una mujer mucho más joven que el magnate. Era parte del motivo por el que él había aceptado ese trabajo. El griego no iba a volver a trabajar con los hermanos Metaxas, así que, ¿por qué no seguir con los planes que habían comenzado? Eso supondría muchos puestos de trabajo en el pueblo, y tal vez, algún día la empresa que él estaba contribuyendo a levantar pudiera asociarse con la de Metaxas.

Lo mejor de ambos mundos, en su opinión.

Le preguntó a Troy:

—¿Querías hablar conmigo de algo en concreto?

—¿Acaso vas a hacer que retire el cumplido que acabo de hacerte?

—No. Lo que sucede es que tampoco he llegado adonde he llegado haciéndole el trabajo a ningún tipo.

Troy asintió.

—¿Hasta qué punto debo estar preocupado?

—¿Sobre qué?

—Sobre tu presencia en el pueblo.

Palmer se encogió de hombros.

—Si me lo hubieras preguntado ayer, te habría contestado que mucho.

—¿Y hoy?

—Pregúntamelo mañana.

—He oído decir que has despedido a tu capataz.

Palmer soltó un resoplido.

—No, yo no.

—Lo sé.

—Entonces, me gustaría que me dijeras por qué querías hablar conmigo.

—Ya te lo he dicho. Quiero saber si eres una amenaza.

—¿A qué?

—Mi hermano y yo tenemos planes para una empresa muy similar a la que tú estás montando.

—Mira... no sé lo que ocurrió entre Philippidis, tu hermano y tú, Troy, pero...

—Tal vez deberías saberlo.

—No. Tal vez no. Yo no he venido aquí por motivos personales, sino profesionales.

—Seguro que a Penelope le gustaría oír eso.

Palmer se estremeció.

—Philippidis no tiene ni la más mínima intención de ayudar a este pueblo —prosiguió Troy—. No sé cómo piensa usarte a ti, pero hazme caso, eso es exactamente lo que está haciendo. Y al final, el resultado no va a ser bonito.

—¿Por qué no dejas que yo me preocupe de eso?

—Si mi ego fuera lo único que está en juego, lo haría. Me encantaría competir contigo, y dejar que ganara el mejor.

—Pero...

—Pero no se trata sólo de ti o de mí.

—Entonces, Troy, ¿por qué no me dices de qué se trata?

—De venganza pura y dura. Philippidis no va a parar hasta que mi familia y yo estemos arruinados...

—Creía que esto no tenía nada que ver con tu ego.

—No sólo quiere la ruina de mi familia, sino también de cualquier cosa que esté asociada a nosotros, incluido este pueblo y sus habitantes.

—¿Eso es todo lo que quieres saber?

—¿Qué?

—Te he preguntado si eso es todo. Si lo único que quieres saber es si yo soy una amenaza, o no lo soy.

—Sí.

Palmer se sacó un billete del bolsillo trasero del pantalón, que serviría para pagar sus consumiciones y la comida con Penelope, y le hizo una seña al camarero antes de dejarlo en la barra. Se puso de pie junto a Troy y le tendió la mano. El otro hombre se la estrechó con cierta cautela.

—Entonces, mi respuesta es sí. Soy una amenaza, y esto es una competición. Pero, aunque normalmente sigo el lema de que «Todo vale en el amor y en el juego», te prometo que jugaré limpio si tú lo haces también.

Troy lo miró con una expresión de duda.

—¿Y no puedo convencerte para que no lo hagas? O tal vez, hacerte una oferta para que trabajes con nosotros...

—Eso no es jugar limpio, ¿no te parece? —respondió Palmer con una sonrisa—. Que tengas buena suerte. Y que gane el mejor.

—Siempre y cuando Earnest gane también, estoy de acuerdo —dijo Troy, mientras él se dirigía hacia la salida.

Penelope no conseguía concentrarse. Y quería estar sola. Por eso, después de la cena con su tía y con su abuela, durante la que las dos mujeres habían hecho una puesta en común de ideas para conseguir que Penelope tuviera relaciones sexuales, ella había murmurado algo de que tenía que hacer algunas cosas en la tienda, y se había marchado.

Una hora después, tomó otra caja del almacén y la puso sobre la barra, y la abrió. Pese al calor no había puesto el aire acondicionado, sino que había enchufado un ventilador y había abierto las puertas delanteras y traseras para que se creara corriente. Estaba sudando, y eso aumentaba su sensación de intranquilidad.

Durante aquella hora pasada no había podido dejar de pensar en cosas que la provocaban, la desafiaban.

No era justo.

Hizo caso omiso de las últimas, igual que había intentado obviar las primeras, y se puso a contar servilletas mientras las sacaba de la caja y las colocaba debajo del mostrador, y siguió después ordenando vasos de plástico con sus correspondientes tapas.

Terminó de vaciar la caja, y se apoyó en ella.

No era justo, repitió su mente. Penelope suspiró.

No era justo que Palmer tuviera tan buen aspecto, cuando la mayoría de los demás hombres de su edad habían engordado y habían perdido mucho pelo. No era justo que él irradiara una seguridad que debería haberle correspondido a un hombre mucho más joven.

No era justo que él le hiciera desearlo más incluso que cuando eran adolescentes.

Hablando de justicia... Penelope lo estaba culpando por las sensaciones físicas que le producía cuando él, aparte de un par de caricias, había sido un perfecto caballero en el pub.

La noche anterior...

Bueno, lo de la noche anterior había ocurrido entre las sombras del cenador, cuando ambos tenían la guardia baja, y cuando la oscuridad los envolvía y los protegía del resto del mundo, y amplificaba las emociones que hacía mucho tiempo que no experimentaban.

Quitó la caja del mostrador y la plegó con ayuda de un cortador. La apoyó sobre las otras, contra la pared. Tal vez Irene y Agatha tuvieran razón. Necesitaba un revolcón.

O, más bien, hacía mucho tiempo que no tenía una relación adulta que no incluyera a sus entrometidas compañeras. Que satisficiera todas sus necesidades, no sólo en el dormitorio.

Conocer los motivos por los que no la había tenido no era ninguna ayuda para ella. Eran motivos que iban más allá de su enamoramiento de un antiguo novio del instituto. Sin embargo, eso no alteraba el hecho de que ya era una mujer de treinta y tres años que estaba loca por un hombre que se había alejado de ella muchos años antes.

Miró el reloj y suspiró. Aparte de intentar cansarse, no sabía qué podía hacer para olvidar la

sonrisa de Palmer y poder conciliar el sueño.

Sus pies la llevaron al almacén una vez más...

Palmer no se había dado cuenta del tiempo que llevaba paseando, hasta que sus pies comenzaron a protestar... y se encontró ante la tienda de Penelope.

La puerta estaba abierta de par en par, y eso le pareció peligroso hasta que recordó dónde estaba. Aunque en Earnest sí se cometían delitos, siempre se sabía quiénes eran los culpables, por mucho que los delincuentes se disfrazaran.

Así eran las cosas en un pueblo pequeño, y eso era una de las ventajas.

Por desgracia, parecía que Palmer estaba averiguando sin descanso cuáles eran las desventajas.

Después de comer con Penelope y de su tensa conversación con Troy Metaxas, Palmer había vuelto a la obra y había tenido que responder a las llamadas de los proveedores con los que él había contratado los suministros para la obra. Parecía que Manolis Philippidis había estado muy ocupado durante el tiempo que había pasado en el tráiler.

Por fin, más tarde de las cinco, había vuelto a la pensión. No había nadie por allí, y se había encontrado con que le habían dejado una bandeja cubierta con la cena en la puerta de la habitación, junto a la cuenta. Le esperaba una noche muy solitaria.

Así que se había ido a caminar.

Y había caminado. Desde el Instituto de Enseñanza Secundaria de Earnest hasta el extremo este del pueblo; desde el arroyo hasta el oeste. Y después del atardecer había llegado hasta la puerta de la casa de su padre, donde había estado mirándolo a través de las cortinas de la ventana, observando cómo los colores de la televisión se reflejaban en el rostro de un hombre a quien ya no conocía.

Se frotó la barbilla distraídamente. ¿En qué estaba pensando? Él nunca había conocido a su padre.

Había echado a andar de nuevo, y sin darse cuenta, había llegado a la tienda de Penelope. Estaba allí, frente a la puerta, deseando entrar, pero sin atreverse a hacerlo.

Dentro del local captó un movimiento. Vio a Penelope saliendo del almacén con una caja en las manos, y caminando con decisión hacia él. Palmer pensó que ella lo había visto y que iba a recriminarle que se hubiera quedado allí espiando, como si fuera un acosador.

Pero no hizo nada semejante. Dejó la caja sobre otras que había junto a la puerta, sin saludarlo. Seguramente no se había percatado de su presencia.

Estaba preciosa. Se le habían escapado algunos mechones de pelo de la diadema, y los tenía alrededor de la cara, húmedos y rizados.

Palmer miró el escote en forma de uve de su vestido, y se dio cuenta de que tenía la piel brillante. Aunque tenía el ventilador del techo funcionando, había perdido la batalla contra las altas temperaturas. Él también tenía la camisa pegada a la espalda después de la caminata. Estaba tan absorto en sus pensamientos, que ni siquiera se había dado cuenta del calor. Sin embargo, en aquel momento era muy consciente de que sentía calor... y de que sentía una calidez de otro tipo muy diferente.

Penelope giró el cuello para relajar los músculos y entonces se quedó inmóvil, como si de repente se hubiera dado cuenta de que no estaba sola. Salió a la puerta y miró a un lado y a otro, y sus miradas se encontraron.

—Palmer.

Él se sacó las manos de los bolsillos y colocó las palmas hacia arriba, encogiéndose de hombros.

—Iba dando un paseo y...

Sonaba muy poco convincente, incluso para sí mismo.

—No quería estar solo en la pensión —añadió.

Ella suspiró.

—Dímelo a mí. Yo no podía quedarme en casa con esas dos metomentodos.

Palmer sonrió.

—¿Qué tal está tu abuela?

—Igual.

—¿Y qué significa eso?

—Igual de alocada que siempre.

Él se echó a reír al acordarse de varios encontronazos que había tenido con la abuela de Penelope en el pasado. Una vez lo había pillado en el dormitorio de Penelope y lo había perseguido con un escobón durante dos manzanas.

Lo dijo en voz alta, y Penelope se echó a reír.

—Sí, bueno, ahora estaría haciendo lo contrario.

—No lo entiendo.

—Te estaría persiguiendo con un escobón para que entraras en mi habitación y después lo usaría para atrancar la puerta y que no salieras.

Él arqueó las cejas.

—¿De verdad?

Ella asintió.

—Así que no es la misma persona. Está más loca que antes.

Penelope sonrió.

—Y entonces, ¿qué estamos haciendo aquí? —preguntó él.

—¿Cómo?

—Sólo digo que me gustaría estar al otro lado del escobón de tu abuela, porque eso significaría que podría pasar mucho tiempo ininterrumpidamente contigo.

Ella bajó la cara. Ya no estaba sonriendo, sino que se había puesto muy seria.

Ésa no era la intención de Palmer.

Entonces, ella lo miró.

—Ahora no nos está interrumpiendo nadie...

A Penelope se le clavó la esquina de una caja en la clavícula, y estuvo a punto de tropezarse con el bote de plástico del líquido para limpiar cristales mientras Palmer avanzaba hacia ella en el abarrotado almacén de la trastienda.

Por fin, ella encontró un punto en el que apoyarse, contra una mesa vieja de metal, y respiró aceleradamente mientras él metía los dedos entre su pelo y le deshacía la coleta.

Entonces, Palmer la besó, y no habría importado que Penelope estuviera sobre carbones encendidos, o tendida en una cama de clavos, siempre y cuando él siguiera besándola.

Observó sus ojos medio cerrados mientras él ladeaba la cabeza hacia un lado, y después hacia el otro, tomándose su tiempo para familiarizarse de nuevo con sus labios. Ella posó las manos sobre su pecho, no para apartarlo, sino para asegurarse de que estaba allí de verdad.

Y se quedó muy satisfecha al descubrir que sí.

La noche anterior, él la había sorprendido. Y aunque Penelope no esperaba verlo fuera de la tienda en aquel momento, estaba más preparada emocionalmente, y más receptiva a la necesidad que dominaba su cuerpo con sólo ver a Palmer.

Hacía mucho tiempo, demasiado, que no se concedía permiso para sentir conexión física con otra persona. Siempre había existido algo que se interponía entre ella y el otro; algo que le impedía dejar la mente en blanco y abandonarse al mundo de las sensaciones puras.

Ahora...

Bueno, en aquel momento, Palmer tomó con suavidad su pecho en la mano, a través del vestido, y a ella le temblaron las rodillas de la impresión.

Ella interrumpió el beso y, con nerviosismo, se lamió los labios antes de volver a inclinarse sobre él, de rodearlo con los brazos y de presionar las caderas contra las suyas. Al instante notó su excitación, porque la tenía apretada contra el vientre.

Él gruñó. Emitió un sonido gutural que nunca salió de su boca, mientras sus manos viajaban desde el cabello de Penelope a sus pechos, a sus caderas, como si no supiera dónde acariciarla primero. Buscó el corchete del sujetador por delante y por la espalda, y después se rindió, y volvió a acariciarla a través de la tela, haciendo que sus pezones se endurecieran.

Ella tiró de la camisa de Palmer y se la sacó de la cinturilla del pantalón. Se la quitó por la cabeza, en vez de desabotonársela entera, y mientras lo hacía, le besó la mandíbula, el cuello, le acarició el pecho y el abdomen con las yemas de los dedos. Su piel era cálida y suave, y sus músculos estaban increíblemente tonificados.

Deslizó los dedos dentro de sus pantalones, y él tomó aire bruscamente mientras ella se ocupaba, torpemente, de desatarle el cinturón.

Él se echó a reír con suavidad.

—Cualquiera pensaría que habíamos mejorado en todo esto...

Palmer la ayudó a despojarle de los pantalones, y ella lo ayudó a que le quitara el sujetador deportivo, que no tenía ningún corchete.

Por fin, los dos quedaron desnudos bajo la luz tenue de la trastienda, con la respiración entrecortada y los cuerpos ardientes, y se miraron el uno al otro. En los ojos de Palmer, Penelope vio las sombras del pasado. En su corazón, las sintió.

Él se inclinó para besarla, y ella se rindió por completo. No sólo a él, sino a su propio deseo.

A Palmer le estaba costando respirar, y no sólo por culpa de aquella noche calurosa. Con sólo mirar a Penelope, completamente desnuda, se quedaba sin aliento. Allí de pie ante ella, tal y como estaba, con el pelo moreno y revuelto alrededor del rostro, el vientre redondeado, su feminidad en sombras, Palmer sentía que el pasado se fundía con el presente, y eso lo dejaba anonadado. Ella había sido su primer amor, y todavía le causaba más reverencia que ninguna otra mujer que hubiera conocido.

Le acarició el mentón con las yemas de los dedos y pasó el pulgar por su labio inferior. No llevaba carmín ni brillo de labios.

Ella abrió la boca y atrapó su pulgar, y se lo mordisqueó suavemente antes de cerrar los labios alrededor del dedo y succionárselo.

Palmer gruñó, porque sintió algo tan fuerte como si Penelope estuviera dedicando sus atenciones a otra parte de su anatomía.

La besó con dureza, dominado por su necesidad ardiente de estar dentro de ella, rodeado por ella. Ella posó la planta del pie en su pantorrilla y él le pasó la mano por la cadera hasta el muslo. La alzó y la sentó sobre la mesa. El metal estaba frío. Palmer apartó dos cajas de cartón para hacer sitio y la agarró por las rodillas para separárselas. Penelope echó la cabeza hacia atrás y se apoyó en los brazos, y adelantó ligeramente las caderas para facilitarle el acceso. Era guapísima.

Su vello estaba cuidadosamente recortado, y acentuaba perfectamente sus pliegues sedosos. Palmer se sorprendió al notar que le temblaban las manos mientras ascendía por sus muslos y unía los pulgares en el centro. Los metió por entre los rizos de Penelope hasta que tocó la carne aterciopelada que había debajo. Ella jadeó, y sus caderas se movieron involuntariamente, mientras él exploraba sus pliegues hinchados antes de separarlos y abrirlos bajo su mirada hambrienta.

Penelope subió los pies hasta sus caderas y lo acercó hacia sí.

—Por favor —le susurró con inquietud, antes de besarlo.

Palmer tardó apenas un segundo en sacar el preservativo que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón y colocárselo. Después, por fin, volvió adonde quería estar, ante una Penelope preparada y húmeda que lo esperaba.

Miró sus ojos entornados, oyó su propia respiración acentuada. Las gotas de sudor le caían por la espalda, y también caían por el valle de entre los pechos de Penelope. Cuando él se inclinó para saborear aquel rastro salado, sus pulgares volvieron a acariciarla entre las piernas, justo antes de entrar en su cuerpo de una acometida larga y fuerte. Y Palmer se quedó inmóvil.

Sí...

La impaciencia había sido una tortura, pero el destino era un lugar brillante.

Penelope se quedó asombrada, y a él le pareció que oía los latidos de su corazón y los sentía

en la carne tensa que lo rodeaba. Temía que, si respiraba, o si se movía, todo terminara incluso antes de haber empezado.

Había esperado mucho aquel momento. No había sido consciente, pero al estar allí, supo que Penelope era lo único que había echado de menos de Earnest. Ella tenía algo especial. Le inspiraba sensaciones que no había experimentado con ninguna otra mujer. Y Palmer podía pasarse el resto de su existencia intentando averiguar por qué.

Sin embargo, prefería deleitarse en los sentimientos que estaban removiéndole las entrañas.

Dejó uno de los pulgares sobre el centro de su feminidad, y deslizó la otra mano por sus nalgas para atraerla más hacia el borde de la mesa. Movi6 el dedo contra el clítoris, y se sintió triunfante al constatar que ella estaba tan afectada como él, porque Penelope explotó inmediatamente alrededor de su erección.

Palmer apretó los dientes para resistir.

«Todavía no... Todavía no».

Tuvo que hacer un esfuerzo enorme para no derramar su simiente dentro de ella. Estaba muy cerca del clímax, pero tenía la intención de disfrutar de aquella visión todo el tiempo posible.

Y era una visión magnífica. Penelope desplomada sobre la mesa, con toda la piel brillante y los pezones rígidos, con el est6mago expandiéndose y contrayéndose al mismo tiempo que su respiración. Palmer se inclinó y la besó mientras se retiraba de su cuerpo y volvía a clavarse en él, y se tragó sus jadeos.

Ella levantó las rodillas y las apretó contra sus costados para que él se hundiera más y más en su cuerpo. Y él la complació con satisfacción, incrementando la intensidad y la frecuencia de sus embestidas, dejando que su deseo creciera cada vez más. Oía los latidos de su corazón, y todas las emociones que hervían en su cuerpo se concentraron en su miembro dolorido. La agarró por las nalgas y la levantó ligeramente para tirar de ella mientras acometía con fuerza.

Perdió el control. Todo ocurrió en un fogonazo de luz. Sus movimientos cesaron, sus pulmones se detuvieron y sus caderas se elevaron. Penelope debió de sentirlo, porque volvió a alcanzar el orgasmo segundos después que él, y la tirantez de sus músculos prolongó el placer de Palmer. Se mantuvieron juntos.

Palmer se preguntó cómo era posible que hubiera pasado tanto tiempo sin tener a aquella mujer magnífica entre los brazos... y cómo iba a asegurarse de no tener que estar nunca más sin ella...

Penelope volvió a casa caminando. El pueblo estaba muy tranquilo en noches tranquilas como aquélla, pero a ella le parecía que oía a los árboles recoger su savia y al rocío posarse sobre las briznas de hierba. Todo su cuerpo vibraba, y los latidos de su corazón todavía no habían recuperado su ritmo normal.

Sus recuerdos estaban llenos de lo que acababa de ocurrir entre Palmer y ella.

Aquél era el motivo por el que no había vuelto a tener relaciones sexuales con nadie. Porque sabía que con nadie sentiría lo mismo que cuando estaba con él. Sólo Palmer sabía dónde tocarla, sólo él sabía besarla de un modo que le causaba más y más deseo. Sólo Palmer encajaba a la perfección entre sus muslos y hacía que ella se aferrara a él para no dejarlo marchar nunca.

La casa estaba a oscuras. Penelope había temido que su abuela y su tía siguieran despiertas, porque no quería someterse a su interrogatorio. Había postergado su regreso a casa para evitarlo. Parecía que no podía dejar de sonreír, y temía que la descubrieran con facilidad.

Entró por la puerta delantera, que estaba abierta, y colgó el bolso en el perchero. Después se quitó los zapatos uno a uno para no hacer ruido mientras subía a su habitación.

—No te va a servir de nada ir de puntillas. Sabemos que has llegado, así que será mejor que vengas aquí y nos digas por qué has tardado tanto en volver.

Penelope cerró los ojos y respiró profundamente.

Demonios.

Dejó caer los zapatos al suelo y caminó hacia la cocina, que sólo estaba iluminada por la luz parpadeante de una vela roja.

—Aquí —le dijo su tía abuela, señalándole una silla—. Siéntate aquí y tómate un vaso de sangría.

Su abuela había sacado las cartas del tarot. Penelope frunció los labios.

—¿Quién quiere la respuesta? —preguntó Agatha.

—Tú eres quien tiene una pregunta —le dijo su tía a Penelope, mientras le daba el vaso de sangría a Penelope.

Ella tomó un par de tragos para fortalecerse para lo que se avecinaba.

—No tengo preguntas.

Su abuela la miró con los ojos entornados.

—Entonces, ¿ya lo has averiguado todo?

Ella se obligó a hacer una pausa para no responder rápidamente. Hacerlo sólo serviría para animarlas más.

—Como todo el mundo, más o menos —dijo vagamente.

—Umm —murmuró su tía con desacuerdo.

Penelope hizo ademán de levantarse.

—Aunque todo esto es muy interesante, estoy rendida...

—Claro que lo estás. Teniendo en cuenta que has estado por ahí dándote un revolcón...

Penelope se quedó boquiabierta.

—No me mires así, niña. Yo he tenido relaciones sexuales mucho antes que tú. Sé cuál es el aspecto que se tiene después, y conozco su olor.

¿Olía?

—Sí —dijo Irene—. Almizcle, sudor y látex.

Penelope estuvo a punto de dejar caer el vaso de sangría.

—¿Cómo?

—¿Es que te crees que nosotras no usamos preservativos? —le preguntó su abuela—. No para evitar un embarazo, claro, sino para protegernos del sida. ¿Sabías que nuestro grupo de edad es el que más contagio tiene de toda la población?

Su tía abuela agitó la cabeza.

—Ancianos con sida. ¿En qué se está convirtiendo este mundo? Tienes el síndrome premenstrual y el desorden disfórico premenstrual durante tus años fértiles. Tienes sofocos y sudores durante la menopausia, y los sufres pensando que la recompensa es, por fin, un poco de sexo exquisito sin barreras. Y entonces, ¡zas! Alguna promiscua sin escrúpulos empieza a extender la enfermedad y terminas usando preservativos otra vez.

—¿Promiscua? —preguntó Penelope, apoyando la frente en una mano. Justo cuando creía que su abuela ya no podría sorprenderla nunca más, le decía aquello.

—Sí, promiscua. ¿Cómo llamarías tú a una mujer que va por ahí teniendo relaciones sexuales de cualquier manera?

Penelope la miró fijamente.

—Oh, no lo sé. ¿Abuela?

Su tía se echó a reír.

—Creo que acaba de llamarte pendón, Agatha.

Penelope se quedó boquiabierta y alzó las manos.

—Me voy a la cama antes de que esta conversación se desmande más. Seguro que mis sueños no serán la mitad de inquietantes.

—Ni la mitad de interesantes —dijo su tía.

—Siéntate.

Penelope pestañeó ante la orden de su abuela.

—¿Cómo?

—Ya me has oído, siéntate. Todavía no he terminado contigo.

—Es gracioso, porque yo sí he terminado con esta conversación.

—Porque no quieres decirnos con quién te has acostado.

—¡No me he acostado con nadie!

Las dos la miraron fijamente.

¿Acaso lo llevaba escrito en la frente? Penelope suspiró y volvió a sentarse.

—¿Ha sido con ese guapísimo sheriff Barnaby? —preguntó su tía abuela—. ¿Qué estoy diciendo? Pues claro. ¿Con quién, si no?

—¿Sí, con quién? —inquirió su abuela, atravesándola con la mirada.

Después bajó los ojos hacia las cartas de tarot, que tenía extendidas en la mesa. Señaló una, y Penelope e Irene se inclinaron a mirarla.

—¡El Sumo Sacerdote! —exclamó su tía. Después frunció el ceño—. Pero yo creía que la carta de Barnaby era la Sota de Oros.

—¿Y qué más ves? —preguntó su abuela.

Penelope miró las cartas. Todas estaban en el arcano mayor.

—Imposible —susurró.

Nunca, en todos los años que su tía y su abuela llevaban leyendo el tarot para responder alguna pregunta cuya respuesta ignoraban, había visto que sólo salieran arcanos mayores.

—Has hecho trampas —dijo.

—No es cierto.

—¿Y quién es el Sumo Sacerdote? —preguntó Irene.

Ambas la miraron.

Parecía que no tenía ni idea.

—Creo que vamos a tener que aumentar tu dosis de vitaminas —dijo Agatha—. Es ese dichoso Palmer DeVoe.

—Palmer DeVoe... Pero, ¿ése no es... —la tía abuela de Penelope abrió unos ojos como platos—. Oh, vaya...

—Ummm —murmuró su abuela, mirando nuevamente las cartas—. Aquí veo que los dos se han visto hoy... tal vez han quedado para comer...

—No lo ves ahí —dijo Penelope.

—No, es cierto. Pero me lo han contado.

Penelope se apoyó en el respaldo de la silla y se cruzó de brazos.

—No es asunto vuestro.

—¿De verdad que no? Pues a mí me parece que sí.

Ella se levantó de la silla, dejó el vaso de sangría casi intacto en el fregadero y se marchó hacia el pasillo.

—Me voy.

—¿Se lo has dicho ya, Penelope?

Si había unas palabras que podían detenerla en seco, eran aquéllas.

Palmer se colocó las bolsas de la compra en una mano y, con la otra, abrió la puerta del jardín. Había que cortar el césped, y los arbustos del seto necesitaban una buena poda. Además, olía a algo parecido a animal muerto. Ojalá sólo fuera una ardilla u otro animal que había ido a morir al jardín de su padre, y no alguna mascota olvidada.

Afortunadamente, la puerta de la casa no estaba cerrada con llave. Ojalá ocurriera lo mismo con la pantalla mosquitera. Sí, también estaba abierta.

Entró sin llamar.

—¿Papá? Soy Palmer.

Su padre nunca había tenido armas, así que pensaba que no corría peligro allí dentro. Aunque, tal y como había comprobado, en quince años las cosas podían cambiar mucho.

—Te he traído la compra. Seguro que te vendrá bien —dijo, y atravesó el salón.

La noche anterior estaba tan concentrado en su padre, cuando lo estaba mirando por la ventana, que no se había dado cuenta de nada más. En aquel momento, vio que la sala estaba exactamente como él recordaba. Incluyendo los ramos de flores de tela que su madre ponía por todas partes. Sus fotografías enmarcadas del instituto todavía estaban colgadas en las paredes, y los cojines de punto de cruz seguían en el sofá y en las butacas. Lo único diferente era que todo estaba descolorido y polvoriento, como si la casa hubiera quedado desierta después de la muerte de su madre.

Carraspeó para combatir el nudo de emoción que se le formó en la garganta, y continuó con su monólogo para que su padre supiera que estaba allí.

—Voy a poner las cosas en la cocina...

Se detuvo a la entrada de la estancia en cuestión. Su padre estaba sentado, encorvado, en la mesa, mojando una galleta en una taza. Había dejado de comer al ver a Palmer. La mitad de la galleta cayó dentro de la taza, y el líquido que había dentro, que a Palmer le pareció agua, salpicó.

—Buenos días, papá —dijo él, mostrándole las bolsas—. Te he traído unas cuantas cosas que puede que necesites.

Thomas sacudió la cabeza para salir de su asombro. Tomó un trapo que tenía junto al codo y se secó las manos con movimientos tensos.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —dijo—. Creí que te había dicho que no quería saber nada más de ti.

A Palmer le dolió aquello, pero al menos estaba preparado, no como la primera vez. Había decidido hacer caso omiso a su padre. O por lo menos, a los comentarios maliciosos que hiciera. Ya lo había conseguido antes, y no le resultaría tan difícil recuperar aquella capacidad otra vez.

Dejó las bolsas en la encimera y levantó las tapas de unos botes de cerámica. Los del café, el

azúcar, el té y la harina estaban vacíos. Él sacó los paquetes recién comprados y fue llenando los botes, y después abrió la nevera. Sacó una botella de leche, la olisqueó y la tiró a la basura, y después puso leche fresca, huevos, mantequilla y queso en las baldas, y cerró la puerta.

Se volvió y puso una rebanada de pan en la mesa, frente a su padre. Después tomó la taza. Tal y como había sospechado, sólo contenía agua. Vacío el líquido en el fregadero y puso a hervir agua para el té.

—¿Quién te crees que eres? —farfulló su padre, poniéndose en pie—. Nadie te ha pedido que traigas todo esto. Nadie te ha invitado a que entres.

Palmer dobló las bolsas.

—Ésta no es tu casa. Nunca lo fue.

Palmer se estremeció al oír aquellas palabras amargas, pero siguió su tarea y puso una bolsita de té en la taza mientras esperaba a que hirviera el agua.

—¡Te estoy hablando, chico!

Su padre lo agarró del brazo. Palmer se dio la vuelta y se encontró de frente con el semblante furioso de su padre.

Thomas DeVoe estaba sin afeitarse, tenía ojeras y el pelo gris y largo... Nada de aquello le resultaba familiar. Y si Palmer no se equivocaba, había encogido unos tres centímetros. O eso, o él sólo lo recordaba siendo más alto. Ahora, la parte superior de su cabeza le llegaba a Palmer por las cejas.

—Ya te he oído —dijo calmadamente.

Su padre también debía de estar asimilando los cambios que había experimentado él. Y para Palmer, el hecho de darse cuenta de lo mucho que se parecían fue como un puñetazo en el estómago. Era igual que su padre cuando tenía la misma edad.

Thomas abrió la boca, seguramente para decir algo insultante. Sin embargo, en vez de hablar, sólo pudo toser. Tuvo que apoyarse en la mesa para conservar el equilibrio. Palmer intentó sujetarlo, pero su padre le apartó la mano y volvió a sentarse.

Palmer llenó un vaso de agua y se lo puso delante. El hombre no lo tocó.

Palmer se volvió hacia el mostrador y respiró profundamente para calmarse. Aquello era mucho más difícil de lo que había imaginado. Lo que de verdad quería era marcharse corriendo de allí, pero no se atrevía a hacerlo. Por motivos que no entendía, para él era importante intentar recuperar la relación con su padre.

Así que siguió haciendo el té, y unas tostadas, en silencio. Cuando terminó, lo puso todo en la mesa, ante su padre.

—Que disfrutes del desayuno —le dijo mientras plegaba las bolsas de la compra y las dejaba debajo del fregadero, donde siempre las había guardado su madre—. Volveré a la hora de cenar.

—No quiero que vuelvas por aquí.

—Sí, bueno, y yo quiero un padre que se alegre de verme. Así que parece que ninguno de los dos vamos a conseguir lo que queremos.

Salió de la casa, intentando convencerse de que con aquello conseguiría un bien mayor.

—Siento no haberte llamado anoche —dijo Barnaby—. Ayer hubo un accidente en la Ruta 6, en el que estaba involucrado un camión de combustible. Fue un lío.

Penelope se mordió el labio y atravesó la cocina hacia el microondas, donde se estaban haciendo unas palomitas. Le parecía raro que Barnaby se disculpara, teniendo en cuenta lo que

estaba haciendo ella cuando él estaba atendiendo una emergencia.

Al recordar la noche anterior, carraspeó.

—Espero que todo el mundo se recupere.

—Sólo hubo que trasladar a Seattle a uno de los heridos, en helicóptero. La limpieza del vertido del combustible duró horas, pero afortunadamente, todo ha vuelto a la normalidad.

—Bien. Bien.

Thor entró en la cocina alegremente, y Penelope frunció el ceño.

Aquella noche era la noche en la que las tres mujeres veían juntos el reality show en televisión y cenaban comida rápida en la mesa de centro. Penelope había ido a la cocina para preparar otra bolsa de palomitas cuando sonó el teléfono.

Barnaby dijo:

—No estarás enfadada conmigo porque no te llamara, ¿verdad?

—¡Penelope! —gritó su abuela—. ¡David está a punto de averiguar lo que ha tramado Janice! ¡Date prisa!

Ella puso los ojos en blanco y le dijo a Barnaby:

—¿Enfadada? No, claro que no. ¿Por qué iba a estarlo?

—Por nada. Supongo. Sólo pensé que... Bueno, no importa. Quería explicarte por qué no había llamado.

—Gracias, Barnaby. Te agradezco que seas tan considerado.

Un rasgo que hacía que Penelope se sintiera aún más culpable después de lo que había sucedido entre Palmer y ella.

Sin embargo, aquello no era culpa del sheriff. La culpa era toda suya.

—¡Penelope! —dijo su tía, en aquella ocasión.

—¡Estoy hablando por teléfono!

—Ay. Creo que me has roto el tímpano —dijo Barnaby.

—Disculpa.

—No pasa nada —respondió él. Después titubeó un instante, y prosiguió—: Bueno, había pensado que podríamos salir otra vez este fin de semana.

Penelope estuvo a punto de tragarse la lengua, porque el perro también comenzó a ladrar.

—¿Qué quieres?

—¿Disculpa?

—No, tú no, Barnaby. Estaba hablando con Thor.

—Ah. Bueno. Qué alivio —dijo él, y se rió—. Eso parece una casa de locos.

—No te haces una idea.

—¿Qué me dices, entonces? ¿Te recojo el viernes a las ocho?

El perro tiró el tiesto del helecho, y Penelope soltó una palabrota.

—Mira, Barnaby, tengo que colgar. ¿Por qué no hablamos un poco más adelante esta semana?

—¿Cómo? Ah, sí, claro.

—Buenas noches.

—Buenas...

Penelope no esperó a que él terminara de despedirse. Colgó y se volvió hacia el perro, que estaba muy alterado.

—¿Qué te pasa? Ya has comido. Tienes agua. Has estado en la calle...

Él volvió a ladrar mientras ella enderezaba el tiesto.

—¿Qué? ¿Quieres volver a salir? Muy bien, vamos.

Thor salió corriendo hacia la salida del jardín, y ella lo siguió. Se inclinó para abrir la pantalla mosquitera y, en su prisa por salir, el perro empujó la puerta y estuvo a punto de tirar a Penelope al porche.

—Oh, por el amor de Dios —susurró ella.

Recuperó el equilibrio y se miró la mano para asegurarse de que no se había hecho daño.

Entonces, el vello se le puso de punta.

Había alguien en el jardín.

Thor no quería salir para hacer sus cosas, sino para saludar a su nuevo amigo.

Penelope miró hacia arriba lentamente.

Palmer.

Estaba entre las sombras, junto al cenador, y tal vez ella ni siquiera lo habría visto si Thor no hubiera salido corriendo hacia él. El perro le plantó las patas en el pecho para recibir un buen rascado de orejas.

—Buen chico —dijo Palmer en voz baja, y sus palabras le provocaron un estremecimiento a Penelope.

Penelope miró hacia atrás, a la cocina, preguntándose cuánto quedaba hasta la siguiente pausa de anuncios. Después de la lectura de tarot de la noche anterior, estaba segura de que no quería que su abuela y su tía descubrieran que Palmer estaba en el jardín.

Se dirigió hacia él rápidamente.

—Le he enviado mensajes telepáticos al perro para que te sacara al jardín —dijo Palmer con una sonrisa—. Lo intenté contigo, pero parece que estabas ocupada.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó ella en un susurro.

La sonrisa se le borró de la cara, y Penelope se dio cuenta de que había ocurrido algo.

—¿Qué ha pasado?

—¿Puedo hablar contigo?

Penelope volvió a mirar hacia atrás. Sabía que cuando comenzaran los anuncios, su tía y su abuela irían a la cocina en busca de las palominas y también de ella.

—Por favor —le pidió Palmer con una expresión sombría.

Penelope lo observó en la penumbra. Aunque había estado a punto de decirle que no, cambió de opinión rápidamente.

Agarró a Thor por el collar.

—Nos vemos en la esquina en diez minutos —le dijo.

Palmer la sorprendió dándole un beso.

—Vamos, Thor —le dijo ella al perro, tirando suavemente del collar—. Vamos dentro.

12

Palmer miró el reloj del salpicadero por quinta vez. Llevaba más de veinte minutos esperando a Penelope. ¿Se habría equivocado de esquina? Aunque aquél era el lugar donde la había esperado muchas veces antes, tal vez a ella se le hubiera olvidado y se había referido a otra esquina.

Se masajeó la nuca para intentar relajar la tensión de los músculos. No estaba seguro del motivo por el que había ido en busca de Penelope. Suponía que, después de lo que había sucedido entre ellos la noche anterior, ella necesitaría tiempo para asimilarlo.

Oyó un golpecito en la ventanilla del pasajero. Se inclinó hacia la otra puerta y abrió.

—Hola —dijo ella, inclinándose para mirarlo.

—Entra.

Penelope miró hacia atrás, y después entró en el coche.

Y él supo inmediatamente por qué había ido a buscarla. Los nudos que tenía en el cuello se le relajaron con sólo tenerla al lado. De repente, el mundo cobró sentido. Y aunque Palmer no se hubiera dado cuenta de que se sentía solo, dejó de estarlo en aquel momento.

Solo.

Era raro pensar en aquello. Durante quince años había volado en solitario. Sin embargo, desde que había vuelto a Earnest, se sentía como si le faltara algo.

—Siento haber tardado tanto. No puedo creer que esté diciendo esto, pero he tenido que esperar hasta que terminara el programa de televisión, y después fingir que tenía dolor de cabeza par poder irme a mi habitación. Me he escapado por la ventana.

—No...

—Sí —respondió ella, riéndose, y después se puso a mirar por la ventanilla.

Él se quedó callado durante unos instantes, y ella le preguntó:

—¿Qué ha pasado?

Palmer hizo un gesto de consternación mientras arrancaba el motor.

—¿Adónde vamos?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. Me ha parecido mejor dar un paseo mientras hablábamos. Ya sabes, por si alguien llama a tu novio.

Él lo había dicho en broma, pero al ver que Penelope se estremecía, se dio cuenta de que a ella no le hacía gracia.

—Gracias por venir. Yo... No sabía a quién acudir.

Y así, sin más, comenzó a contarle cómo eran las visitas que había estado haciéndole a su padre durante aquellos últimos días. Le contó que aquella misma mañana le había llevado la compra, y que sólo había encontrado rechazo. Le contó que había contratado a una empresa de

mantenimiento de jardines para que cortaran el césped y que le habían llamado para decirle que su padre los había echado de allí.

—¿En serio?

Palmer asintió.

—Sí, en serio. Me dijeron que empezó a mojarles con la manguera hasta que tuvieron que marcharse.

Ella sonrió.

—¿Has visto la casa? Está casi irreconocible.

Penelope asintió.

—Sí, la he visto. Un par de niños del vecindario cortaron el césped un par de veces este verano, pero los setos están abandonados, y las flores... bueno, no tengo que decírtelo.

—Sí. Pensé en hacerlo yo mismo, pero con todo lo que está ocurriendo con mi negocio aquí...

Palmer se quedó callado. No quería aburrirla con todo lo que pasaba.

Carraspeó.

—De todos modos, le había prometido a mi padre que volvería esta noche para hacer la cena. Entró en la carretera principal y se dirigió hacia el oeste, fuera del pueblo.

—¿Sabes cocinar?

—¿Eh? Por supuesto.

—Ah, sí. Seguro que sólo sabes hacer barbacoas.

—No, no, sé cocinar. Hago la mejor pasta con marisco de la costa del Pacífico.

Ella sonrió sin mucho convencimiento.

—Bueno, tal vez sólo de Earnest. Pero cocino bien.

—Bueno, ¿y has ido a casa de tu padre?

Palmer asintió.

—O más bien, lo he intentado. Él no me ha dejado entrar —explicó, y apretó el volante.

Penelope no dijo nada. Simplemente, esperó a que él continuara.

—Antes nunca cerrábamos la puerta con llave. Y esta mañana, las dos puertas estaban abiertas. Esta noche, sin embargo, estaban cerradas. Esperé y miré por la ventana para ver si él estaba en casa o no.

Explicó que había dejado las bolsas de la compra en los escalones y que había dado la vuelta a la casa, y que había encontrado el origen del mal olor por el camino: era una ardilla muerta. La puerta trasera estaba cerrada también, y dentro de la casa no había luz.

—Tal vez hubiera salido.

Él la miró.

Ella se encogió de hombros.

—Tengo entendido que va a la iglesia de vez en cuando. Tal vez fuera a la misa nocturna, o algo así.

—Yo nunca he visto a mi padre ir a misa.

—Bueno, tal vez haya llegado el momento de que reconozcas que no conoces muy bien a tu padre.

En eso tenía razón.

—¿Y qué más sabes de él?

—Sé que no ha vuelto a trabajar desde que cerró el aserradero, hace cuatro años. Como la mayoría de los hombres que trabajaron allí durante toda su vida.

Él asintió. Todo eso lo sabía por las conversaciones telefónicas que había mantenido con su

padre durante aquellos años.

—¿Ha salido con alguien?

—No lo sé, Palmer. ¿Cómo iba a saberlo?

—Éste es un pueblo pequeño.

—No tan pequeño. Además, yo ya tengo suficiente con mi tía y con mi abuela...

Se quedó callada.

—¿Qué?

Ella miró por la ventanilla.

—Primero me escapo por la ventana de mi habitación y ahora... No me estarás llevando a la Cala del Amor, ¿no?

Palmer arqueó las cejas. No se había dado cuenta de adónde se dirigía, pero parecía que sí, que iba hacia aquel lugar retirado al que acudían, desde el comienzo de los tiempos, las parejas de adolescentes que querían intimidad.

—Dios Santo —murmuró él.

Ella se echó a reír.

—No te preocupes, es gracioso. No había vuelto aquí desde que...

Él estaba bastante seguro de que sabía cuándo había sido aquella última vez. Seguramente, coincidía con la fecha de su última visita.

—Dios, mira. Hay dos coches ahí aparcados.

—A juzgar por lo bien que está el camino, creo que todavía hay mucho tráfico por aquí.

—Sobre todo desde que parece que todos los niños de dieciséis años deben tener coche.

—Y móviles.

La carcajada de Penelope hizo que él recordara lo que habían hecho, exactamente, la última vez que habían estado allí.

Y encendió en él el deseo de revivir algunos recuerdos.

—Ahí —dijo ella, señalando su lugar preferido, bajo un gran roble.

Él frenó bajo el árbol. Sin embargo, no estaba preparado para el asalto sexy que Penelope lanzó a sus labios al instante.

Penelope no sabía qué era lo que le había ocurrido. Hacía pocos minutos estaba inmersa en problemas familiares, tanto de él como suyos, y ahora estaba comportándose como una adolescente llena de hormonas revolucionadas.

Tal vez el hecho de verse a escondidas fuera como montar en bicicleta; una vez que una se subía otra vez al sillín, sabía instintivamente dónde tenía que poner los pies.

Por el contrario, el equilibrio era algo distinto.

Extendió los dedos por las mejillas de Palmer mientras lo besaba. Umm... Mejor de lo que recordaba de la noche anterior. Claro que entonces todo lo había tomado desprevenida, y no había tenido ocasión de asimilar todas las sensaciones. Sin embargo, aquella noche tenía la intención de saborear hasta el último momento, de atesorar en la memoria todo lo que ocurriera, para poder acudir a ello siempre que quisiera.

El problema era que parecía que nunca estaba lo suficientemente cerca de él.

Miró a su alrededor.

—¿Qué buscas? —le preguntó él.

—¿No se puede echar el asiento hacia atrás?

—¿Hacia atrás? Oh, sí.

Entonces, con un zumbido, el asiento comenzó a abatirse.

—Ummm... Mucho mejor.

Se subió la falda del vestido, se colocó a horcajadas sobre él y se alegró de que los asientos fueran anchos y lujosos.

—Vaya —murmuró Palmer.

Cuando ella hizo ademán de apartarse, él la sujetó por las caderas con las manos.

Entonces, ella se inclinó y lo besó. Y volvió a besarlo.

—Creo que este problema con tu padre...

Él la miró a la luz tenue del salpicadero.

—¿Qué?

Ella se abrió el primer botón del vestido.

—Sigue intentándolo. No va a poder rechazarte siempre.

—¿De verdad estás hablando de mi padre mientras te desnudas?

Penelope sonrió.

—¿Es que tú no puedes hacer dos cosas al mismo tiempo?

—Andar y comer chicle sí. Hacer el amor y hablar sobre mi padre... no.

Ella se echó a reír mientras se quitaba la parte superior del vestido por los hombros, dejando a la vista sus pechos cubiertos por el sujetador.

Oyó que a Palmer se le aceleraba la respiración, y comenzó a decir algo.

—Shh —susurró él, poniéndole los dedos, suavemente, sobre los labios—. No digas una palabra más sobre nada.

—¿Por qué?

—Porque el único sonido que quiero escuchar ahora es tu respiración...

Aquellas palabras suaves hicieron que ella se estremeciera. Lo miró a los ojos durante unos segundos, y después volvió a besarlo, sin apresuramiento en aquella ocasión, con dulzura y minuciosidad. Tenía todo el cuerpo vibrando de impaciencia por lo que iba a ocurrir, pero también se deleitaba con todas las sensaciones que la invadían en aquel instante.

Él le acarició el pecho a través del sujetador, y le pellizcó suavemente un pezón antes de atraparlo con la boca. La humedad penetró por la tela del sujetador. Palmer, al recordar las preferencias de Penelope en cuanto a la ropa interior, tiró de las copas hacia arriba y le sacó la prenda por la cabeza, y lo lanzó hacia el otro lado del coche.

Penelope hizo un gesto para quejarse, pero se quedó inmóvil al sentir su boca directamente sobre la piel.

Dios Santo...

Él dibujó círculos sobre su areola y después succionó delicadamente, y aquel acto sensual hizo que a Penelope se le acelerara el corazón, y que se le humedecieran completamente las braguitas.

Se apretó contra él para sentir su dureza y comenzó a desear una conexión más íntima.

Tiró de su camisa para sacársela del pantalón y metió los dedos dentro de la cintura, sin detenerse hasta que agarró su grueso sexo con la palma de la mano.

Sintió el impulso de saborearlo, pero no quería romper el contacto entre los dos mientras él le acariciaba y lamía el pecho.

En vez de eso, se apartó la tela de la entrepierna de la braguita y colocó a Palmer en su estrecho canal.

Entonces, se estremeció de pies a cabeza.

Palmer gruñó.

—No llevo preservativo —dijo, con los dientes apretados.

Ella tragó saliva mientras movía las caderas, deslizándose de arriba abajo sobre él, lubricando el movimiento con sus propios fluidos.

Él la agarró de las caderas.

—Deja que me saque un preservativo del bolsillo —dijo.

Ella se elevó, hasta que el extremo grueso del miembro de Palmer estuvo colocado contra su cuerpo.

—No lo necesitas —respondió, y se deslizó hacia abajo sobre él, acogéndolo centímetro a centímetro, sintiendo cómo la abría, la llenaba, la amaba.

13

La sensación de tener a Penelope rodeándolo, sin ropa, sin látex, sin nada entre ellos, era como salir de entre las nubes y encontrar un cielo inundado de sol.

Sintió fuego en las entrañas, un fuego que se acumulaba en sus testículos mientras ella se estremecía a su alrededor.

Olvidó dónde estaban, olvidó su conversación, olvidó todo lo que no fuera Penelope Weaver.

Ella movió las caderas y frotó su pelvis contra la de él, y la fricción envió llamaradas de fuego hasta el pecho de Palmer. Intentó aminorar los movimientos de Penelope para contener su clímax, pero ella no estaba dispuesta a permitirlo. Lo besó con toda su alma para obtener una unión mayor. Él sólo oía el siseo de las llamas y...

De repente, una luz se reflejó en el bello rostro de Penelope, y se oyó el golpe de unos nudillos en el cristal.

—Ya basta ahí dentro —dijo una voz que le resultó familiar.

Penelope se quedó inmóvil. No por el clímax, sino de horror.

Barnaby...

Palmer la ayudó a cubrirse con el vestido, que estaba arrugado alrededor de sus caderas. Sin embargo, ella no se atrevía a moverse, así que siguieron unidos, mirando la cara de incredulidad del sheriff a través de la ventanilla abierta.

—Ay, Dios...

Barnaby se irguió y se apartó del coche unos cuantos pasos mientras maldecía en voz baja, para dejarles espacio.

—Oh, Dios...

Penelope se movió y se deslizó hacia el asiento del pasajero, intentando encontrar su sujetador. Se vistió rápidamente, mientras Palmer se colocaba los pantalones y se abrochaba el cinturón.

Después, cerró los ojos con fuerza.

«Por favor, que esto no esté ocurriendo de verdad...».

Justo después de aquella exquisita pasión, sólo sentía culpabilidad y humillación. Tomó aire profundamente y posó la mano en el abridor de la puerta.

Palmer la tomó del brazo con suavidad.

—No tienes por qué hacer esto ahora.

Ella se quedó mirándolo en la oscuridad.

—Sí, tengo que hacerlo.

Salió del coche, pero le temblaban tanto las piernas, que no pudo llegar al otro lado.

—Barnaby, por favor...

Él alzó la mano, y después se pasó los dedos por los ojos, como si no pudiera mirarla.

—Ese hombre tiene razón, Penelope. No es buena idea hablar ahora de esto. Anda, volved a casa. Yo... Yo...

¿Quería decir que iba a llamarla después?

Ella se sintió muy mal.

—Te llamaré mañana —dijo por fin Penelope—. Lo siento muchísimo, Barnaby...

Él volvió a alzar la mano.

Penelope entró de nuevo en el coche y Palmer arrancó el motor. En pocos segundos habían perdido de vista al sheriff.

Cuando Barnaby quedó atrás, Penelope temió que la realidad de la situación nunca iba a dejarla en paz.

Mucho después de haber dejado en casa a Penelope, Palmer seguía sentado en el coche, junto a la casa de su padre. Sabía que debería volver a la pensión, a revisar la lista de los trabajadores que le había dado Manolis, y analizar cuántos de ellos podían ayudarlo a llevar a buen término aquel proyecto.

Sin embargo, sólo podía pensar en la expresión de horror de Penelope cuando Barnaby los había pillado desprevenidos en la Cala del Amor. Sólo podía recordar lo callada que iba de vuelta al pueblo. Él se había disculpado por su participación en aquel drama, y ella lo había mirado distraídamente, como si se hubiera olvidado de que estaba allí.

Palmer se pasó las manos por la cara, y percibió el olor de Penelope en ellas. Su reacción física fue inmediata y dolorosa. Y no sólo en el aspecto sexual. Sentía una bola de energía extraña e inquieta en el plexo solar. Como si Penelope hubiera abierto un agujero dentro de él, y lo hubiera llenado con su esencia.

Deseaba su compañía abrumadoramente.

Hubo un movimiento dentro de la casa, y eso captó su atención. Miró de nuevo hacia la ventana, y vio a su padre sentado ante la televisión, con una bandeja. Vio que Thomas movía la bandeja, apagaba la televisión y después, la luz.

Hora de acostarse.

Palmer se apoyó en el cabecero del asiento y suspiró. ¡Vaya par! Su padre y él estaban atrapados en una especie de burbuja. Encajonados en las elecciones que habían hecho en la vida, con las opciones limitadas, con todo ya decidido.

Y eso, para él no tenía sentido. Había vuelto a Earnest a forjarse un camino nuevo. O tal vez, a encontrar el camino antiguo y recorrerlo, valiéndose de lo que había conseguido en el pasado no sólo para ayudarse a sí mismo, sino también al pueblo.

En aquel momento, se sentía tan impotente como aquel hombre que estaba dentro de la casa.

Arrancó el motor del coche de alquiler y lo puso en marcha, pensando que ojalá todo fuera tan fácil como aquello en la vida...

Penelope fue en el coche que compartía con su abuela y su tía a la comisaría. Tenía las manos húmedas en el volante, y no dejaba de decirse que era una estúpida...

Lo que había ocurrido la noche anterior era una estupidez del mayor calibre. Salir corriendo a la Cala del Amor con Palmer y comportarse como una adolescente cuando en realidad era una

adulta con responsabilidades, que les debía consideración a los demás...

Le debía consideración al hombre con el que estaba saliendo, que se llamaba a sí mismo su novio, aunque ella no lo hiciera.

Llegó a la antigua gasolinera que diez años antes había sido reconvertida en comisaría, y vio que había tres coches allí aparcados, con el logotipo del sheriff. El de la derecha era el de Barnaby. Entonces, tuvo ganas de darse la vuelta y volver al pueblo.

«Cobarde», se dijo.

Aparcó y apagó el motor del viejo Pontiac, y se secó las palmas de las manos contra la falda del vestido de algodón. Aquello no iba a ser fácil. Con sólo recordar la cara de horror que había puesto Barnaby la noche anterior, notaba que se le encogía el estómago.

Salió del coche y tomó una caja que llevaba en el asiento de al lado. Después se obligó a caminar hacia la puerta de la comisaría. Sabía que Barnaby estaba dentro; normalmente, él habría salido a recibirla.

Aquel día no.

Y Penelope sospechaba que ningún otro día más.

La puerta se abrió hacia fuera cuando ella se acercaba y Sam, uno de los ayudantes del sheriff, sonrió al ver la caja que llevaba.

—Buenos días, Penelope. ¿Eso es lo que yo estoy pensando?

—Si estás pensando que son magdalenas de arándanos morados, no.

Él hizo un gesto de lástima.

Y ella le tendió la caja.

—Son magdalenas de arándanos rojos.

Él volvió a sonreír y tomó la caja. La alzó por el aire, para que los otros cinco empleados pudieran verla.

—¡El desayuno!

Penelope sonrió y aceptó sus muestras de agradecimiento en silencio, mientras su mirada se dirigía hacia el despacho de cristal que estaba a su derecha. Parecía que Barnaby estaba al teléfono, pero en vez de estar sentado en su escritorio, de modo que estaría mirándola, estaba de pie, y de espaldas.

¿Por casualidad? Penelope lo dudaba.

Carraspeó. Aquello era normal. Suponía que se merecía tener que esperar, como mínimo.

Bajó la cabeza y se miró las sandalias.

—Penelope —dijo Barnaby.

Ella miró hacia arriba y lo vio frente a sí. No se había dado cuenta de que él se hubiera movido.

El despacho quedó en silencio. Penelope pensó que, si los demás no sabían lo que había ocurrido la noche anterior, por lo menos notaban el cambio de temperatura que había entre Barnaby y ella. Barnaby tenía una cara tan larga, que la barbilla casi le daba en el suelo.

—¿Puedo hablar contigo? —le preguntó ella.

—Adelante.

Ella miró a su alrededor. Los empleados estaban comiéndose las magdalenas sin perder detalle.

—¿Fuera?

Él asintió y señaló la puerta.

—Te sigo.

—Barnaby, yo... —comenzó ella cuando hubieron salido y estaban junto a los coches.

Penelope no pudo continuar, y él asintió y dijo:

—Tú...

—Anoche...

Él se estremeció visiblemente.

Aquello no era en absoluto lo que esperaba. Sin embargo, ¿qué esperaba? Lo que había hecho era imperdonable.

Barnaby frunció el ceño.

—Yo no diría imperdonable —respondió él, en respuesta a aquellas palabras que ella había pronunciado sin darse cuenta—. Inolvidable, sí, pero imperdonable...

—No estuvo bien —dijo ella.

Penelope tuvo ganas de hacerle una caricia en el brazo. Verdaderamente, era un buen hombre. Alto, guapo, bueno. Pero entre ellos nunca había habido atracción. Y ella se había creído que era lo normal. Hacía tanto tiempo que no sentía pasión, que no la había echado de menos, aunque supiera que había algo que no iba del todo bien entre ellos. Lo veía más como hermano que como amante.

Y tal vez, si él fuera sincero consigo mismo, pensaría lo mismo.

Sin embargo, Penelope no le dijo nada. Seguramente, decirle que era como un hermano sería parecido a decirle que era como un amigo, y a ningún hombre le gustaba oír aquello.

Así pues no le dio ninguna explicación. No estaba segura del todo del motivo por el que había hecho el amor con Palmer... dos veces.

Barnaby no querría escuchar los detalles, así que ella se limitó a disculparse, y él asintió.

—En cuanto Palmer DeVoe volvió al pueblo, supe que iba a pasar esto —dijo con una sonrisa a medias—. Podría haber escrito el diálogo.

Ella bajó la mirada.

—Pues entonces, lo sabías antes que yo. Porque lo último que...

Se quedó callada, porque se había acercado demasiado al territorio de «demasiada información».

Tomó aire y sonrió.

—Bueno, entonces... será mejor que me vaya a abrir la tienda.

—¿Eran magdalenas eso que has llevado a la comisaría? —preguntó él.

—Sí. Aunque si quieres una, lo mejor será que entres rápidamente.

Penelope lo acompañó hasta la entrada.

—Penelope, ten cuidado con esa vieja cafetera —le dijo él—. Si te pillo por encima del límite de velocidad, te voy a poner una multa.

Ella se echó a reír con alivio al notar que el viejo Barnaby había vuelto.

—Hágalo, sheriff, y se arriesga a no comer nunca más una magdalena gratis.

Él sonrió.

—Entendido.

Mientras ella le devolvía aquella sonrisa cálida, esperaba que pudieran rescatar su amistad de entre los escombros de su incipiente relación.

—Adiós, Barn —dijo.

—Adiós, Penelope, y buena suerte.

Ella asintió. ¿Por qué tenía la sensación de que iba a necesitarla?

Entró en el coche y arrancó el motor, y saludó por última vez a Barnaby mientras se alejaba.

—¿Quieres que quedemos para comer en la cafetería del pueblo?

Palmer hubiera preferido que la invitación proviniera de Penelope, pero su viejo amigo Caleb Payne se adelantó. Y, después de una mañana infernal, intentando tratar con proveedores reticentes y capataces detestables, y con la sensación de que aquel proyecto nunca iba a avanzar, necesitaba desahogarse.

Entró a la Cafetería Calidad por primera vez desde que había vuelto al pueblo. Se detuvo junto a la puerta, con la sensación de que había retrocedido quince años en el tiempo. En aquel lugar, las cosas apenas habían cambiado. Las paredes seguían pintadas de violeta, y los azulejos seguían siendo blancos y negros, y se habían conservado las mismas mesas de formica y los asientos de cuero rojo. Lo único que faltaba era el grifo de soda del final de la barra.

Caleb lo saludó desde la mesa de la ventana. Cuando Palmer se acercó, su amigo se levantó para estrecharle la mano y darle un abrazo. Después, se sentaron.

—Tienes muy mala cara —dijo Caleb.

—Pues sí. La verdad es que no me siento bien.

Caleb, por el contrario, estaba tan bien como siempre. Incluso cuando estaban jugando uno de sus partidos mano a mano en la cancha de baloncesto, su amigo estaba como si acabara de salir de la ducha, en vez de como si necesitara darse una.

Palmer tomó la carta que le ofrecía la camarera.

—Bueno, ¿y qué haces por el pueblo?

Caleb no respondió, y cuando miró por encima de la carta, Palmer vio que su amigo tenía la ceja derecha arqueada.

—¿Sigues saliendo con la señorita Metaxas?

—¿Y por qué no iba a seguir?

Palmer eligió mentalmente lo que iba a comer y dejó la carta en la mesa.

—¿La verdad? Es demasiado buena para ti.

—Lo sé. Me lo digo todas las mañanas cuando me levanto. Incluso por las noches, cuando me acuesto.

Palmer lo miró fijamente.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente.

—¿Y qué ha pasado con todo eso de «Ella ya sabe lo que hay. Nadie tiene por qué salir herido de esto si seguimos con la vieja fórmula de las relaciones pasajeras»?

—Sí, bueno, parece que esa fórmula no funciona con respecto a la señorita Metaxas.

—Pues inventa una nueva.

—Eso es lo que estoy haciendo. Vengo aquí dos veces a la semana —explicó, y soltó un

juramento—. Estoy empezando a preguntarme si sus primos me van a aceptar alguna vez como pretendiente de Bryna, teniendo en cuenta mi pasada relación con Philippidis.

—¿Pasada?

—Definitivamente terminada. No quiero tener nada que ver con ese desgraciado.

—Eso te vendrá bien en lo de los Metaxas.

—¿Tú crees? Entonces ¿por qué todavía tengo la sensación de que, en cuanto baje la guardia, me van a dar una zurra?

—Porque te estás beneficiando a su prima pequeña —dijo Palmer, mientras alzaba la taza de café para que la camarera que pasaba por allí se la llenara.

Después, la camarera dejó la cafetera en la mesa y tomó nota de lo que iban a comer. Caleb optó por la sopa del día, y Palmer pidió un sándwich de carne asada.

Hablaron de asuntos sin importancia mientras les llevaban la comida. El tiempo, el baloncesto, la pretemporada de fútbol... También hablaron de la madre de Caleb, que para disgusto de su hijo, cada vez pasaba más tiempo en Seattle últimamente.

Caleb se apoyó en el respaldo de la silla.

—Quiero decir que antes era raro que la viera más de dos veces al año, y este mes, sin embargo, he estado tres veces con ella.

—Creía que teníais buena relación.

—Tenemos buena relación, pero no tanto. Además, no quiere decirme con quién está saliendo.

—Ah.

—¿Qué significa ese «Ah»?

—¿Crees que esto puede tener algo que ver con el hecho de que esté saliendo con alguien?

—Por Dios, Palmer, que tengo treinta y tres años, no doce.

Palmer se echó a reír.

—¿Desde cuándo tiene que ver algo la edad con todo esto?

—Desde que me gradué en la escuela intermedia y entré en la pubertad —respondió Caleb, y le dio un sorbo a su café solo—. No estoy acostumbrado a una madre entrometida, eso es todo. Y desde que está aquí, ha decidido entrometerse en todo.

—Eso está bien, ¿no?

Caleb volvió a mirarlo fijamente.

—Bueno, bueno, a lo mejor no.

Llegaron los platos, y ellos comenzaron a comer. Caleb echó algo de sal a la sopa de verduras, y Palmer extendió el tomate sobre el sándwich con el tenedor.

—Bueno —dijo Caleb después de unos minutos—. ¿No has tenido ya problemas con Philippidis?

Palmer dejó de masticar. De repente, el sándwich, que estaba delicioso, le pareció de arena.

—¿Qué?

—Ya me has oído. ¿No ha conseguido ya el viejo que lo odies?

—Yo nunca he tenido un problema con Manolis.

—Hasta...

—Hasta que me metí en negocios directamente con él.

Suspiró y probó las patatas, que también estaban muy buenas. Les puso pimienta.

—Había tenido algún negocio con él en el pasado, pero mi participación siempre fue limitada.

—Y ahora que es una sociedad a partes iguales, tu papel sigue siendo limitado.

—Hasta un punto indignante.

Caleb sonrió.

—Es curioso que el griego no tenga empleados antiguos, ¿verdad?

—No te entiendo.

—Piénsalo. Todos los hombres de negocios tienen al menos uno o dos empleados leales que llevan toda la vida con ellos.

—Pero Philippidis no.

—Exacto.

Su amigo tenía razón. En Boston, Palmer tenía a tres hombres en los que confiaba plenamente. Eran amigos desde la facultad, y su relación profesional se había fortalecido durante los dos primeros años, los más difíciles. Finalmente, cada uno de ellos había empezado a trabajar en proyectos propios, pero nunca habían llegado a disolver por completo su sociedad original.

Y con respecto a Caleb y a él, aunque sus relaciones profesionales eran temporales, siempre habían sido amigos.

Palmer no recordó que Philippidis tuviera a alguien así a su lado.

—Ese tipo sólo dice maravillas al principio —continuó Caleb—, te engatusa con su encanto.

Palmer escuchó atentamente.

—Y en cuanto firmas, su necesidad obsesiva de controlar y manipular acaba por destruir las bases de lo que se creó al principio.

Palmer frunció el ceño. La comida era muy buena, pero estaba perdiendo el apetito.

—Bueno, voy a repetirte a pregunta, ¿has tenido ya problemas con Philippidis?

—No. Pero estoy a punto.

Caleb terminó la sopa y se limpió los labios con la servilleta.

—Bueno, cuando los tengas, llámame. Tengo unas cuantas ideas que pueden interesarte.

—¿Y por qué no me las cuentas ahora?

Caleb sonrió.

—No. Necesito que estés muy enfadado antes de contártelas —dijo. Se levantó de la silla, se sacó la cartera del bolsillo y dejó sobre la mesa el dinero suficiente como para pagar la comida de todos los que estaban en la cafetería—. Venga, vamos. Bryna me está esperando en casa —dijo, riéndose suavemente—. Es el único momento en que podemos estar a solas cuando estoy aquí.

Palmer alzó una mano.

—No me des detalles.

—No te los voy a dar. Pero sólo porque sé que tú también tienes unos cuantos detalles que me has dado todavía.

Palmer se dirigió hacia la salida. Una vez fuera, se detuvo en la acera.

—¿A qué te refieres?

—Oh, no. No soy yo quien tiene que decirlo. Vas a tener que tirar a canasta antes de que yo atrape el rebote, amigo.

Se abrazaron de nuevo y después, Caleb se marchó hacia su coche deportivo.

Palmer se quedó allí durante unos minutos, pensando en las preguntas de su amigo. Entonces, sacudió la cabeza y caminó hacia su coche.

Penelope cerró la tienda temprano aquella tarde y se marchó a casa. El calor y la lentitud con la que había pasado aquel día le habían hecho imposible estar a solas con sus pensamientos ni un

minuto más. Esperaba que una buena dosis de realidad divertida de su abuela y su tía pudieran ayudarla a controlar sus emociones.

Entró en casa, y la encontró vacía.

Estupendo. Debían de estar trabajando.

Suspiró y colgó el bolso en el perchero mientras acariciaba a Thor, que la había saludado tocándola con la nariz húmeda en la rodilla. Después entró en la cocina y se sirvió un buen vaso helado de limonada casera. Pensó en encender el aire acondicionado, pero no lo hizo.

En vez de eso, dejó salir al perro al jardín, lo siguió y se sentó en los escalones del porche.

¿Cuántas veces se había sentado en aquel mismo sitio, pensando en el mundo en general y en Palmer en particular? Le dio un sorbito a la limonada y se apartó el pelo húmedo del cuello con la mano libre.

Aquello no estaba funcionando. Aquel... lo que fuera.

Llevaba pensándolo todo el día, desde que había ido a ver a Barnaby aquella mañana. Sin embargo, para intentar hacer algo al respecto, necesitaba definir primero qué era «aquello».

Palmer DeVoe había vuelto al pueblo, y en cuanto ella lo había visto, se había convertido en una adolescente enamorada que sólo se preocupaba de planear encuentros clandestinos con su novio.

Thor hizo sus necesidades y se sentó a sus pies, jadeando.

Ella dejó el vaso en el suelo y se levantó. Tomó la manguera y echó agua en el bebedero exterior del perro. Él comenzó a beber y salpicó por todas partes, incluso en los pies de Penelope mientras volvía a sentarse en su sitio.

Hacía mucho tiempo que ella ya no era una adolescente. Sería mejor que no lo olvidara.

Entonces, ¿por qué cada vez que veía a Palmer lo único que quería era hacer el amor con él?

—Porque no tenía vida sexual —se dijo en voz alta.

Se recogió el pelo y se lo anudó para hacerse un moño, y después se ahuecó el vestido para intentar refrescarse. No sabía si el sudor que le cubría la piel era debido al tiempo o a sus pensamientos sobre Palmer, o a una combinación de las dos cosas. Sin embargo, sí sabía que no quería enfriarse.

Todavía no.

Y sin embargo, llegaría un momento en que tendría que terminar con todo aquello. Cuando le dijera que tenía un secreto. Era la información que dejaba bien claro que había dejado de ser una adolescente hacía mucho tiempo.

Mientras, tenía intención de beberse hasta la última gota.

Palmer abrió la puerta del cobertizo del jardín, en casa de su padre. La hierba estaba tan alta, que tuvo que sacar la puerta de las bisagras para moverla.

Después de decirles a los obreros que podían marcharse a casa, porque de todos modos no estaban haciendo nada, se había ido a la pensión, se había puesto unos pantalones cortos y una camiseta y se había ido a casa de su padre, donde había encontrado la puerta cerrada con llave.

¿Como podía aguantar encerrado allí dentro, sin aire acondicionado? No había abierto ni siquiera una ventana, seguramente, para evitar que Palmer pudiera entrar en la casa. Sin embargo, él recordaba la combinación del candado del cobertizo. Y en aquel momento estaba mirando la cortacésped, que era casi tan vieja como él.

Sin dejar de observarla, se puso los guantes de trabajo. Sacó la máquina al jardín y le puso gasolina y aceite. Después de unos minutos, consiguió hacerla funcionar y comenzó a cortar la hierba. Estaba tan alta, que la cortadora se atascó varias veces mientras estaba en el jardín delantero. Cuando terminó, se dirigió al jardín de la parte de atrás.

Y recibió un chorro de agua en la cara.

—¡Demonios!

Soltó la máquina y alzó los brazos para protegerse, y pudo ver que el agua salía de una manguera... de la manguera que su padre tenía apuntada hacia él desde la escalera de atrás.

—¡Sal de mi jardín, chico! —le gritó el anciano.

Palmer se quedó mirándolo durante unos segundos, y después siguió la manguera durante su recorrido desde la casa hasta el grifo, que estaba en un lateral de la casa. Cerró el grifo y volvió para enfrentarse de nuevo a su padre.

Thomas DeVoe sacudió la manguera un par de veces con disgusto. Después rodeó la casa, seguramente para abrir el grifo de nuevo.

Cuando volvió, Palmer tomó la manguera y la retorció.

—Y si solucionas este problema, voy cortar la llave de paso.

Su padre lo fulminó con la mirada.

—¿Es que se te había olvidado que yo también vivía aquí?

—Pero ya no.

Para sorpresa de Palmer, su padre avanzó hacia él.

Palmer dio un paso atrás, soltó la manguera... y su padre le lanzó un chorro de agua.

Él tartamudeó debido a la fuerza del impacto, y después se dirigió hacia su padre. Forcejearon unos segundos con la manguera; Palmer se dio cuenta de que, a aquellas alturas, ya había varios vecinos mirando el altercado en la casa de al lado, y una pareja desde la acera.

Su padre se hizo con el control de la manguera otra vez, y le apuntó directamente hacia la cara.

—¡Dios!

Por fin, Palmer consiguió arrebatársela de las manos y retrocedió mientras pensaba en cómo podía cortar el agua de una vez por todas. Su padre avanzó. Palmer siguió retrocediendo, y dirigió el chorro de agua a sus pantorrillas delgadas y blancas.

—Ni lo pienses.

—Devuélveme la maldita manguera.

—Ni lo sueñes —repitió Palmer, y le señaló la puerta trasera—. Vamos, vuelve a casa. Y prepáranos algo de cena.

—Yo ya he cenado.

Palmer encontró el cierre de la manguera y cortó el agua.

—Bueno, pues yo no, así que hazme algo a mí. Voy a tener mucha hambre cuando termine.

—No toques el jardín.

—Siento decepcionarte, papá, pero ya he terminado el jardín delantero. A lo mejor tú quieres terminar la parte de atrás.

Thomas no dijo nada. Se quedó mirándolo. Después se dio la vuelta y volvió a entrar en casa. El portazo hizo que todo el mundo diera un respingo. Incluido Palmer.

Después de unos instantes, él se dio la vuelta hacia la cortacésped.

—Siento lo que ha pasado —les dijo a los vecinos.

Ellos saludaron, y desaparecieron uno por uno.

Él arrancó la máquina de nuevo...

Penelope se levantó a recoger los platos de la mesa. Como aquel día había llegado a casa la primera, había decidido cocinar pollo con macarrones y queso, y les había dado una sorpresa a su tía y a su abuela cuando ellas habían llegado de limpiar una oficina en el pueblo de al lado, Chauncy.

—Qué agradable —dijo su tía, mientras volvía a sentarse en su sitio.

Agatha le dio un sorbito al té helado.

—Muy agradable. Deberías volver pronto a casa más a menudo, Penelope.

Durante la cena, la conversación giró en torno al tiempo y al impacto que estaba teniendo en los jardines y granjas de alrededor, por no mencionar en la factura de la electricidad. Penelope había puesto el aire acondicionado antes de cocinar para no derretirse como el queso.

—Bueno —dijo su abuela—, ¿dormiste bien ayer?

Los movimientos de Penelope, que estaba sirviendo macedonia de frutas en unos cuencos, se hicieron más lentos.

—Pues, sí. Sí, dormí bien. Gracias por preguntar.

Puso los cuencos y las cucharas de postre sobre la mesa.

—¿Ya no has tenido más dolor de cabeza?

Penelope, contra lo que le dictaba el sentido común, se sentó.

—No.

Su abuela asintió mientras tomaba un trocito de piña.

—Entonces, no sabrás nada de lo que ocurrió en la Cala del Amor anoche, ¿verdad?

Irene fingió que se sorprendía mucho.

—Estaba descansando en su habitación, porque tenía dolor de cabeza. ¿Cómo va a saberlo?

—Oh... ¿porque estaba allí?

Penelope puso los ojos en blanco.

—Oh, por el amor de Dios, dilo ya. ¿Qué es lo que queréis saber?

Su tía se inclinó un poco hacia delante.

—¿De verdad estabas con Palmer DeVoe?

—¿Y de verdad os pilló el pobre Barnaby? —preguntó su abuela.

—Sí. Y sí.

Las dos mujeres esperaron.

—Mirad, no voy a contar nada más, ¿de acuerdo? —dijo ella mientras removía la fruta por el cuenco—. Ya me está costando demasiado aceptar todo esto.

—Entonces, ¿por eso querías magdalenas de más para esta mañana? —preguntó su abuela.

—Llevé una caja a la comisaría para poder hablar con Barnaby.

Su tía agitó la cabeza.

—Ese pobre chico es demasiado bueno para ti.

Penelope se quedó boquiabierta.

—¿Qué?

—Yo no estoy de acuerdo —dijo su abuela—, pero entiendo lo que quiere decir tu tía. Engañar a un tipo mientras estás con otro... —ella también agitó la cabeza.

—Deja que lo adivine. Pendón.

Agatha sonrió.

—Tú misma lo has dicho, no yo.

—Mirad, yo nunca me he acostado con Barnaby.

—Pero tampoco le has dicho que no fueras a hacerlo, lo cual significa que él tenía esperanzas de que lo hicieras.

—¿Cuántas veces te has acostado con Palmer desde que volvió? —inquirió Irene.

Penelope alzó las manos.

—Aquí termina esta conversación.

—No, hija —dijo su abuela con severidad—. Es exactamente donde comienza.

Penelope había hecho ademán de dejar su sitio en la mesa, pero se quedó inmóvil.

—¿Cómo se tomó la noticia? —le preguntó Agatha.

Penelope bajó la mirada a la mesa. Ojalá pudiera meterse en el cuenco de macedonia y esconderse detrás de una uva. Cualquier cosa, con tal de librarse de aquello.

—No se lo has contado —dijo su tía, y miró a su abuela—. No se lo ha dicho.

—Ya sé que no se lo ha dicho. Porque si se lo hubiera dicho, no nos habría hecho la cena esta noche. Ni ninguna otra noche en el futuro cercano. Estaría encerrada en su habitación, llorando sin parar.

—Lo mismo que hizo hace quince años, ¿te acuerdas? Apenas la vimos durante un mes.

—¿Que si me acuerdo? ¿Cómo iba a olvidarlo? Casi tuve que darle de comer a una chica de diecinueve años que se negaba a alimentarse.

Aparte de todo lo que había ocurrido durante la última semana, Penelope no necesitaba que le recordaran todo aquello.

Claro que tampoco era necesario, porque siempre estaba allí. Justo debajo de la superficie. Detrás de todas sus acciones, de todos sus pensamientos.

Su abuela la miró con seriedad.

—¿Cuándo le vas a decir a ese hombre que tiene un hijo?

Palmer terminó de cortar el césped y se ocupó de algunos otros arreglos urgentes que había que hacer en el jardín. Después, recogió la máquina y el resto de las herramientas y las metió en el cobertizo, y se lavó un poco con la manguera que su padre había utilizado para calarlo un poco antes. La teoría de la relatividad de Einstein cobró una importancia especial mientras disfrutaba del frescor del agua en la cara en aquel momento.

Antes...

Bueno, antes, el contacto con el agua había sido una afrenta.

Cortó el agua de la manguera, sacudió las manos y se enjugó la cara. Se lavaría mejor dentro. Por el momento, tendría que conformarse.

Rodeó la casa hacia la puerta trasera. Estaba cerrada.

Palmer no se sorprendió. Parecía que su padre había vuelto a encerrarse.

Sólo por curiosidad, giró el pomo. Abierta. Vaciló con la puerta interior. ¿Qué iba a hacer si estaba cerrada con llave?

Posó la mano sobre el pomo, respiró profundamente y... lo giró con facilidad.

Tenía el corazón acelerado. ¿Acaso a su padre se le había olvidado cerrar? Entró en la cocina, que estaba silenciosa... y encontró un plato con sándwiches de mantequilla de cacahuete sobre la mesa.

Palmer se quedó en mitad de la cocina, frotándose la barbilla, conteniendo una sonrisa.

Por fin. Un progreso...

Aunque Palmer se viera obligado a aceptar que tenía que dar paso por paso para arreglar la relación con su padre, estaba acostumbrado a que en su vida profesional las cosas avanzaran más expeditivamente.

A la mañana siguiente, se encontraba dentro de su oficina, en el tráiler, paseando de un lado a otro detrás del escritorio de metal a juego con los archivadores y las sillas de metal. Las ventanas sin persianas no servían para bloquear el calor, y el aire acondicionado estaba encendido de la mañana a la tarde para conseguir mantener una temperatura aceptable en aquel pequeño espacio.

Se cambió el auricular del teléfono de una oreja a la otra y preguntó:

—¿A qué se refiere con eso de que el pedido ha sido cancelado? Yo no he dado esa orden.

—Lo siento, señor, pero alguien se puso en contacto con nosotros y nos dio toda la información relevante al respecto.

Palmer se frotó los párpados.

—¿Y quién fue?

No se sorprendió al oír el nombre de la secretaria de Manolis Philippidis.

—¿Quiere que restablezca el pedido, señor?

—No. Todavía no, gracias. Llamaré de nuevo cuando tenga algunas respuestas.

Volvió a colgar el auricular justo cuando se abría la puerta del tráiler.

—DeVoe, tenemos un problema.

Miró a su nuevo capataz. Claro que tenían un problema. Toda la obra estaba siendo un problema tras otro.

Tomó el teléfono móvil del escritorio y siguió al capataz al exterior. Al ver a los obreros alrededor de la carretilla elevadora, aminoró el paso.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Uno de ellos, que parecía el líder del grupo, tomó un largo trago de café de un termo antes de responder.

—Una avería, jefe. No vamos a poder hacer nada hasta que la reparen.

Palmer miró a su alrededor.

—Hay mucho que hacer sin la carretilla.

—No podemos hacer nada hasta que tengamos todos los materiales en la obra.

Dios Santo. No había más que obstáculos a cada paso que daban.

—Muy bien. Entonces no tiene sentido que estéis aquí. Marchaos a casa —dijo, y miró al capataz—. Avisa a alguien para que arregle esta máquina.

—Van a tardar un par de días.

—¿Cómo?

—El tipo tiene que venir desde Seattle.

—Eso es absurdo. Hay un taller al otro lado del pueblo.

El capataz se encogió de hombros.

—Me han dado instrucciones de que avise a este tipo en concreto, jefe.

Palmer no tuvo que preguntar quién había dado aquellas instrucciones.

—Muy bien. Cuando haya terminado de arreglar la carretilla, avísame —dijo.

Volvió al tráiler y cerró la puerta con llave.

¿De veras hacía tan poco tiempo que se sentía como si estuviera en la cima del mundo, y que había disfrutado del éxito que muy pocos hombres alcanzaban en toda la vida, y menos a los treinta y tres años? ¿Que había emprendido la aventura de volver a su pueblo natal para dejar allí un legado que hasta el momento no había sido importante para él? ¿Que creía que todo saldría bien?

En aquel momento se sentía como si tuviera los pies hundidos en el barro, y que cada paso que tenía que dar era imposible. Sólo encontraba obstáculos y callejones sin salida, y la angustia estaba empezando a colarse en sus sueños y a asfixiarlo durante el día.

Pestañeó, y un movimiento captó su atención. Observó a través de la ventana que los hombres que le había asignado Philippidis abandonaban la obra en sus coches y sus camionetas, dejando atrás un trabajo que aparentemente, no querían hacer.

Para Palmer era una oportunidad de demostrarse a sí mismo lo que valía.

Miró la mesa en la que tenía extendidos los planos de la obra. Miró el casco y el cinturón de herramientas. Los armarios que estaban llenos de papeles y contratos anulados, o que pronto serían anulados.

Y parecía que él no podía hacer nada por evitarlo.

¿O sí?

Tomó las llaves del coche y salió del tráiler.

Había llegado el momento de aclarar aquello de una vez por todas...

Penelope, por otra parte, tenía un día muy ajetreado, cuando lo único que quería era estar tranquila y hacer lo que tenía que hacer.

Sin embargo, parecía que todo el mundo se había enterado de lo ocurrido en la Cala del Amor, y que sonsacarle los detalles de primera mano.

Penelope no estaba dispuesta a compartir aquellos detalles. Peor todavía, cuando alguien lo mencionaba, se encogía por dentro al pensar en la vergüenza que debía de estar sintiendo Barnaby.

¿Cómo era posible que algo tan privado se hubiera hecho tan público?

Sirvió café por enésima vez a alguien que tenía una sonrisita en la cara.

—¿Es verdad lo que se dice, Penelope? —le preguntó Jenny Hansen, que permaneció en el mostrador añadiendo azúcar, lentamente, a su café—. ¿Barnaby te pilló con las manos en la masa con Palmer DeVoe en la Cala del Amor?

Penelope sonrió.

—Oh, Jen, tú deberías saber que no hay que preguntar esas cosas. Teniendo en cuenta todas las horas que pasasteis allí Johnny y tú... bueno, lo que pasa en la Cala del Amor se queda en la Cala del Amor.

Su antigua compañera de clase se echó a reír, aunque no parecía que le hubiera hecho gracia la mención de su novio del instituto, y ex marido en la actualidad. Pero se mantuvo firme, como si fuera a contraatacar, hasta que un anciano de pelo blanco con una camisa color verde y unos pantalones marrones se abrió paso a codazos hasta el mostrador... y obligó a Jenny a que se apartara.

Penelope le sonrió para darle las gracias, y entonces se dio cuenta de quién era: el señor Turner, su profesor de lengua inglesa del instituto, que ya era anciano cuando le daba clase. En aquel momento parecía que casi no podía mantenerse en pie, pero lo hacía con ayuda de dos bastones. Hacía tiempo que Penelope no lo veía, pero se alegró.

—Buenos días, señor Turner. Creo que puedo encontrarle algo —le dijo, ayudándolo a caminar hacia la mesa del rincón—. ¿Le apetecería un zumo de arándanos?

—Pues es que ya he tomado mi ración de arándanos diaria. ¿Qué más tienes?

Ella leyó la carta de zumos y refrescos que tenía a mano.

—En realidad, el café huele muy bien. ¿Tienes descafeinado?

—Claro.

Penelope fue detrás del mostrador y lo preparó. Después se lo llevó al señor Turner a su mesa. Esperó mientras él tomaba un sorbito.

—Umm. Hacía años que no tomaba un café tan bueno.

—Gracias.

—De nada.

Unas señoras entraron en la tienda, y ella se excusó para ir a atenderlas.

—Es una pena lo que le está pasando a ese chico, DeVoe, ¿verdad? —le dijo el señor Turner.

Penelope aminoró los pasos.

—¿Disculpe?

—El negocio. Hoy ha tenido que mandar a todo el mundo a casa.

Penelope les pidió a las recién llegadas que echaran un vistazo por la tienda y les dijo que

estaría con ellas en un minuto.

Después, miró al señor Turner.

—No sé si entiendo muy bien.

—Ese tipo griego... su socio —dijo el señor Turner—. Parece que no deja de ponerle las cosas difíciles.

Penelope no sabía nada de aquello, y se sintió mal por no saberlo. Claro que ella nunca le había prestado mucha atención a los cotilleos, porque había sido blanco de ellos muchas veces mientras crecía. Primero, por su familia poco convencional, su abuela y su tía fueron leyendas en sus tiempos, y después, con los interrogantes que habían surgido respecto a la marcha de Palmer y la breve desaparición de ella, quince años antes.

El señor Turner prosiguió:

—Todo lo que hace, el griego se lo echa por tierra.

—¿Y cómo lo sabe? —preguntó Penelope.

—Mi sobrino nieto estaba en el primer grupo de trabajadores que contrató DeVoe, y que despidió. Todos están esperando por si las cosas cambian —dijo el señor Turner, y cabeceó con tristeza—. Pero no parece que vaya a ocurrir pronto. Dicen que DeVoe se ha marchado hoy mismo.

A Penelope se le encogió el estómago.

—¿Que se ha marchado?

—Sí. La obra está abandonada.

Ella tomó aire. Eso no significaba que se hubiera marchado del pueblo, ¿o sí?

—¿Estás bien? —le preguntó el señor Turner, que hizo ademán de levantarse con dificultad para ayudarla.

Ella le puso una mano sobre el hombro para detenerlo.

—Estoy bien, de verdad.

—Lo siento. No quería disgustarte.

Penelope intentó sonreír, pero no lo consiguió.

—¿Y por qué iba a disgustarme saber de las dificultades que tiene Palmer DeVoe en su trabajo?

El señor Turner la miró con intensidad.

—Porque ya te ha dejado antes, ¿no?

—Disculpa, Penelope... Nos gustaría pedir ya, si no te importa.

Ella se volvió y vio a sus clientas junto a la barra.

—Si me disculpa... —le dijo al señor Turner.

—Por supuesto —dijo él, y elevó la taza—. Es un café estupendo.

—Gracias.

Palmer no perdió el tiempo. Se marchó directamente a Seattle y se dirigió hacia el alto edificio en el que se encontraban las oficinas de Philippidis. Le resultaba difícil creer que sólo unas semanas antes había llegado a la ciudad con unas grandes expectativas y unos planes sólidos. Casi imposible ver todo aquello entre las ruinas del presente.

Tomó el ascensor y subió al último piso, donde se sorprendió al ver que la antigua oficina de Caleb todavía estaba vacía, y continuó hacia la suite que había al final del pasillo, y que Philippidis llamaba «su hogar en Seattle».

—Señor DeVoe —dijo su secretaria, que se puso inmediatamente de pie detrás de su impresionante escritorio.

Palmer saludó y se dirigió hacia las puertas del despacho de Philippidis.

—No está —dijo ella, que se acercó rápidamente para impedirle el paso.

Palmer la rodeó con facilidad y abrió las puertas de par en par.

El despacho estaba vacío.

—Le dije que no estaba.

Él se la quedó mirando fijamente.

—¿Pero está en Seattle?

—Sí. Si quiere que lo llame...

—No, pero si tiene interés en ser de ayuda, puede decirme dónde está.

Pareció que ella lo sopesaba, pero Palmer esperaba que protegiera a su jefe a toda costa.

Sin embargo, él se llevó una sorpresa.

—Está comiendo en Reynaldo's.

Palmer tenía que elegir entre ir al restaurante y enfrentarse en público a Manolis Philippidis, con el peligro de que todo terminara de manera poco elegante, o esperarlo en sus oficinas, donde según la secretaria, volvería después de comer.

Como había esperado demasiado últimamente, Palmer decidió hacer lo primero.

—Señor, ¿tiene reserva? —le preguntó un portero estirado cuando entró en el restaurante del hotel.

—No —dijo Palmer—, pero me están esperando.

Miró por todo el local y localizó al griego en la mesa de un rincón.

—Allí está mi grupo —dijo.

—Señor, yo lo acompañaré...

Sin embargo, Palmer ya estaba de camino.

Mientras avanzaba hacia la mesa, la risa de Philippidis le asaltó los oídos. Estaba comiendo

con una mujer, pero Palmer no le prestó atención a ella. Sólo era una de las muchas a las que el griego estaba usando para aliviar el dolor de la traición de su prometida, seguramente.

—Manolis —dijo él, situándose frente a la mesa—. Tenemos que hablar ahora mismo.

El griego lo miró con desconcierto; parecía que estaba tan concentrado en su conversación con la señora, que tardó varios segundos en darse cuenta de quién era el recién llegado.

—¡Palmer! —exclamó. Aunque sonreía, su mirada dejó bien claro su desagrado por aquella interrupción—. Siéntate, siéntate —le dijo.

El magnate le hizo una seña a un camarero, y el camarero les llevó una silla para que Palmer se sentara. Entonces, Philippidis se inclinó hacia delante, se agarró las manos por encima de la mesa y le concedió a Palmer toda su atención.

—Dime, ¿qué es eso tan importante que no podía esperar hasta que yo volviera a mi despacho?

—¿De verdad tengo que exponer el problema? —preguntó Palmer, intentando controlar su pulso acelerado.

Philippidis miró a su acompañante, y después miró a Palmer.

—Me temo que vas a tener que hacerlo, porque yo no tengo ni idea de por qué estás tan molesto.

Apareció otro camarero para tomar nota. Palmer hizo un gesto para que se marchara, pero lo detuvo el sonido de la voz de una mujer.

—Por favor, tráigale al señor DeVoe el plato especial del día —le dijo ella al camarero—. Me da la sensación de que va a necesitar una buena comida.

Palmer la miró por primera vez, y se dio cuenta de que la conocía.

Era la madre de Caleb, Phoebe.

—Hola, Palmer —dijo ella con una sonrisa cálida.

Dios Santo, ¿qué estaba haciendo con Philippidis, riéndose en una mesa apartada de aquel restaurante tan lujoso?

Entonces lo entendió. Manolis Philippidis era el responsable de que Phoebe Payne visitara tanto Seattle últimamente.

Teniendo en cuenta los problemas de Caleb con el magnate, Palmer sospechaba que aquella conexión tan personal no iba a hacerle nada de gracia a su amigo.

—Phoebe —dijo Manolis, tomándola de la mano y besándole el dorso. Aquel gesto íntimo le revolvió el estómago a Palmer—. ¿Podrías ir a ver si los baños están decorados con tanto gusto como el resto del restaurante y venir a contármelo después? El señor DeVoe y yo habremos terminado de hablar de nuestros asuntos para entonces.

Phoebe vaciló.

Palmer asintió.

—Muy bien —dijo ella.

Le dio un beso a Manolis en la mejilla, y después se levantó de la mesa. Palmer se levantó también y le dio dos besos. Ella titubeó y lo miró a los ojos, como si le estuviera pidiendo que no le contara nada a su hijo.

Palmer arqueó una ceja. No estaba dispuesto a ocultar un secreto tan importante.

Cuando ella se marchó, él se sentó de nuevo y se encaró con el hombre que había provocado su insomnio de las últimas noches.

Palmer se dio cuenta de que el griego había dejado de fingir cuando su acompañante se había ausentado.

—¿Qué demonios te crees que estás haciendo? —le preguntó.

—Es gracioso. Eso era lo que iba a preguntarte yo —dijo Palmer—, ¿pero sabes una cosa? Ya no necesito preguntártelo, porque todo esto ha terminado. Esta farsa de acuerdo. Se acabó.

—Te aconsejo que leas la letra pequeña de nuestro contrato, DeVoe.

—Con el debido respeto, vete al infierno.

El camarero llegó con su comida. Palmer le indicó que se la sirviera a Manolis y salió del restaurante.

Dos días después, Penelope estaba sentada en los escalones del jardín, regando distraídamente las flores. Casi tres semanas sin llover. Aquello era algo inédito en el estado de Washington. Sin querer, roció a Thor con el chorro de agua y el perro ladró de mientras seguía su giro. Había olvidado su aversión por el agua.

Penelope no sabía nada de Palmer. Tampoco esperaba tener noticias. El día anterior había ido a la pensión para dejarle un mensaje. Debra Foss, la propietaria, le dijo que él había dejado su habitación dos días antes.

Se había marchado sin decirle nada.

Se apartó el pelo húmedo de la cara con la mano libre. Por lo menos, quince años antes había tenido la cortesía de despedirse de ella. Penelope sabía exactamente a qué hora iba a marcharse de Earnest en su viejo Dodge. Y lo había sabido durante los seis meses anteriores a su marcha. Tres meses antes de descubrir que estaba embarazada de él.

Se le cayó una lágrima por la mejilla, y se la secó con la palma de la mano. No sabía por qué se sentía tan mal. Había convivido con recuerdos dolorosos durante tanto tiempo, que ya formaban parte de ella.

Tal vez, la segunda marcha de Palmer había abierto aquella vieja herida. La había obligado a examinar emociones que había arrinconado y que nunca había vuelto a mirar. Y también había revivido muchos otros recuerdos: la tentación, la pasión, el amor.

Tragó saliva. Sí, lo quería. Nunca había dejado de quererlo. Él había sido su primer... todo. Y en aquel tiempo, esperaba que fuera el último. No sabía cómo iban a ser las cosas.

El hecho de enamorarse de Palmer y perderlo de nuevo era un destino muy cruel. Tal vez lo que se merecía.

Thor volvió a ladrar, y ella oyó que la puerta se abría y alguien salía al jardín. Su abuela se sentó a su lado.

—Deberíamos poner el aire acondicionado dentro, pero no sé por qué, no puedo.

Penelope asintió.

—Ojalá todos los problemas de la vida pudieran arreglarse encendiendo y apagando un interruptor.

Cerró el grifo, y el agua dejó de brotar. Thor se sacudió el agua del pelo y después corrió hacia ellas y se sentó a su lado, jadeando.

—Ya me he enterado —dijo su abuela en voz baja.

—¿Sí? —dijo Penelope.

—Irene y yo hemos ido hoy a casa de Thomas DeVoe.

Penelope la miró con asombro.

—¿Y por qué habéis hecho eso?

Su abuela sonrió.

—No sé si te has dado cuenta, pero no hay muchos solteros de nuestra edad en Earnest —dijo, encogiéndose de hombros—. Decidimos echarle un vistazo a Thomas. Lo hemos visto de lejos en la iglesia algunas veces, pero nunca de cerca, desde hace años.

—¿Y?

—Y él nos contó que su hijo se ha marchado otra vez.

Por lo menos, Palmer había hablado con su padre.

—No es eso lo que quería preguntar.

—Ya lo sé. Pero vamos a seguir con mi tema de conversación, no a dejarnos distraer con el tuyo. A ti no se te da tan bien como a mí.

Penelope hizo un gesto de consternación.

—Me tomaré eso como un cumplido.

—Muy bien.

Respiró profundamente. El olor a cemento caliente y a agua le llenó los sentidos.

—Antes ha llamado mamá.

—Ya lo he oído. ¿Se lo has dicho?

—¿El qué?

—Que Palmer se ha marchado otra vez.

—No le había contado que había vuelto.

—Claro que no. ¿Por qué ibas a haberlo hecho? Entonces, habrías tenido que admitir que estabas viéndote con él.

—No es verdad.

—No, sólo te estabas acostando con él.

Penelope se mordió la lengua.

—De todos modos, tu madre está inmersa en su propio dilema en este momento. Bueno, ¿qué estoy diciendo? Ella siempre estaba inmersa en sus propios dramas.

Sonrió.

—¿Sabes? Betty nunca fue idónea para la maternidad.

Penelope la miró de reojo.

—Debe de ser de familia.

Su abuela se estremeció, y ella se arrepintió inmediatamente de haber dicho eso.

—Lo siento... Yo...

Agatha la tomó de la mano y se la colocó sobre su rodilla.

—Mira, Penelope, sé que tienes que estar pensando mucho en el pasado, y relacionándolo con el presente.

Penelope se concentró en Thor.

—Quería decirte que no es igual.

—No he tenido oportunidad de decírselo —confesó Penelope, sin querer—. Se ha ido otra vez sin saberlo.

Su abuela la miró fijamente.

—¿Sabes que estamos en el siglo XXI? Hay teléfonos móviles, ordenadores... muchos medios para ponerse en contacto con alguien.

Penelope no dijo nada.

—¿Quieres que lo encuentre? —le preguntó Agatha.

Penelope se echó a reír sin ganas.

—¿Para qué?

—Para que puedas decírselo.

—Porque se merece saberlo —dijo ella, asintiendo.

—No —contestó su abuela con sorpresa—. Porque tú te mereces tener ayuda en esta responsabilidad que has soportado tú sola durante todos estos años.

Palmer tardó tres días en preparar toda la logística legal necesaria para romper su contrato con Philippidis. Se reunió con sus abogados de Seattle y trabajaron durante largas horas hasta la noche. Volvía al hotel rendido, entumecido.

Sin embargo, por fin era libre. O tan libre como era posible. Tal vez hubiera algunos problemas, porque Philippidis se había reservado el derecho a demandarlo, pero sus abogados habían hallado un par de resquicios y se las habían arreglado para redactar un argumento que usaban las parejas para anular su matrimonio.

Palmer había conseguido una anulación.

Había pensando llamar a Penelope en varias ocasiones, pero al final había preferido esperar hasta volver a Earnest para hablar con ella, por mucho que anhelara oír su voz y compartir sus noticias con ella. Sin embargo, quería estar seguro de que todo estaba arreglado antes de contárselo.

Un aspecto favorable de su estancia en Seattle fue Caleb Payne. El hecho de ver que su amigo, que también estaba con una mujer de Earnest a la que no podía ver mucho, tenía tiempo para comer con él y jugar un partido de baloncesto mano a mano.

—Sigues siendo malísimo en los tiros —le dijo Caleb, que agarró con facilidad el balón después de que él fallara la canasta.

Palmer intentó bloquearlo. Las suelas de las zapatillas chirriaban contra el pavimento de madera brillante de la cancha del club de Caleb. Palmer alzó las manos hacia la izquierda... y Caleb tiró hacia la derecha.

—Canasta.

—Me alegro de que algo te vaya bien en la vida —dijo Palmer para provocarlo.

Caleb se quedó inmóvil en la cancha, y él pudo tirar a canasta sin su oposición.

—Explica eso.

Su amigo aceptó el balón, pero en vez de regatear e intentar encestar, se quedó mirando a Palmer.

—Vamos, otra vez —le dijo Palmer mientras se enjugaba el sudor de la frente.

—Te he dicho que expliques lo que has dicho.

—¿El qué? ¿Lo de que algo te vaya bien en la vida?

—Sí.

Palmer se irguió.

—Era sólo para desconcentrarte. Todo vale en el amor y el baloncesto.

Caleb lo miró con los ojos entornados.

Demonios. Palmer no debería haber hecho un comentario tan descuidado. Caleb siempre llegaba al fondo de aquello que le interesaba.

—No —dijo—. No es tan fácil. Creo que hay algo más —insistió Caleb.

Palmer le arrebató el balón.

—¿Tiene que ver con Bryna? ¿O con los hermanos Metaxas?

—¿Qué? No. Claro que no.

—Entonces, ¿de qué se trata?

Palmer se rió con inseguridad. Había abierto la caja de las tempestades, y tenía que apechugar con las consecuencias.

—¿Has hablado últimamente con tu madre?

Caleb arqueó las cejas.

—¿Se trata de mi madre?

—Creo que debes preguntárselo a ella —dijo Palmer. Botó el balón en dirección a Caleb, y Caleb se lo arrebató—. Y es todo lo que voy a decir al respecto.

Su amigo le lanzó la pelota a él, en vez de lanzar a canasta.

—Lo sabes, ¿verdad? Sabes con quién está saliendo.

Palmer no dijo nada más.

—Vamos. Necesito una buena ducha.

No tenía ninguna intención de decirle a su amigo que su madre estaba saliendo con Philippidis. Sin embargo, sabía que Caleb lo averiguaría pronto.

Y era lo mejor, porque Philippidis era un desgraciado. No se merecía a una mujer del calibre de Phoebe, y Palmer no quería que ella sufriera. Bueno, más de lo que iba a sufrir, porque tenía la sensación de que aquella comida no era su primera cita con él.

De todos modos, él tenía muchos problemas propios de los que ocuparse. Y de los que iba a ocuparse después de aquella ducha y una buena noche de descanso que le ayudara a aclarar sus pensamientos.

La mañana siguiente no se desarrolló tal y como Palmer había pensado. Tuvo que solucionar imprevistos y el día fue muy largo. Cuando por fin llegó a Earnest, estaba a punto de anochecer. Pensó en reservar nuevamente su habitación de la pensión, antes que nada, pero vio las nubes de tormenta que se avecinaban por el cielo del oeste.

Por fin. Parecía que iba a llover.

Entonces fue hasta casa de su padre y aparcó. Dentro, las luces estaban encendidas. Seguramente, su padre estaría cenando otra vez delante del televisor. Él tomó una bolsa con las cosas que había comprado a las afueras del pueblo y salió del coche. Cuando llegó a la puerta de la casa, comprobó que la puerta estaba abierta. Llamó con los nudillos en el marco y entró.

—Buenas noches, papá —dijo.

Su padre estuvo a punto de caerse de la butaca y derribó la bandeja de la cena. El vaso de leche salió volando y se hizo añicos contra el suelo.

Parecía que su padre no había dejado la puerta abierta como señal de bienvenida; había pensado que él no iba a volver más...

El teléfono no dejaba de sonar. Todo el mundo sabía que Palmer había vuelto al pueblo. Penelope recogió la mesa después de la cena, tomándose su tiempo, deliberadamente, para llenar el lavaplatos y fregar la encimera mientras escuchaba a su abuela y a su tía abuela responder las

llamadas, todas ellas de chismorreó, por mucho que Agatha dijera lo contrario.

Sin embargo, pese a su irritación por aquel entrometimiento, Penelope tenía un cosquilleo de impaciencia, y de emoción, en el estómago.

Él había vuelto.

Ella no quiso preguntarse para cuánto tiempo, en aquella ocasión, sino que se concentró en el hecho de que ya no tenía excusa para no hablar con él.

—Daisy dice que primero fue a casa de su padre —dijo su tía, que entró en la cocina a rellenarse el vaso de limonada, en un descanso de las conversaciones telefónicas—. Pero creo que las cosas no fueron bien.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó Penelope mientras doblaba y volvía a doblar un paño de cocina.

—Porque los vecinos han dicho que hubo mucho ruido y el sonido de cosas rompiéndose.

Penelope arqueó las cejas.

—¿Cosas?

—Bueno, evidentemente tuvieron que ser cristales, o algo así, o no lo habrían oído —dijo su tía, que se detuvo un momento como si reflexionara—: O tal vez fuera madera. Pero ¿por qué iba a querer alguien romper algo de madera?

—¿Por qué iba a querer alguien romper algo?

—Tienes razón.

Su abuela entró también en la cocina.

—He desenchufado el teléfono para que podamos tener un rato de paz —dijo con un suspiro.

—¿Cuáles son las últimas noticias?

—Acaba de reservar en Foss.

Las mujeres se volvieron y miraron a Penelope.

—¿Qué?

No podían pretender que se fuera a verlo a la pensión a aquellas horas de la noche.

Sin embargo, se dio cuenta de que eso era exactamente lo que querían.

Ella se cruzó de brazos.

—Si ha esperado tanto, puede esperar hasta mañana.

—¿O hasta que se marche otra vez?

A ella se le encogió el estómago.

—Si ha reservado una habitación, es que no se va a ir por lo menos hasta mañana —afirmó.

—Tal vez —dijo su tía abuela.

—O tal vez no —replicó su abuela.

—Oh, por el amor de Dios, ya está bien. No voy a ir a la pensión.

Incluso el perro la estaba mirando atentamente, sentado a sus pies.

—¿Por qué no? —preguntó su abuela.

Penelope alzó un dedo y lo agitó ante ella.

—Tú... Yo... —suspiró—. No empecéis, ¿de acuerdo?

—No sabía que hubiera parado.

Thor ladró otra vez y fue a la puerta, y volvió de nuevo.

—Es por el calor —dijo su tía—. Nos está sacando a todos de quicio.

Y se dispuso a salir de la cocina.

—No pongas el aire acondicionado —le dijo su abuela.

—¿Quién va a poner el aire? Sólo voy a enchufar otra vez el teléfono. Teniendo en cuenta lo

cabezotas que sois, aquí no va a pasar nada más.

Penelope miró a su abuela y asintió.

—Eso no te da la razón —dijo Agatha.

—Ni a ti tampoco —repuso Penelope.

Thor volvió a correr hacia la puerta, y de vuelta hasta ellas.

—Voy a sentarme fuera con el perro —dijo Penelope.

Su abuela se encaminó hacia la puerta.

Penelope alzó una mano.

—Sola. Me voy a sentar sola al jardín.

—Creía que querías estar acompañada.

—Ya he tenido más compañía de la que quería hoy, gracias.

Se dio la vuelta y salió con Thor. En el jardín, Penelope cerró los ojos e inhaló profundamente. Olía a lluvia.

El perro fue disparado hacia el cenador. Ella dirigió la mirada en aquella dirección, y de repente, vio una figura que le resultaba familiar entre las sombras.

Palmer...

Palmer esperaba que Penelope saliera al jardín. Y sintió un enorme alivio al verla aparecer en el porche. La luz de la cocina la iluminaba por la espalda, y su vestido fino de verano se convertía en una prenda casi transparente que revelaba todas sus curvas suaves y atractivas.

No había podido quedarse solo en su habitación de la pensión después de lo que había pasado con su padre. Necesitaba hablar con alguien.

Y aquel alguien era Penelope.

—Hola, chico —le dijo al perro, mientras se agachaba para rascarle las orejas.

Penelope se acercó a él, y él se incorporó.

—Hola.

—Hola.

Silencio. Y no un silencio cómodo.

Palmer recordó que la última vez que habían estado solos no había sido una situación ideal. La escenita de la Cala del Amor podía haber salido de una película cómica.

—¿Va todo bien? —le preguntó él.

Ella pestañeó.

—¿Bien? Define «bien».

—Con el sheriff.

Ella se sorprendió.

—Ah. Sí, eh... Barnaby y yo hemos decidido que lo mejor sería romper —dijo, y miró hacia atrás por encima del hombro, hacia la casa—. Aunque en realidad no éramos pareja. Salimos unas cuantas veces, pero...

Volvió a mirarlo.

—¿Qué haces aquí, Palmer?

Fue él quien se sorprendió en aquella ocasión.

—No entiendo esa pregunta.

—Creía que te habías marchado.

Era curioso. Su padre había pensado exactamente lo mismo.

—He tenido que ir a Seattle unos días.

Ella asintió, como si lo entendiera.

—He oído decir que la obra se ha cerrado.

—Sí.

Penelope desvió la mirada.

—¿Se trata de eso? ¿Pensaste que como el proyecto se había terminado, iba a marcharme otra vez?

—¿Por qué iba a pensar otra cosa?

—No me habría marchado sin decirte adiós, Penelope.

—¿Y cómo iba a saberlo?

—Porque me conoces.

—¿De veras? Una vez creí que te conocía. Pero ya no.

—¿Y qué es lo que ha cambiado entre entonces y ahora?

Ella lo miró a la cara y después apartó la vista, mordiéndose el labio.

Entonces, se le abrieron mucho los ojos.

—Dios Santo, ¿qué te ha pasado?

Se acercó a él y alzó la mano para tocarle la ceja derecha. Apretó los dedos suavemente contra su piel y se dio cuenta de que sangraba un poco.

Palmer hizo un gesto de dolor.

—Es la bienvenida de mi padre.

Se oyó un sonido desde la casa. Los dos miraron y vieron que las cortinas de la ventana se movían. Penelope lo tomó de la mano y lo llevó al cenador. Él pestañeó cuando ella encendió la luz del techo.

—¿Cuándo habéis puesto eso?

—Hace un par de años. La abuela estaba saliendo con un electricista, y aprovechó las ventajas. Estate quieto.

Él no se había dado cuenta de que se había alejado de ella para que no lo tocara.

—Necesitas unos puntos.

—Necesito que me examinen la cabeza.

—Literalmente.

Entonces, se alejó más.

—Estoy bien.

—Lo digo en serio, Palmer. Tienen que mirarte esa herida.

—He dicho que estoy bien.

Se miraron el uno al otro durante largos instantes. Entonces, por fin, ella apagó la luz y se quedaron a oscuras nuevamente.

—Cuéntame lo que ha pasado —le dijo ella.

Palmer se encogió de hombros y se sentó. Se inclinó hacia delante y se agarró las manos entre las rodillas. Ella se sentó frente a él.

—No hay mucho que contar. Volví al pueblo y fui a casa de mi padre a llevarle la compra y ver cómo estaba... —dijo Palmer, y se señaló el corte de la ceja—. Y ésta es su forma de darme las gracias.

—¿Te pegó?

—Lo intentó. Yo esquivé el golpe y él me empujó contra la puerta. Perdí el equilibrio, me tropecé con su cena, que estaba en el suelo, y me golpeé con la puerta.

—Los vecinos han dicho que oyeron romperse cosas.

Magnífico. Ahora, todo Earnest sabía lo que había pasado en casa de su padre.

—¿Palmer?

Él se apoyó en el respaldo del banco y respiró profundamente.

—Sí. Se le cayó la bandeja de la cena al suelo...

—¿Sola?

—No. Se sorprendió tanto al verme, que se le cayó.

Ella le acarició la rodilla, y él le agarró la mano.

Penelope carraspeó.

—¿Sabes? Había muchos... accidentes como éste en el instituto.

Palmer no dijo nada.

—Bueno, tú achacabas algunos a los entrenamientos de fútbol, a los golpes de los chicos, pero... —ella le apretó la rodilla y prosiguió—: Pero no se puede vivir en un pueblo tan pequeño como éste sin que la gente sepa la verdad.

A Palmer no le habían dicho nada. Él pensaba que estaba sufriendo su infierno particular entre las cuatro paredes de la casa de los DeVoe.

—Mi abuela dice que un par de personas intentaron intervenir. El pastor. Un vecino. Pero tu padre no se atuvo a razones.

—Dios —susurró Palmer.

—Lo... lo siento —dijo ella—. Yo no me enteré hasta después de que te fueras. Si lo hubiera sabido...

—¿Qué habrías hecho?

—Tenía que haber algún mecanismo. Alguien a quien poder acudir...

—Lo había. El sheriff. Pero, aparte de advertir a mi padre, no podía hacer mucho más.

Penelope se quedó callada.

—Es raro, pero mientras yo me hacía mayor, las cosas fueron muy normales. Todo empeoró cuando comencé el instituto. Mi madre... mi madre intentaba detenerlo, pero cuando ella murió...

A Penelope se le escapó un jadeo.

—Pensaba que ahora... al volver... que tal vez las cosas serían distintas.

Cabeceó al recordar lo que acababa de ocurrir en su casa.

—No puedo creer que incluso ahora, a su edad, quisiera pegarme. Casi se ha hecho más daño a él mismo que a mí.

—¡Palmer! —exclamó ella, y le tomó ambas manos.

—No sé, Penelope. No sé si voy a poder con esto. Ahora no. Esta noche he estado a punto de levantarle la mano...

—Pero no lo has hecho.

—No, no. No lo he hecho. Pero el mero hecho de que se me pasara por la cabeza... Me ha asustado mucho.

—Es comprensible.

—¿Tú lo entiendes? Porque yo no.

—Tal vez él...

Palmer esperó.

—No le busques excusas, Penelope. Mi madre lo excusaba. Yo no podía soportarlo.

—No. Nada de excusas —dijo ella con un suspiro—. ¿Sabes por qué se ha enfurecido?

Palmer lo pensó en aquel momento. Antes no se lo había preguntado. Después, miró a Penelope a la cara.

—Creía que me había marchado.

—Y no era el único...

Penelope sentía una opresión en el pecho. Sufría por Palmer de una manera que se manifestaba físicamente. Como si, por un momento, hubiera experimentado todos los golpes que él había

sufrido de niño.

Ella se había quedado destrozada al saber lo que él había pasado. Pasaron dos años desde que él se fue hasta que su abuela le mencionó algo sobre la agresividad del padre de Palmer. El hombre había tenido un altercado en la gasolinera con el dependiente, y lo habían arrestado por agresión.

Entonces fue cuando su abuela le contó algo que parecía que sabía todo el mundo, menos Penelope.

No sabía cómo era el hecho de no tener a nadie en el mundo. Tal vez su madre fuera frívola, pero su abuela y su tía abuela siempre habían estado a su lado.

Palmer, por otro lado...

—Después de que muriera tu madre te quedaste sin nadie, ¿no? —susurró.

Él tosió.

—Bueno, te tenía a ti.

Palmer tenía el pelo revuelto, como si se hubiera pasado las manos varias veces por la cabeza. Tenía la camisa arrugada, y la cara demacrada, como si llevara varias noches sin dormir bien. Tal vez, más noches de insomnio que ella.

Pero eso no era posible, porque Penelope llevaba quince años de insomnio por él.

Oyó una voz que le recitaba una letanía de motivos por los que no debería darle la noticia en aquel momento. Parecía que él ya estaba pasando por un infierno, y ella no quería empeorar las cosas.

—Penelope.

A ella se le encogió el estómago, y retiró lentamente su mano de la de él.

—Tengo que contarte una cosa, Palmer... Tal vez debas prepararte para ello.

—Es lo del pub, ¿verdad? —preguntó él—. Eso que tenías que decirme y que no me dijiste.

Ella se miró el regazo, y asintió.

—Y me lo quieres decir ahora.

Penelope asintió.

—Siento que tenga que ser así. Pero yo... bueno, tu padre no ha sido el único que ha pensado que te habías marchado otra vez. Yo también.

Todo el mundo lo había creído. La noticia había corrido de boca en boca por todo el pueblo.

—He intentado decírtelo de mil formas distintas. Ojalá te lo hubiera contado antes. Sin embargo, he llegado a la conclusión de que no hay forma idónea de hacerlo, ni un lugar idóneo tampoco. Y siento que esto sea lo último que querrías oír, pero tengo que decírtelo. Llevo mucho tiempo guardándomelo, y tú mereces saberlo.

—Penelope...

—No, por favor. Voy a decirlo. Sólo dame un segundo.

Fuera, Penelope oyó los jadeos de Thor. El sonido de los platos en la cocina. El silbato del tren, al otro lado de los campos de maíz de Old Man Benson's.

A ella le latía el corazón con tanta fuerza, que casi la ensordecía.

—Palmer, yo... Cuando te marchaste, hace quince años...

—¿Esto es de hace quince años? —preguntó él, moviéndose con inquietud en el asiento.

Penelope asintió.

—Sí. Sí. Verás, cuando tú me dijiste que te marchabas, me pareció bien. Sabía que era algo que tenías que hacer. Siempre habías soñado que te marcharías y que te labrarías un buen futuro...

—Te pedí que vinieras conmigo.

Ella se rió sin ganas.

—Ya lo sé. Y lo pensé. De veras, lo pensé. Nada hubiera sido mejor que irme contigo...

—¿Pero...

—Pero... No podía. Tres meses antes de que te fueras... supe que estaba embarazada.

Él inhaló una bocanada de aire bruscamente. Todo quedó en silencio después.

Por fin lo había dicho. Por fin se lo había contado.

Y se sentía peor de lo que hubiera pensado. Mucho peor.

—No lo entiendo —dijo él, en voz tan baja que ella casi no lo oyó—. ¿Estás diciendo que estabas embarazada de un hijo nuestro?

Ella asintió.

—¿Y no me lo dijiste?

Penelope negó con la cabeza.

—Yo... no podía. Tú estabas tan emocionado. Tenías todos los planes perfectamente pensados —dijo ella—. Todos los días me explicabas lo que ibas a hacer, adónde ibas llegar, y cómo ibas a conseguirlo...

Silencio.

—¿Qué pasó con el bebé? —preguntó Palmer después de un largo instante.

Allí estaba. La pregunta que más había temido Penelope. La pregunta que ella llevaba repitiéndose quince años.

—Él... nuestro hijo... tu hijo... nació el quince de marzo... y lo di en adopción.

—Lo siento... lo siento muchísimo —dijo Penelope. Sus palabras eran como alfilerazos en los oídos—. No sabía qué hacer. Tú eras tan feliz... Tenías tantas esperanzas... Querías hacer realidad los sueños que llevabas planeando toda la vida. No podía destrozártelo todo...

Palmer vio las lágrimas deslizándose por las mejillas de Penelope, pero estaba demasiado aturdido como para consolarla. Y estaba demasiado ocupado intentando asimilar aquel secreto que ella acababa de compartir con él.

Un secreto que le había ocultado durante quince años.

—Mi abuela y mi tía... Ellas me ayudaron. Yo me quedé en casa de unas amigas suyas, en Seattle, cuando empezó a notárseme. Ellas dijeron que estaba haciendo unas prácticas durante el verano, para que nadie se enterara, aunque seguro que algunos lo supusieron...

Palmer la agarró de los brazos como si quisiera evitar que se marchara, aunque ella no había hecho ademán de moverse.

—¡Ya basta! No digas nada más. Por favor... Cállate un momento.

No tenía sentido. Nada tenía sentido.

¿Cómo era posible que tuviera un hijo y no supiera nada de él? ¿Cómo era posible que Penelope hubiera hecho lo que había hecho sin decírselo?

La sorpresa, el dolor y el sentimiento de traición lo atravesaron como una cuchillada. Eran como una amenaza para la débil conexión que tenía con la realidad de su vida en aquel momento.

No quería saber nada de aquello. ¿Por qué se lo estaba diciendo? ¿Por qué le estaba diciendo aquello en aquel momento?

Tenía un hijo de catorce años en algún sitio...

Por fin vio la cara pálida de Penelope y se dio cuenta de que tenía una expresión de miedo. Odió el hecho de habérselo causado. Justo después de lo que él acababa de contarle sobre su padre, imaginaba lo que le estaría pasando por la cabeza a Penelope.

Y tal vez tuviera razón, porque Palmer estaba sintiendo un impulso casi incontrolable de romper todo lo que le rodeaba, para liberar las emociones que lo agobiaban.

Sin embargo, la soltó.

Ella se hundió en el banco.

Él se levantó.

—Palmer, por favor...

—Yo... tengo que irme.

—Necesito que lo entiendas...

Todo aquello era demasiado para él. Necesitaba tiempo para asimilarlo, y espacio para pensar. Y sentía una urgencia imperiosa de marcharse de Earnest, Washington, para siempre.

Palmer no se daba cuenta de lo rápidamente que conducía. Iba a toda velocidad por la carretera principal, con las manos tan agarradas al volante que parecía que los nudillos se le iban a salir de la piel. No debería haberse sorprendido cuando oyó una sirena y vio unas luces detrás de él.

Dio un golpe en el volante con la palma de la mano. Demonios. Demonios, demonios, demonios. El sheriff.

Aunque se le pasó por la cabeza la idea de escaparse, levantó el pie del acelerador y se paró en la cuneta. Encendió las luces de emergencia.

Le pareció que el sheriff tardaba toda una vida en bajar del coche patrulla y acercarse a su ventanilla. Barnaby encendió la linterna y alumbró directamente a Palmer para cegarlo, mientras miraba hacia el interior del coche.

Palmer le ofreció el carné de conducir y los papeles del Mercedes de alquiler.

—¿Sabe lo rápidamente que iba? —preguntó Barnaby.

—No, señor. Lo siento, no iba prestando atención.

El sheriff miró los documentos.

—El vehículo no es suyo.

—No, señor.

De hecho, parecía que en Earnest no tenía nada. Todo era alquilado, o prestado.

O se lo habían robado.

—¿Adónde iba? —preguntó el sheriff.

—A Seattle.

Barnaby asintió y le devolvió los documentos.

—Tenga cuidado con la velocidad.

Palmer lo miró con los ojos entrecerrados. Barnaby apagó la linterna y volvió hacia su coche.

—¿No me vas a poner una multa?

Barnaby se detuvo.

—¿Por qué? ¿Quieres que te la ponga?

—No.

—Entonces, dejaré que te marches con una advertencia —dijo el sheriff, y siguió caminando hacia su coche patrulla.

—¿Barnaby?

—Si no te marchas en cinco segundos, DeVoe, te voy a poner esa multa.

—Sólo quería darte las gracias —dijo él—. Y pedirte que cuides a Penelope.

El sheriff se quedó inmóvil, golpeándose suavemente la pierna con la linterna.

—Ése ya no es mi trabajo, DeVoe. Es el tuyo.

Entró en el coche, apagó las luces y rodeó el coche de Palmer, que permaneció a un lado de la carretera.

—Levántate, dormilona. El sol está brillando.

—Pues dile que se marche —respondió Penelope, y se acurrucó debajo de la manta.

No quería levantarse. Sólo quería quedarse en la cama hasta que el mundo comenzara a girar sobre su eje otra vez. Cuando ella pudiera interpretar correctamente de qué modo se había tomado Palmer la noticia. Cuando pudiera dejar de sentirse tan culpable.

—Han pasado dos días. ¿No crees que es hora de que sigas con tu vida? —le preguntó Agatha

—. Tu tía y yo no entendemos nada del sistema informático de pedidos de la tienda. Y francamente, me estoy hartando de abrir por ti.

—Pues no lo hagas. Yo no te lo he pedido.

Penelope notó que el colchón se movía, y pensó que su abuela se había sentado en la cama.

—Bueno, por lo menos estás hablando. Eso es un comienzo. Tal vez no me guste lo que estás diciendo, pero eso no es nada nuevo.

Penelope cerró los ojos. Ojalá se marchara.

—No creías que esto iba a ser fácil, ¿verdad?

Aquellas palabras invadieron sus oídos. Penelope abrió los ojos, y recordó la cara de angustia de Palmer cuando le había dado la noticia. Sintió tanto dolor, que tuvo náuseas.

—¿Cómo sabes que se lo he dicho? —susurró.

—Os vi a los dos en el cenador. Y después, tú te metiste directamente en la cama sin decir nada, y llevas aquí dos días, así que he imaginado que por fin le has dicho a ese chico que es padre.

Penelope se mordió el labio.

Su abuela se dio una palmada en la cadera.

—Voy a hacer mis mundialmente famosas tostadas francesas. Si quieres una, te sugiero que te levantes y te duches. Hueles fatal.

La puerta se cerró. Después, Penelope rodó por la cama y apartó la ropa, pero no se levantó. Se quedó mirando al techo, que necesitaba una mano de pintura... y rezó pidiendo que alguien le diera las respuestas que estaba buscando.

Al estar tan obsesionada con reunir el valor suficiente para darle la noticia a Palmer, Penelope no se había preparado para su posible reacción. ¡Qué tonta había sido! Qué tonta, al no estar lista para darle algún tipo de consuelo, y por no haber hecho algo para impedir que se marchara del jardín y la dejara sola.

Para impedir que se marchara de Earnest.

Recordó la visita de la mañana del día anterior. Barnaby había ido a casa de su abuela. Ella no había hablado con él; desde su habitación, había oído que su abuela y su tía abuela lo recibían afectuosamente y lo llevaban hasta el salón, ofreciéndole café, un desayuno o lo que él quisiera, si se quedaba hasta que Penelope se levantara.

Sin embargo, Penelope no tenía intención de levantarse. Y menos desde que oyó a Barnaby decir que la noche anterior había parado a Palmer por exceso de velocidad... y que Palmer le había pedido que cuidara de ella.

El sheriff había temido que algo fuera mal, y por eso había ido a visitarla.

Y sí había algo que iba mal, pensó Penelope. Pero no era nada que pudiera arreglar un sheriff, ni una abuela, ni una tía abuela. Ni ella misma.

El olor dulce de la canela le invadió las ventanas de la nariz. Gruñó, y volvió a taparse con las mantas. Sin embargo, había pocas cosas a las que un mortal no pudiera resistirse... y una de ellas eran las tostadas francesas de su abuela.

Palmer estuvo sentado a un lado de la carretera durante una hora, con las luces de emergencia encendidas, observando distraídamente la salida de la luna, intentando que su dolor se diluyera.

Sería muy fácil marcharse de allí y dejar atrás todo aquel caos.

Él había vuelto a Earnest lleno de esperanza para el futuro. Y aquella esperanza había

aumentado al ver que Penelope lo acogía de nuevo, y que su padre lo aceptaba brevemente en casa.

¿Cómo era posible que todo se hubiera estropeado por completo?

Arrancó de nuevo el coche y, pese a lo que le había dicho Barnaby, apretó el acelerador y se puso en marcha en la misma dirección que había tomado, mientras veía las luces de Earnest desvanecerse en el espejo retrovisor.

Entonces, experimentó algo que no esperaba. Algo que hizo que frenara en seco, y que se detuviera en mitad de la carretera después de que el coche hubiera derrapado.

Supo lo que había sentido Penelope todos aquellos años antes.

Embarazada.

Sola.

El padre de su hijo estaba lejos del pueblo, intentando hacer realidad su sueño de riqueza y éxito.

¿Cómo podía haber estado tan ciego? ¿Cómo podía haber pasado por alto aquellas señales? Recordó que, en aquellos meses anteriores a su marcha, la actitud de Penelope había cambiado. Que ella estaba muy pálida, y que a veces parecía que quería vomitar. Él, sin embargo, había estado tan centrado en sus planes, que no se había parado a mirarla. Se había creído sus afirmaciones de que no podía ir con él, y de que ya lo estaba echando de menos.

Estúpido, estúpido, estúpido.

Además, estaba el niño...

—Fue lo único que pensaba que podía hacer —le había explicado Penelope en el cenador, la noche anterior, antes de que él se marchara—. Sólo tenía dieciocho años, y vivía con dos mujeres alocadas. ¿Qué iba a hacer con un bebé que se merecía dos padres que lo quisieran, y una familia que pudiera darle todo lo que ninguno de nosotros tenía? Necesitaba una familia que no pudiera tener hijos propios, y que lo querrían más que a nada porque era el niño que ellos habían elegido... Algunos días —continuó ella, susurrando—, me arrepiento de mi decisión. Y no hay un segundo en el que no sienta su presencia en algún sitio, en que no lo quiera y me pregunte qué está haciendo en ese mismo instante...

Penelope había seguido explicándole que había registrado su nombre y la información necesaria para ponerse en contacto con ella en varias agencias, para facilitarle las cosas a su hijo en caso de que quisiera encontrarla. Era la razón principal por la que había instalado ordenadores e internet en su tienda. Cuando no tenía mucho trabajo en la cafetería, consultaba los datos que había colgado en las páginas de adopciones, y en los boletines en los que había puesto el nombre de su hijo, su cumpleaños y un mensaje de amor y una invitación para que la buscara.

Hasta el momento no había tenido ninguna noticia. Sin embargo, Penelope sabía que algún día, su hijo querría saber la verdad. Y ella quería estar ahí para contársela.

—¿Y yo? —le preguntó Palmer, que todavía estaba aturdido por la noticia—. ¿Qué habías pensado decirle de mí?

Ella miró hacia abajo.

—No lo sé. Pensaba que sabría lo que tenía que hacer cuando llegara el momento... Alzó la cabeza y lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Supongo que ahora, la decisión es tuya.

A Palmer se le había quedado la mente en blanco. Sin darse cuenta de que había tomado aquella decisión, giró el coche y volvió hacia Earnest.

Pasara lo que pasara, tenía que enfrentarse a aquello.

Y tenía que decirle a Penelope que sentía mucho haberla dejado tantos años atrás.

—Ha comprado la vieja casa de Olyphant.

Penelope estuvo a punto de derramar la salsa sobre el mantel mientras servía la mesa. Su abuela, que acababa de colgar el teléfono, era quien había pronunciado aquellas palabras.

—¿Qué? —preguntó Irene.

—Que Palmer DeVoe ha comprado la casa de Olyphant, la que está enfrente de la de su padre. Me lo acaba de contar Twila por teléfono. Ha pagado un buen precio por ella. La agente inmobiliaria, ya sabes, Jolie, la hija mayor de Frazer, ha dicho que infló el precio deliberadamente, esperando que él regateara, pero Palmer le firmó un cheque por la cantidad completa. Allí mismo.

A Penelope se le cayó la salsera.

Hacía una semana que Palmer y ella habían estado hablando en el cenador. Siete días durante los cuales ella había pasado de la desesperación a un estado parecido a la normalidad, con la esperanza de que llegara un día en el que no viera continuamente el semblante de Palmer cuando le había dado la noticia.

—No lo entiendo —dijo Irene—. ¿No se había marchado del pueblo? Si hubiera vuelto, nos habríamos enterado por Debra Foss, la de la pensión.

—No se está alojando en la pensión —dijo Agatha.

—Entonces, ¿dónde?

Penelope tragó saliva.

—En casa de su padre.

Pero, ¿desde cuándo? Después de la visita de Barnaby, todo el mundo había pensado que Palmer se había marchado de nuevo. Y Penelope estaba muy segura de que se había marchado para siempre, después de todo lo que había tenido que soportar aquel día. Había tenido que aceptar que tal vez no pudiera recuperar nunca la relación con su padre, y se había enterado de que tenía un hijo de catorce años a quien había criado otra familia y con quien no podía ponerse en contacto.

Y, sin embargo, pese a todo, estaba allí...

Pero no se había puesto en contacto con ella...

Penelope no sabía qué era lo que más le dolía. Que él estuviera cerca... o que él estuviera cerca y no hubiera ido a verla.

Ambas cosas, pensó.

Antes, ella funcionaba sabiendo que él estaba lejos, fuera de su órbita más inmediata, más allá de su alcance.

Saber que estaba en el pueblo y que no formaba parte de su vida le dolía tanto como cuando había tenido que entregar a su hijo a la enfermera por última vez.

—¿Penelope? —dijo su abuela.

Ella parpadeó y se dio cuenta de que la salsa había formado un charco en el mantel blanco, y que estaba cayendo por el borde de la mesa al suelo, cerca de sus pies.

—No tengo hambre —dijo, y salió apresuradamente de la habitación.

Oyó que Irene decía:

—¿Por qué le has dicho eso? Ahora va a meterse otra vez a la cama. Dios sabe cuándo volveremos a verla.

—Era mejor que lo supiera cuanto antes —dijo su abuela.

Lo mejor habría sido que Palmer se hubiera marchado del pueblo tal y como todos habían pensado. Penelope cerró la puerta de su dormitorio. Lentamente, se deslizó por la madera fresca y se sentó en el suelo, con el corazón golpeándole fuertemente en el pecho...

—No está mal —dijo Caleb, mientras Palmer y él terminaban de recorrer la finca de Olyphant—. Necesita mucho trabajo, pero tiene una estructura magnífica.

Palmer no le dijo a su amigo que había comprado la casa sin poner un pie dentro. Que él supiera, podían faltarle hasta las tuberías de cobre.

Caleb se apoyó en el quicio de la puerta y miró hacia el jardín trasero. La hierba estaba cortada, pero el seto y los rosales se habían convertido en una selva, y habían invadido todos los límites del patio.

—Bueno, entonces te vas a quedar aquí —dijo su amigo en voz baja.

Palmer tomó aire.

—Tal vez quiera revender la casa.

Caleb lo miró con ironía.

—Sí, claro. En este mercado inmobiliario tan pujante.

Palmer sonrió.

—Podría vendértelo a ti cuando te cases con Bryna Metaxas.

Su amigo tuvo un ataque de tos tan fuerte, que Palmer tuvo que darle unas palmadas en la espalda para ayudarlo a superar la crisis.

—Disculpa, ¿he dicho algo que no debería haber dicho?

—Pues sí, en realidad —dijo Caleb—. Sus hermanos todavía me consideran un sujeto peligroso, así que no creo que eso suceda muy pronto —añadió, mirándose los zapatos—. De todos modos, no parece que Bryna tenga mucha prisa.

—¿De veras?

Caleb se apartó de la puerta y se colocó frente a su amigo.

—No he venido aquí para hablar de mi vida amorosa —dijo—, sino de la tuya.

Palmer se volvió y comenzó a caminar por el pasillo, hacia la cocina. Su amigo lo siguió de cerca.

—Ese tema no se toca.

—¿De veras? —repitió Caleb, imitándolo burlonamente.

—Ya tengo suficientes problemas como para añadir eso a la lista.

Y era la verdad. Aunque estaba viviendo con su padre, más o menos, el ambiente era tenso entre los dos. Sin embargo, cada vez que pensaba en marcharse, entraba en la habitación donde su madre había dormido sola durante los últimos meses de su vida, y que su padre había dejado intacta, y se recordaba lo mucho que ella deseaba que ellos dos arreglaran las cosas. Su madre

deseaba, con todas sus fuerzas, que permanecieran unidos, y no separados.

Palmer intentaba no recordar lo mucho que ella hubiera deseado ser abuela.

No podía marcharse. Ya no. Al menos, no podía marcharse sin resolver lo que había dejado atrás quince años antes.

Caleb dijo:

—Bueno, se rumorea que Philippidis te va a demandar por incumplimiento de contrato.

—Era una posibilidad.

—Más bien era algo seguro.

—Sí, bueno, espera a que se examine la cláusula de competencia.

—¿Quieres decir que vas a seguir adelante con los planes tú solo?

Palmer cabeceó.

—Tengo recursos, pero no los suficientes como para enfrentarme así con Philippidis.

—¿Quién los tiene, entonces?

Palmer observó a su amigo.

—¿Quieres venir a dar una vuelta conmigo?

Caleb miró a su alrededor.

—De acuerdo.

La casa no era la única inversión que había hecho Palmer. Había devuelto el coche de alquiler y había comprado una furgoneta híbrida. Caleb hizo ruiditos de aprobación mientras él conducía hacia el destino que tenía en mente.

—Bueno —dijo cuidadosamente Palmer—, ¿has hablado ya con tu madre?

Caleb se quedó sombrío.

—Me tomaré eso como una negativa.

—Una negativa parcial.

Palmer lo miró.

—La llamé, y ella se dio cuenta inmediatamente de cuáles eran mis intenciones.

—¿Y?

—Me colgó.

Palmer arqueó las cejas.

—Después de pedirme que te diera las gracias por tu discreción.

—Me declaro culpable.

—Te habría matado si lo hubiera descubierto más tarde y me hubiera enterado de que tú lo sabías.

—Ah, pero mis motivos eran más interesados que eso.

—Ya lo sospechaba.

Palmer entró en el camino de gravilla que llevaba a la obra. En la puerta del tráiler había un candado, pero todo lo demás estaba igual. Incluyendo el hecho de que allí no había nadie.

—¿Éste es el sitio? —preguntó Caleb mientras salían del coche.

—Sí.

Su amigo tocó el candado.

—Se da mucha prisa, ¿verdad?

—No me esperaba otra cosa —respondió Palmer.

Se dirigió hacia el lugar donde estaban aparcadas las máquinas, y vio que algunas tenían las llaves puestas en el arranque. Subió a la cabina de una bulldozer y la arrancó.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Caleb a gritos, por encima de la cacofonía.

—Mira y aprende —respondió Palmer—. Y si te interesa, la excavadora también tiene las llaves puestas...

—Palmer DeVoe ha destrozado la obra esta mañana, con ese chico que anda por el pueblo con la pequeña de los Metaxas...

Penelope miró a su tía por encima de la sopa. La cuchara se le resbaló de la mano y se hundió en las profundidades del plato.

—Me gustaría hacer una petición —dijo.

—¿Sí? ¿Cuál? —preguntó Agatha.

Ella pescó la cuchara y secó el mango con la servilleta.

—Si alguna frase comienza, contiene o termina con el nombre de Palmer DeVoe, no quiero oírla.

Agatha se encogió de hombros.

—Entonces, tápate los oídos. Porque en los cotilleos actuales del pueblo, su nombre es el más pronunciado.

Magnífico.

Penelope giró el cuello para intentar relajar los músculos, y tomó otra cucharada de sopa. Hacía demasiado calor como para comer sopa, pero no había podido convencer a Agatha y a Irene de lo contrario. Ellas se habían hartado de comer sándwiches, ensalada de patata y todos los otros platos fríos que existían durante aquel mes de ola de calor.

No era posible que el tiempo continuara así. En algún momento, tendrían que volver las nubes y la lluvia casi todos los días.

Penelope sabía que aquel tiempo tan caluroso sólo era culpable en parte de su estado de ánimo. No había dormido apenas durante los últimos días, y estaba de mal humor.

—Bueno, ¿entonces no has tenido ninguna noticia suya todavía? —preguntó su abuela.

—¿Todavía? ¿Y por qué piensas que voy a tenerla?

Agatha se encogió de hombros otra vez.

—Llámalo intuición femenina.

La tía Irene se echó a reír.

—Eso, y el tarot.

Penelope puso los ojos en blanco.

—El hecho de que se haya quedado en el pueblo... tiene que ser una buena señal, ¿no os parece? —preguntó Irene, después de que su hermana le diera un codazo.

—¿Una buena señal de qué?

—Para vosotros dos.

Penelope apartó el plato de sopa.

—No hay ningún «nosotros dos».

Se levantó y tiró el contenido del plato por el fregadero.

Su abuela suspiró.

—Prepárate un sándwich. Parece que no estás comiendo mucho últimamente.

Agatha tenía razón, por supuesto. Penelope se sentaba a comer con ellas todos los días, pero no tenía apetito. En parte, porque ellas no dejaban de mencionar a Palmer. En parte, porque a su estómago no le gustaba lo que estaba intentando comer.

Tenía que ver a Palmer, aunque sólo fuera para contarle sus esfuerzos por encontrar a su hijo.

Y para preguntarle si quería que añadiera sus datos a la información de contacto.

Penelope no podía echarle la culpa de que no quisiera verla más de lo imprescindible. Sin embargo, en cuanto a su hijo... bueno, a ella le gustaría saber si el padre era tan receptivo como ella ante la posibilidad de conocerlo.

Se apoyó contra la encimera mientras masticaba distraídamente un poco de sándwich de jamón. Dejó la otra mitad junto al plato de sopa de su abuela y se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —le preguntó Agatha.

—A trabajar. ¿Adónde iba a ir?

Sí, ¿adónde?

—¡Demonios! Hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien —dijo Caleb, un par de horas después, cuando habían terminado de comer en la Cafetería Calidad.

Palmer se echó a reír.

—Creo que a Bryna le interesaría oír eso.

Caleb sonrió.

—Ella no está preocupada.

Palmer había coincidido con Bryna un par de veces. Al principio se había quedado sorprendido, porque ella era más joven que Caleb. Sin embargo, aunque su amigo tuviera más años, ella lo superaba en todo lo demás, lo dejaba desconcertado y conseguía que Caleb Payne fuera más fácil de tratar.

O por lo menos, que fuera más feliz.

—Bueno, ¿y qué más vamos a hacer? —le preguntó Caleb cuando subieron al coche.

—¿Es que no te ha parecido suficiente la mañana?

—Como te conozco, sé que tienes algo más en la manga. Aunque puede que no me incluya a mí.

—¿Cómo?

—Que puede que sean planes personales.

Palmer pensó inmediatamente en Penelope, y sintió una bola de emoción muy fuerte en el plexo solar.

—No. Creo que vas a disfrutar de esto tanto como has disfrutado de lo anterior.

Diez minutos después, Palmer detuvo el coche en el aparcamiento del aserradero de la familia Metaxas. Notó que Caleb lo miraba con curiosidad, pero no dijo nada.

—¿Para qué hemos venido? No sé si soy bienvenido. En realidad, estoy seguro de que no —comentó Caleb.

—Resiste conmigo —le dijo Palmer, y salió hacia la entrada del edificio.

No se detuvo hasta que llegó a las oficinas principales y vio a Troy Metaxas hablando por teléfono, a través de un cristal.

—Gary, voy a tener que dejarte —dijo Troy—. Sí, sí. Ya lo sé. Cinco minutos.

Troy colgó y rodeó su escritorio. Claramente, estaba sorprendido, y receloso, por aquella visita.

—Palmer —dijo, tendiéndole la mano—. Caleb.

Palmer se dio cuenta de que no le estrechaba la mano a Caleb, y eso le divirtió.

También se dio cuenta de que Bryna había salido de su despacho y estaba detrás de ellos, con el hermano pequeño de Troy, Ari.

—¿Puedo hablar contigo un minuto? —le preguntó Palmer.

Troy miró a su hermana, y después a Caleb.

—¿Puedo preguntarte sobre qué? ¿Tengo que llamar a mis abogados?

—O al sheriff —murmuró Caleb.

Palmer carraspeó.

—Invítanos a tu despacho y lo averiguarás...

Penelope estaba muy nerviosa. Si Palmer iba a castigarla, no podía haber elegido un arma más efectiva. Su silencio la estaba haciendo sufrir mucho.

Estaba tendida en la cama, mirando los rayos de luna que entraban por la ventana e iluminaban la pared opuesta. Ojalá lloviera. El calor no la dejaba tener sosiego, ni dormir.

Suspiró y se incorporó. El reloj marcaba las doce de la noche. Su abuela y su tía ya tenían que estar dormidas.

Se levantó y se vistió. Caminar un poco le sentaría bien. Afortunadamente, Earnest era un pueblo seguro, incluso de noche.

Abrió silenciosamente la puerta de la habitación y miró hacia fuera. De la cocina provenía el brillo de la luz de una vela.

Demonios.

Demonios, demonios, demonios.

No creía que pudiera soportar otra sesión de tarot con su abuela y su tía.

Cerró de nuevo la puerta y pensó en qué podía hacer. Sería la segunda vez que se escapaba de casa por la ventana en pocas semanas, pero, ¿qué otra cosa podía hacer?

Abrió la ventana y miró los arbustos. Para evitarlos tenía que saltar a la derecha...

Aterrizó en el césped, se irguió y se estiró el vestido. Después se dirigió apresuradamente hacia la calle.

Estaba tan decidida a salir de allí, que no vio las dos caras que la observaban desde la ventana. Ni respondió cuando su abuela le dijo a su tía:

—¿Lo ves? Te lo dije.

Palmer derribó una parte de muro de la cocina de la casa de Olyphant y se quedó quieto hasta que el polvo se hubo asentado. Después se quitó la mascarilla y observó su obra. Había cenado con su padre, había visto la televisión con él, en silencio, había esperado hasta que el anciano se acostó y después había cruzado la calle para comenzar a trabajar en su casa.

Primero arreglaría la cocina, puesto que era una de las habitaciones más importantes. Por suerte no necesitaba mucho trabajo, aparte de colocar los azulejos y las encimeras, después de que terminara de arreglar aquella parte del muro.

Se sacudió el polvo de la camiseta y se enjugó el sudor de la frente con la mano. Mientras, estaba recordando lo que había ocurrido en el aserradero.

—No lo entiendo —había dicho Troy Metaxas, una vez que él terminó de exponerle su proposición.

Caleb, por fin, había entendido lo que se proponía, y se había echado a reír suavemente.

—Lo que estoy diciendo es que me gustaría asociarme con vosotros si queréis —explicó Palmer.

Y, tal y como él esperaba, Caleb había dicho lo mismo.

—Por separado no podemos vencer a Philippidis en su campo —continuó Palmer—, pero juntos, y con el conocimiento que tenemos Caleb y yo de su modus operandi, bueno, creo que podríamos conseguirlo.

De aquel modo, con un apretón de manos, se había cerrado un trato que seguramente iba a causar muchos perjuicios legales por parte de los abogados de Philippidis. Pero, demonios, Palmer estaba harto de jugar respetando unas normas que habían dictado otros, sin consultarle.

Algo le llamó la atención. Se dio la vuelta bruscamente, porque no esperaba a nadie en su casa tan tarde. O más bien, tan temprano, de madrugada.

—Hola —dijo Penelope como la tentación hecha realidad...

Penelope había estado paseando casi una hora antes de encontrarse ante la vieja casa de Olyphant. Recordaba bien aquel lugar. Cuando todos eran pequeños, el señor Olyphant se había encerrado allí, y sólo el movimiento de las cortinas y algún periódico olvidado en el jardín daban a entender que seguía dentro. Los niños del vecindario bromeaban diciendo que no estaba vivo, sino que la casa estaba habitada por un fantasma.

Y todos pedaleaban como locos para alejarse corriendo de ella.

Ahora era de Palmer.

No esperaba ver luces encendidas dentro. Ni oír ruidos que indicaran que había alguien trabajando a aquellas horas de la noche.

Antes de darse cuenta de lo que hacía, había rodeado el edificio y se había encontrado abierta la puerta trasera, para su sorpresa.

Y allí estaba Palmer, cubierto de sudor y de polvo, frotándose la frente con la manga de la camiseta.

No era justo que fuera tan guapo. Pese a que trabajaba sentado en un escritorio, tenía un cuerpo que podía soportar un día entero de trabajo físico como aquél. Unos bíceps voluminosos, los vaqueros ceñidos al trasero firme y un pelo revuelto que pedía a gritos unas caricias y unos dedos que se entrelazaran en él.

Penelope estaba tan embelesada contemplándolo, que no se dio cuenta inmediatamente de que él la había visto.

—Hola —dijo.

Él no respondió durante un momento. Se sacó la mascarilla que tenía colgando del cuello por la cabeza y la dejó sobre la encimera polvorienta.

—Hola.

Penelope dio un paso hacia delante mirando a su alrededor. Mirando a cualquier parte, salvo a sus ojos desconfiados y cautelosos.

—No podía dormir y salí a dar un paseo y... bueno, acabé delante de tu casa sin darme cuenta —explicó, y carraspeó—. Me he enterado de que has comprado esta casa.

—Sí, aquí todo se sabe rápidamente, ¿verdad?

Ella sonrió.

—Creo que todo el mundo lo sabía antes de que se hubiera secado la tinta sobre el contrato de compraventa.

Él asintió.

Penelope buscó las palabras que había pensado decirle cuando por fin sus caminos volvieran a cruzarse... pero ahora que estaba allí, no recordó ni una sola.

—¿Me disculpas un minuto? —preguntó él.

Ella parpadeó.

—Por supuesto.

Penso que debería irse. No era buena idea estar allí con Palmer, y menos en mitad de la noche. Sin embargo, no consiguió transmitirle la idea a sus pies.

Así pues, se quedó inmóvil, observando a Palmer mientras él se sacudía el polvo de la ropa y salía al pasillo, hacia las escaleras. Un momento después, oyó el grifo del agua y el quejido de las tuberías.

Penelope miró el muro que él estaba reparando, y salió hacia el amplio vestíbulo. Era una casa antigua, grande y bonita, con suelos de madera y molduras en el techo. Era el tipo de casa que ella había pensado que compartirían algún día.

Se sobresaltó cuando él bajó de nuevo por las escaleras.

Entonces se dio cuenta de que debía de haberse duchado. ¿Había estado arriba tanto tiempo? Pues sí, porque tenía el pelo húmedo y llevaba unos pantalones vaqueros y una camiseta limpios.

Y tenía una expresión tan azorada como la de Penelope.

Lo cual no era posible. ¿Verdad?

—Yo... —comenzó él.

Penelope alzó la mano rápidamente.

—Espera. Primero quisiera decir unas cuantas cosas...

Entonces se le ocurrió que lo había interrumpido, y se disculpó.

—Lo siento. Sigue. Di lo que ibas a decir.

—No pasa nada. Empieza tú.

—Yo... yo... No lo sé. Supongo que nunca pensé que volverías a Earnest. Y cuando volviste, todo sucedió muy rápidamente, tanto que no tuve tiempo para pensar. Me costó mucho unir el pasado con el presente...

Penelope carraspeó.

—No quería hacerte daño, Palmer. Es muy importante que lo sepas.

Él se quedó sorprendido. No parecía que las cosas fueran a salir tal y como ella hubiera querido.

—¿De veras te estás disculpando? —preguntó Palmer.

Ella arqueó las cejas.

—Porque si lo estás haciendo, no acepto tus disculpas.

Penelope notó un terrible nudo de emoción en la garganta.

—Yo... lo entiendo.

Comenzó a darse la vuelta, pero él clavó una rodilla en el suelo, y ella se quedó petrificada.

—Por lo menos, hasta que tú hayas aceptado las mías.

—Palmer, yo...

—No, Penelope. Tú ya has hablado. Ahora, deja que hable yo —le pidió él. Miró hacia abajo, y después la miró a ella de nuevo—. Esto no es exactamente tal y como me lo había imaginado, pero no voy a dejar pasar la oportunidad como otras veces. Tenía que haber hecho esto hace quince años...

No podía ser cierto. Penelope no lo entendía. Su cerebro había dejado de funcionar cinco minutos antes.

—Te quiero, Penelope. Siempre te he querido, y siempre te querré. Eso no va a cambiar nunca —dijo él. Entonces, su rostro se ensombreció—. No puedo imaginarme lo que tuviste que pasar

hace quince años. Ni entenderlo. Lo único que puedo hacer es decirte que lo siento, que siento mucho que tuvieras que pasar por ello tú sola...

Penelope se había quedado asombrada de pies a cabeza.

—Cásate conmigo. Cásate conmigo ahora. Hoy. Mañana. Cásate conmigo.

De repente, ella se sentía mareada.

—¿Penelope?

—No sé qué decir.

—Di que sí. Dime que sí, para que podamos continuar un viaje que no deberíamos haber dejado nunca. Di que sí para que podamos encontrar a nuestro hijo y tener otros. Di que sí para que pueda pasarme el resto de la vida demostrándote lo mucho que te quiero...

—Nunca he dudado de tu amor —susurró ella.

Él se puso en pie.

—Lo sé. Y eso es lo que te hace especial.

La estrechó contra su pecho, la abrazó con fuerza.

—No sé qué decir.

Él la besó en el pelo, y le murmuró al oído:

—Di que sí, Penelope.

—Sí —susurró ella, en voz tan baja que casi no se oyó a sí misma—. Sí —repitió en voz más alta—. ¡Sí!

Entonces posó las manos a ambos lados de la cabeza de Palmer y lo besó con todo su amor, una y otra vez, transmitiéndole una emoción tan profunda, que nunca acabaría. Ni en aquella vida, ni en la siguiente, ni después.

Él la tomó en brazos. Penelope jadeó de asombro y se aferró a él mientras Palmer se dirigía hacia el pasillo.

—Voy a enseñarte el resto de la casa. Creo que te va a interesar mucho el dormitorio principal, futura esposa mía, porque es una habitación en la que vas a pasar mucho tiempo...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harlequiniberica.com